



# HAMBRIENTA

ALISSA BRONTË

# Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Prólogo	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	

22

23

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

---

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Compara**

## Sinopsis

Paula está pasando por un mal momento personal tras la repentina muerte de su madre. Se siente culpable, triste y no logra encontrar consuelo en nada ni en nadie, salvo en los brazos de un desconocido que la visita mientras duerme y la atormenta llevándola al límite para luego dejarla sin aliento e insatisfecha.

Cada noche, los sueños van cobrando mayor realismo, al igual que la sensación de pertenencia, de que hay algo que la conecta de manera inexorable con su amante misterioso. Cuando cree que está a punto de perder la cordura, el hombre que la ronda noche tras noche irrumpe en su vida.

¿Descubrirá Paula qué es lo que la une a él? Y él, ¿la recordará?

# HAMBRIENTA

Alissa Brontë

zafro

*A Eugenia Dorado y Vanesa Muñoz, gracias por confiar en mí y en  
mis historias.*

*A Adrián, te quiero*

## Prólogo

Oscuridad, tan sólo eso. Soy incapaz de percibir nada más y de alguna forma me angustia y a la vez me excita. Mis manos sujetas por un suave lazo al cabecero de la cama impiden que pueda acariciarlo; sin embargo, mis piernas están libres de ataduras, para arroparlo cuando me penetre.

Gimo al sentir sus cálidos dedos fundiéndose lentamente en mi piel, como si desearan derretirse y colarse por los poros de mi sudoroso cuerpo para tocar mi alma y llenarla de pasión.

No puedo oír nada en la habitación, excepto los jadeos que sus caricias arrancan a mi castigado cuerpo. El olor a sexo comienza a inundar el aire, anegándolo con el mismo éxtasis que llena mi ser y me prepara para volver a recibirlo... una vez más.

Nunca me cansaré de sentir su piel contra mi piel.

Sus rudas manos se tornan suaves sobre mi anatomía, tejiendo su magia sobre él, trazando mapas invisibles de placer que sólo él conoce, mientras mis piernas se retuercen de satisfacción y mis dientes dejan marcas blanquecinas en mi lacerado labio inferior, logrando que el sentimiento de gozo sea tan intenso que tengo la acuciante necesidad de dulcificarlo para no estallar en pedazos al ser incapaz de albergar tanto deseo, de reprimir esa clase de pasión que ciega tus sentidos y se entremezcla con el ansia de aplacarlo, de contenerlo para no romperte en miles de fragmentos al no poder cobijarlo, llegando incluso a hacerme pronunciar palabras que en ninguna otra ocasión diría en voz alta.

Sus manos continúan su paseo a lo largo de mis piernas, que tiemblan a la

espera de que sus deliciosos dedos me honren con caricias más íntimas, entre mis muslos, donde mi deseo contenido lo espera: jadeando, gimiendo, humedeciendo mis piernas y las sábanas bajo mi cuerpo, que arde por la emoción de la expectación, de ese placer que sé que llegará para devastar mi alma... Ese sentimiento eléctrico que recorrerá todo mi cuerpo desnudo bajo el peso de mi amante, mientras su miembro enterrado en mí le procura el mismo placer.

La locura de no poder tocarlo o verlo es insoportable, y se acrecienta al oír tan sólo sus leves jadeos y susurros. Mi mente no deja de imaginar las travesuras que él inventará para dar goce a mi hambriento cuerpo. Un cuerpo que, al abandonarlo él, queda marchito, como una flor necesitada de la luz del sol o del agua fresca para alimentarse.

Él es mi perdición, mi anhelo más oculto y, también, mi elección.

Sus dedos no se demoran más y comienzan a acariciar de arriba abajo, muy lentamente, los labios húmedos de mi sexo, dejando que sus yemas se introduzcan despacio entre ellos, ahondando y rozando el nudo inflamado atrapado entre los pliegues, ese punto lleno de pasión y deseo.

Un único roce hace que mi razón quede anulada; siempre lo logra. Llevarme lejos, a otro mundo donde sólo estamos nosotros dos, donde sólo existe este pequeño y efímero momento de puro placer.

Puedo sentir sus caricias más profundas y sensuales y mi cuerpo clama por más; mis piernas se enredan en él, tratando, en un acto desesperado y vano, de retener al intruso entre ellas para siempre.

Y en ese instante, mis manos se aferran a las sábanas mojadas mientras mi boca se tuerce en un gemido contenido junto con el aliento que me falta, esperando que llegue la liberación de toda la pasión... Mis manos arañan el colchón, unas manos que estaban atadas...

Abro los ojos de repente; aún estoy jadeando, sudando, sintiendo sus manos en mi cuerpo, que ahora tiritita, frío y frustrado.

Parpadeo tan sólo para darme cuenta de que no ha sido más que otra

mentira de mi mente, otro sueño inconcluso. Otra noche más en la que no podré dormir. Otra decepción más que añadir a la larga lista.

Otra maldita noche... sin él.

# 1

Doy miles de vueltas en la cama, enfadada conmigo misma. La verdad es que, después de casi dos años de larga tortura, debería estar acostumbrada a las eternas noches en vela, pero no es así. Cada vez que ha ocurrido, que en los últimos días ha sido con mayor frecuencia, me he desvelado y, por más que he tratado de no pensar en él, en sus manos, en sus besos o en sus caricias, no he sido capaz de apartarlo de mi mente ni por un segundo.

Parece que, noche tras noche, su presencia se hace más fuerte y persistente; en ocasiones, incluso me da la sensación de percibir su olor, un aroma con un toque picante y dulce al mismo tiempo.

Tal vez debería plantearme seriamente acudir a un psicólogo y explicarle esta maldita obsesión que me roba el sueño y la salud.

Lo único que logra es dejarme cada noche preparada y a punto para llegar al clímax, para calmar un poco el deseo que despierta en mí, y, al final, me deja más desesperada y hambrienta que nunca.

Es extraño que, pese a no verlo nunca con claridad, es como si lo conociese. Sé cosas sobre él, cosas como que su color favorito es el gris o que le gusta que aferre su pelo mientras me hace suya... Son unos sueños poco convencionales y, además, tan reales que me hacen dudar de mi cordura; quizá sí que me estoy volviendo un poco loca.

Los sueños aparecieron algo después de la inesperada y repentina muerte de mi madre, un accidente de tráfico que resultó fatal para ella, pues perdió la vida en el acto; el otro conductor, a pesar de ser el culpable, resultó prácticamente ileso.

Tal vez eso representan mis sueños, la frustración que siento por no poder hacer nada, por tener que dejar de controlarlo todo a favor de la lenta justicia.

Debo concentrarme y echar mano de la poca sensatez que aún resta en mí y pensar que tal vez los sueños sean una representación de mis temores y decepciones. Como decía el gran Freud, todo tiene que ver con el sexo.

A pesar de todo, si me detengo a pensar un momento y trato de encontrar una explicación lógica a este asunto, debo admitir que mi vida personal se ha visto seriamente afectada por el intruso de mis sueños, pues, desde su primera aparición, no he sido capaz de mantener una relación normal con ningún hombre, porque ninguno me hace sentir lo que él, pese a ser un mero producto de mi imaginación, que al parecer se ha esmerado con ahínco a la hora de crearlo.

Mis últimas conquistas no han llegado a durar más de un par de semanas; han sido un fracaso total. Hombres atractivos, con una posición social respetable, perfectamente vestidos y perfumados..., pero, cuando ha llegado la hora de la verdad..., sus besos no me han hecho sentir nada.

Nada.

Absolutamente nada.

Y lo intento, de verdad que intento con desesperación encontrarlo. A él. A ese que logre que mi cuerpo vibre y tiemble de deseo, pero soy incapaz de hallarlo, probablemente porque tan sólo es una fantasía.

Lo busco en cualquier sitio; alzo la mirada con la tímida esperanza de verlo, de dar con él por casualidad en una cafetería, en el súper, cruzando la calle en dirección opuesta... Incluso espero vislumbrar su reflejo en los escaparates que a veces me detengo a mirar, llenos de regalos y adornos navideños, pero parece que sólo existe en mi mente, nada más que allí, encerrado en mis sueños, atrapado en mi inconsciencia, que lo libera cada noche con el sueño.

Y lo peor de todo es que ese producto de mi mente enferma, esa maldita obsesión, está provocando que mi vida real naufrague sin remedio hacia

aguas profundas y heladas... como el Titanic.

Lo sé, soy consciente de ello, suena a demencia, pero es lo que siento con mi extraño desconocido; en sueños se vuelve tan real, tan tangible, que todavía parece una chifladura mayor.

Me giro hacia la mesita de noche y veo parpadear la luz rojiza del despertador; son las cuatro y cinco de la madrugada, hasta aquí mi noche de sueño reparador.

Otra noche más sola, triste y vacía.

Me cubro la cabeza con las pesadas mantas y suspiro. ¿Cómo es posible que parezca tan auténtico? No sólo su sombra, sino sus caricias, sus besos... Cada noche viene a torturarme de una manera diferente y sorprendente, y cada noche es más intenso el deseo que despierta en mí.

Nunca veo su rostro. Pese a todo, estoy convencida de que, si lo viese, sabría que es el indicado, podría reconocerlo.

Quizá mi mente se agarra con uñas y dientes a esta mentira para no caer en el abismo de la locura de la que quizá nunca logre salir. No lo sé.

Todo es confuso y a la vez maravilloso. Tantos sentimientos, deseo y pasión como nunca había sentido.

No puedo evitar comprobar los estragos de mi mente en mi cuerpo y, efectivamente, compruebo que las delicadas bragas blancas de encaje están empapadas por mis flujos.

—¡Joder! —maldigo—. No puedo seguir así; voy a enfermar de amor por alguien que no es real —me digo a mí misma.

Debo meterme eso en mi testaruda cabeza, la cual, al parecer, hoy no quiere saber nada del tema y no le interesa oír algunas de las verdades que estoy dispuesta a contarle.

La tibia humedad de mi ropa interior comienza a enfriarse; sin embargo, yo no. Continúo anhelante, al borde del precipicio donde él me ha dejado... tentándome a caer.

Acaricio la tela suave que cubre mi sexo y dejo que mis dedos se deslicen

de arriba abajo, rozando mi deseo con suavidad, ayudados por la delicada tela de las braguitas que ocultan lo que en realidad me muero por acariciar.

Cierro los ojos y dejo que las rotundas mantas me arropen, me cobijen y me aíslen de todo lo demás, permitiéndome recuperar el sueño y olvidarme de todo lo que no somos nosotros.

*Nosotros.* Como si en realidad existiese.

Rememoro los momentos previos a mi despertar... Cómo mis manos atadas al cabecero de la cama deseaban tocarlo, darle placer, y cómo sus manos, expertas y libres, regalaban caricias y goce a mi cuerpo.

Continúo rozando suavemente mi sexo y dejo que los dedos se cuelen bajo las braguitas; ahora de nuevo, ante su recuerdo, estoy mojada y jadeando. Imagino que mis manos son las de él y permito que mi cuerpo disfrute con la llegada de un orgasmo que ha sido interrumpido antes de tiempo.

Recuerdo sus caricias, su olor dulce y picante, su masculinidad y fuerza sobre mí; casi estoy segura de percibir su peso sobre mi cuerpo.

Me gusta imaginarlo, me gusta soñarlo. Sé que probablemente no sea sano, que debería mantener una relación con alguien de verdad, pero sólo él es capaz de provocar que mi cuerpo vibre, aun sin existir, aun sin estar realmente conmigo.

Consigue meterse en mi mente de una manera que abrumba mis sentidos y los confunde hasta tal punto que realmente puedo sentirlo, olerlo... Me imagino el final del sueño, lo retomo justo donde lo dejé, así que, con la mano que tengo libre, agarro mis sábanas con fuerza, mientras pienso en él, en cómo actuaría, cómo me tocaría y qué palabras susurraría...

Cada vez me encuentro más dentro del sueño; él sigue ahí, mirándome hambriento, acariciándome de esa forma que sólo él conoce.

Mis dedos me tocan y se detienen justo en el sitio donde deben estar, para comenzar a acariciarme el clítoris con pequeños movimientos circulares que logran que mi ser se estremezca.

Puedo percibirlo sonreír, disfrutando de mi deseo, de mi pasión, de mi

hambre por él. Noto cómo su cuerpo se acerca más al mío e imagino cómo, de una sola embestida, fuerte y segura, me hace suya.

Arqueo la espalda e introduzco uno de mis dedos en mi interior. ¡Lo siento tan bien dentro de mí!, empujando mi cuerpo al borde del éxtasis...

Más rápido, cada vez se mueve más deprisa, dejando que me una a la danza frenética que nos llevará a ambos a tocar la luna.

Gemidos ahogados escapan de mi boca empapada por la pasión. Cegada por el deseo, no puedo abrir los ojos; quiero pensar que sigue ahí, a mi lado... donde debe estar.

Dejo que mi cuerpo se recupere del gozo que acaba de recibir y se reponga de tanto placer.

Cuando pasan unos minutos y todo ha terminado, me avergüenzo de haberme satisfecho a mí misma, pero ¿qué más podía hacer?

A pesar del cansancio, ha sido otra noche maravillosa sin mi adorado hombre perfecto. Mi cuerpo, ahora satisfecho, se siente dichoso, relajado y, sin esperarlo, me sumerjo en un delicioso sopor.

La oscuridad es mi compañera, no hay vuelta atrás. Lo hecho, hecho está. No voy a consentir que mi padre se salga con la suya, no en esta cuestión.

Ya tuve que soportar ver cómo el hombre al que yo había elegido terminó casado con mi hermana. Ese día supe que a él sólo le importaba la dote y no yo, al contrario de lo que siempre había jurado. Cualquiera de nosotras le valía para sus propósitos y, cuando mi padre le exigió a mi prometido que me dejase a cambio de una mayor dote por casarse con una de mis hermanas, él aceptó sin dudar y mi corazón se rompió.

A nadie le importó. A partir de entonces, los odiaba, a todos ellos: a mi padre, por desear elegir a mi esposo, y a todos los hombres que sólo se acercaban a mí por el maldito dinero, por la dote que mi progenitor pensaba entregar a mi futuro esposo.

Mi madre no había concebido hijos varones, así que, cuando la muerte se llevase a mi padre, yo, la mayor de las cinco hermanas, heredaría el gran patrimonio de ambos o, para ser más exactos, mi marido sería quien lo hiciera.

No es justo y ahora, en una semana, está previsto que se celebre mi boda. En esta ocasión, para no darme la oportunidad de rechazarlo, mi padre me ha prohibido conocerlo, ni siquiera sé cómo es físicamente. Y yo... no puedo decir nada, tan sólo obedecer. Por eso estoy huyendo.

No me he llevado conmigo muchas pertenencias, sólo algunas monedas, mi hermoso y rápido semental y algo de ropa. Voy al galope; necesito

alejarme todo lo que pueda, sobre todo de mi padre, antes de que alguien se percate de que he abandonado la casa.

El frío viento de la noche azota mi rostro y eso hace que me sienta viva por una vez en la vida.

Libre.

El bosque, a cada paso, se cierne más sobre mí; la vegetación se vuelve más espesa, ocultando de mi vista el cielo estrellado y dejando mis ojos sumidos en la penumbra. Confío en *Juno*, mi caballo; le puse ese nombre en honor al mes en el que nació.

No sé por qué he recordado de repente su nacimiento. En cuanto estuvo fuera de las entrañas de su madre y se puso de pie, la primera a la que miró fue a mí y, desde ese día, fue mío, convirtiéndose en mi mejor amigo.

Confío en él, en sus capacidades para mantenerme a salvo. Aun así, debo confesar que me asusta un poco la inmensidad de la noche y, sobre todo, me aterra no saber qué voy a hacer a partir de ahora, sola.

*Juno* acelera la marcha y resuella con fuerza; algo debe de haberlo asustado, pero ¿qué?

Hay algo en el bosque.

Percibo aullidos y gruñidos. Lobos. Nos persiguen.

No sé qué hacer; estoy bloqueada tratando de no golpearme contra las ramas de los árboles junto a los que *Juno* pasa a toda velocidad. No sé cómo salir de esto, ni siquiera se me ha ocurrido coger algún tipo de arma para defenderme de un posible asalto, ni tan siquiera una pequeña daga.

Me agacho todo lo que puedo y me abrazo con fuerza al cuello del animal para no caer en la estrepitosa huida.

Puedo sentir a los lobos acercándose, casi puedo notar sus sedientos alientos de sangre en mi cuello; las lágrimas se congelan en mis ojos cerrados por el mismo pánico que atenaza mi garganta.

*Juno* relincha enérgicamente. Creo que uno de ellos lo ha alcanzado en una de las patas traseras. Rezo una corta plegaria encomendando mi alma a

Dios, porque sé que voy a morir; demasiado joven, tal vez, pero el destino es impredecible e implacable.

Advierto cómo el caballo trastabilla; vamos a caer y acabaremos deshechos entre los dientes afilados de esa manada de lobos.

La caída no es tan dolorosa como había imaginado. Aun así, no me atrevo a abrir los ojos, pues la muerte nos acecha y no tengo valor para mirarle a la cara. Me aferro a *Juno* con toda la fuerza que poseo; si tengo que morir, lo haré abrazada a lo único que de verdad me ama por mí misma, sin importarle nada más que yo.

Un disparo rompe mis cavilaciones, quejidos de lobos estallan en mis oídos y otro disparo acaba con los gruñidos. Después, nada. Silencio.

—¿Está bien, señorita? —pregunta una voz masculina y suave a mi lado.

No sé si abrir los ojos, estoy muy asustada. Mi mente trata de digerir a toda prisa los acontecimientos, pero es incapaz y me retiene paralizada.

—Señorita —repite la voz—, ¿se encuentra usted bien? ¿La han herido? Ya se han ido. Han huido.

Abro por fin los ojos y, todavía agarrada con vigor al cuello de *Juno*, que resopla tan asustado como yo, me topo con la mirada oscura de un apuesto joven. No debe de ser mucho mayor que yo, aunque irradia una seguridad en sí mismo que yo no poseo.

—Sí, estoy bien —farfullo temblorosa—. ¿Los lobos? —pregunto temerosa, sólo para asegurarme de que no volverán a atacarnos.

—Han huido por los disparos, creo que he herido a alguno. Usted, ¿seguro que se encuentra bien?

—¿Yo? Eso creo, pero *Juno*... ¡Lo han herido! —exclamo asustada.

—Tranquila, señorita, ahora mismo le echo un vistazo. Apártese de él y póngase junto a *Abril*.

—¿*Abril*? ¿Quién es *Abril*? —inquiero extrañada.

—Mi yegua —contesta sonriendo. Mi corazón se desboca—. Al parecer —continúa diciendo— no sólo yo pongo a mis animales el nombre del mes

en el que han nacido.

Sonríó; ha acertado y me resulta curioso. Pensaba que era la única que tenía esas ideas descabelladas.

Mientras el chico está agachado comprobando las heridas de *Juno*, observo, sin el pudor de saberme vigilada, al joven. Es alto, fuerte y sus manos están curtidas por el duro trabajo; a pesar de todo, sus ropas son delicadas y finas. Sus piernas, bajo los estrechos pantalones de montar y flexionadas por la postura en la que examina al caballo, poseen unos músculos bien definidos, que ni siquiera la oscuridad es capaz de disimular.

Su cuerpo está trabajado, sin duda por realizar duras labores. Quizá sea el hijo de un granjero venido a más..., uno que ha tenido la fortuna de contraer matrimonio con la hija de algún noble de bajo rango, quién sabe.

Es muy atractivo y posee una belleza ruda y salvaje, de tez oscura y ojos claros, aunque no vislumbro si son azules o verdes debido a la escasa luz. Además, es atento y caballeroso; no necesito luz para darme cuenta de eso. Se trata de uno de esos hombres que no dudarían en dar su vida a cambio de salvar la de aquellos que ama. Un hombre como el que siempre he soñado.

—¿Qué hace sola en el bosque, señorita? —pregunta arrancándome de mis pensamientos.

—Alysa, mi nombre es Alysa.

—Encantado; mi nombre es Matthew.

Matthew, repito. Su nombre me gusta, me recuerda la masculinidad que desprende.

—Encantada, y gracias por salvarme la vida. No sé cómo he olvidado mis buenos modales —musito avergonzada, pero en realidad sí lo sé.

—En una situación así, no es para menos, pero todavía no ha contestado a mi pregunta. ¿Qué hace a estas horas en el bosque y sin escolta?

Abro la boca dispuesta a contestar, pero no se me ocurre qué puedo inventar para salir del paso airosa. Es innegable que me he comportado de manera inconsciente, así que me decanto por ser sincera.

—La verdad es que sólo pensé en huir.

—¿De qué huye? ¿Alguien le ha hecho daño?

—No todavía, pero, si me hubiese quedado, sin duda así hubiese sido.

Él enarca una ceja, extrañado por mis palabras.

—*Juno* está fuera de peligro, pero no podrá cabalgar de momento y habrá que lavarle la herida y vendarle la pata. Necesitará varios días de descanso. No podrá cabalgar, y menos con peso extra, pues eso sólo agravaría su herida, desgarrándola más.

—¿Es usted doctor?

—Algo así —contesta sonriendo—. ¿Hacia dónde se dirigía a estas horas de la noche? Quiero decir, ¿a dónde se encaminaba en su huida? ¿Tiene dónde refugiarse?

Sonríe mientras lo pregunta, acariciando el cuello de *Juno* con suavidad, y no puedo dejar de imaginar que es mi cuello por el que pasa los dedos; su risa es casi infantil..., le llena la mirada, haciéndola brillar. Seguramente, a plena luz del día, me habría dejado sin aliento.

—Me dirigía a casa de un familiar.

—¿De quién escapa?

—De mi padre.

—¿De su padre? ¿Es un mal hombre?

—No, supongo que no lo es. El caso es que sólo desea para mí un matrimonio por conveniencia.

—¿No le gusta su prometido?

—No lo sé; no me han dejado conocerlo.

—Quizá... si se lo hubiera pedido a su padre...

—Mi padre piensa exclusivamente en deshacerse de nosotras.

—¿Deshacerse?

—Sí, ya ha casado a todas mis hermanas, sólo faltó yo.

—Eso no es malo.

—Lo es si te obligan a pasar el resto de tu vida con un hombre por el que

no sientes nada.

—El amor puede llegar con el tiempo.

—No, yo quiero sentir amor por el hombre que me lleve al altar. Quiero sentir como si un rayo me fulminara.

—Eso debe de doler —murmura divertido.

—El amor no siempre es placentero.

Él sonrío de nuevo.

—Es usted una mujer con mucho carácter.

—No lo crea; no he sido capaz de enfrentarme a mi padre. He salido huyendo.

—El hombre que su padre ha elegido para usted es un hombre con suerte.

—No; no soy una mujer fácil, lo sé.

—Ahí reside el encanto... Tratar de domar a una mujer como usted, qué deliciosa tarea —ronronea junto a mí.

Noto el rubor colorear mis mejillas hasta el borde del incendio; agradezco la oscuridad y la intimidad del bosque.

—Necesito algo con lo que vendar a su caballo, ¿por casualidad lleva consigo algún chal?

Lo sopeso un momento y me doy cuenta de que no llevo más que un par de blusas y faldas de repuesto, aparte de los pantalones de montar. Abro el pequeño hatillo y saco una de las faldas.

—¿Le servirá?

—Sí, sin duda.

De manera profesional, como si lo hubiese hecho muchas veces antes, venda la pata de *Juno*, que se queja un poco.

Me acerco a mi montura y agarro por el cuello a mi amigo mientras le susurro palabras tranquilizadoras.

—Ya hemos terminado; buen chico, *Juno*. Ahora vamos a tratar de andar. Asiento y me doy cuenta de que estoy llorando.

—Se va a poner bien —murmura él limpiando las lágrimas de mi rostro.

—Perdone —musito.

No dice nada y comenzamos a caminar despacio, cada uno agarrando las riendas de su animal.

—Si está cansada, puede montar a *Abril*.

—¿Y usted?

—Yo puedo andar.

—¿Cuánto cree que tardará en recuperarse?

—Depende de cuánto tiempo esté dispuesta a darle para descansar.

—No puedo detenerme, debo alejarme de él.

—¿De su padre?

—Sí; si me encuentra...

—Si lo desea, puedo cambiarle la montura, si tan importante es para usted irse, escapar.

—¿Y deshacerme de *Juno*?

—Usted se llevaría a *Abril*.

—Se lo agradezco, pero no puedo aceptar. *Abril* es una yegua preciosa, pero no podría dejar a *Juno* con un desconocido.

—Yo lo cuidaría muy bien —afirma mientras se acerca a mí, despacio, ocupando todo el espacio libre a mi alrededor, agotando el oxígeno.

Lo miro a través de mis largas pestañas, esperando que me bese; lo deseo. No sé qué tiene, pero hace que lo anhele, hace que quiera arrojarme a sus brazos. De nuevo sé que es él, porque el hambre me consume otra vez.

Las nubes, que ocultan la luz de la luna, se abren, dejando los rayos plateados libres de la prisión que suponían para ellos.

Es un joven muy apuesto, aunque no puedo discernir su rostro con claridad. Parece estar interesado en mí, no en el dinero, las tierras o el título.

Los brazos masculinos se apoderan de mi cintura y me atrapan con fuerza cerca de su cuerpo. Su boca es igual de brusca y posa sus labios, demasiado carnosos para pertenecer a una boca masculina, sobre los míos.

Quedamos fundidos por la cintura y la boca en un único ser que empieza a

arder con furia. Los besos cada vez son más apasionados y las lenguas bailan alocadas algún ritual que sólo ellas conocen. Suenan jadeos, gemidos.

El calor nace en mi estómago y se extiende por todo mi cuerpo, abrasándome y despertando ese deseo desesperado por él. Una necesidad que nubla mis sentidos se activa cuando sus manos se deslizan por mi estómago y se extienden por mi cuerpo.

Mis manos no pueden contenerse y acarician la musculosa espalda, el fuerte cuello, el duro abdomen bajo la ropa.

El fuego me consume y sé que nada me va a alejar de los brazos de este hombre.

El beso acaba y nos deja sin aliento. Matthew jadea, con la mirada velada por la pasión.

—Lo siento, no debería haber dejado que esto pasara —se excusa alejándose de mí.

—No se preocupe, no importa —murmuro confusa.

—Sí importa. Estoy prometido; iba de camino hacia la casa de mi futura esposa.

—¿Tampoco la conoce? —pregunto con ironía.

—No, iba a hacerlo ahora.

Su respuesta me descoloca.

—Entonces tampoco la ama.

—No, pero eso no es relevante: va a ser mi mujer y debo respetarla.

—Lo siento. No volverá a suceder —digo frustrada.

—Entonces, ¿hacia dónde se dirige?

Sopeso por un momento las posibilidades..., ¿qué puedo hacer? No me queda más remedio que dar media vuelta y regresar a casa con las orejas gachas y pedir perdón.

No tengo ni montura; no puedo continuar la marcha. Mi aventura ha llegado a su fin. Al menos me llevaré el recuerdo de ese beso, mi primer beso. Un beso de verdad, con un hombre de verdad.

Un beso de los que derriten el alma y el corazón y después la mente, transformándote en un títere.

Un beso de los peligrosos, porque logran hacerte sentir enamorada, y eso precisamente es lo que acaba de sucederme. He entregado mi corazón a ese *familiar* desconocido que ya está prometido pero al que no puedo reprocharle nada porque me encuentro en la misma situación, aunque sea lo último que deseo.

Caminamos despacio, perdidos en la inmensidad del bosque, y de manera inconsciente mi cuerpo se acerca cada vez más a él, atraída por ese magnetismo contra el que no puedo luchar.

Los aullidos rompen de nuevo el silencio y un escalofrío eriza el vello de mi nuca.

—Están lejos; esta noche no nos molestarán más.

—Eso espero. He pasado miedo, mucho. Realmente he creído que iba a morir.

—Ha sido muy valiente.

—Una cobarde es lo que soy. Huyo de mi destino por no afrontarlo.

—¿Tan malo es?

—¿El qué?

—Su prometido. ¿Tan segura está de que no será capaz siquiera de tolerarlo?

Lo miro un instante a los ojos y me planteo lo sencillo que sería si mi futuro esposo fuese él. Resultaría tan fácil, tan agradable... Junto a él sería feliz; me sentiría cómoda, segura y con la sensación bailando en mi *estómago* del revoloteo de mariposas que no están dispuestas a marcharse. Justo como siempre he soñado sentirme.

—No lo sé. La verdad es que no me lo he planteado de esa manera.

—Tal vez debería considerar regresar.

—Es lo que haré. No me queda otra opción..., pero no dejo de preguntarme si será un hombre tan mayor que estará a punto de dejar esta

vida.

—Si ése fuera el caso, muy pronto sería una viuda hermosa y casadera de nuevo.

—No me gustaría tener que entregarme a un hombre al que no amo —digo sin comprender todavía por qué he sido tan sincera con ese desconocido

Matthew me mira otra vez. Deteniendo el paso, se acerca a mí, posa sus labios en mi oído y pregunta:

—¿Nunca la habían besado?

—No, nunca —contesto con la voz entrecortada por la emoción que siento a su lado.

De nuevo, estoy atrapada entre sus brazos, con su boca pegada a la mía, saboreando su aroma, su olor, la pasión que desprende.

Su lengua me acaricia suavemente, como si fuese seda. Suelto un gemido que atrapa en su boca y su lengua se vuelve más osada.

Mi cuerpo se asemeja a una hoguera a la que sólo le faltara añadir algo de madera y, ahora, la lumbre arde con fuerza y me consume. Muero de deseo, necesito ser de este hombre, aunque sólo sea una vez.

Parece que todo lo que llevo encima me estorba, me sobra la ropa y también la piel. Deseo que me penetre hasta el alma, que acaricie mi cuerpo desnudo procurándome miles de sensaciones placenteras.

Mi espalda golpea contra algo firme y rugoso, un árbol. Me alza y mis piernas se enroscan a su cintura, dejando expuesta, indefensa y aturdida mi mente por sus besos, largos y deliciosos. Se aprieta contra mi pecho, bajo el cual mi corazón late desbocado, y su miembro se yergue endurecido entre sus piernas.

Sus embates, incluso con la ropa puesta, me procuran un placer inmenso que arranca a mi garganta jadeos desesperados por tenerlo más adentro. Necesito que su miembro me atravesase y llene mi corazón. Es todo lo que deseo, todo lo que sueño. Y está destinado a ser de otra.

Al recordarlo, lo detengo. No quiero, pero he de hacer lo correcto. ¿Por

qué? No tengo ni idea de qué es lo que me impide seguir adelante, sólo puedo pensar en que, en algún lugar, hay una chica que lo espera y que no merece ser humillada por su prometido de esa forma. La decisión de alejarlo me mata. Apartarlo significa morir de deseo, de nuevo.

—Lo siento —susurro con la voz ronca—, pero no puedo, no puede, no podemos.

—¿Qué sucede?

—Está prometido.

—Soy consciente de ello.

—Entonces, aléjese de mí. No debería besarme así.

—Sí debo; quiero y lo haré.

—No, ella no se merece que la engañe. Es sólo una víctima inocente.

—Una víctima inocente que pretende huir de su padre y de su prometido, dejándolo solo en el altar.

Por un momento siento que voy a desfallecer, no puede ser verdad. Es imposible que sea él. Todo está confuso en mi mente rebosante de deseo, nublada por la lujuria y la pasión. Sólo oigo lo que en realidad deseo escuchar.

—No, no puedes ser tú...

—Sí, puedo serlo y lo seré, si me aceptas.

Me acerco otra vez a él y enlazo mis brazos alrededor de su cuello, atrayéndolo, besándolo, ahora ya sin miedo ni vergüenza.

Sé que hay una posibilidad de ser feliz junto a él; quizá esta vez mi padre no ha errado en su decisión.

Las lágrimas escuecen en mis ojos cerrados mientras doy gracias al cielo por haberlo puesto en mi camino.

—No puedo creer que seas tú. ¿Cómo has sabido quién era?

—Te vi marcharte de tu casa a hurtadillas; debería haber llegado antes, al caer la tarde, pero tuve un pequeño problema.

—¿Qué ocurrió?

—Nada, bandidos.

—¿Nada? ¿Bandidos? ¿Estás bien?

—Sí, estoy entre tus brazos.

Y los besos se suceden. Ambos nos perdemos en el otro, sin poder pensar en nada que no seamos nosotros. Mis caderas le exigen más y, cuando le susurro que me haga suya, no puede resistirse por más tiempo y me penetra... despacio, dejando que mi cuerpo se acostumbre a él..., dejándome sentir el placer que tanto he anhelado, mientras la humedad y el calor de mi interior lo envuelven agradecidos.

—Éste es el sitio exacto donde deseo morir. Eres mi paraíso. Lo mejor que me ha regalado la vida. Sólo serás mía. —Gime.

Gimo con él, moviéndonos al mismo ritmo silencioso, con el que los jadeos se enlazan sin dejar adivinar a quién pertenece cada uno, al igual que nuestras manos, nuestras bocas, nuestros cuerpos...

Aparte de nosotros y de la cadencia acelerada de nuestros corazones, que palpitan al compás de nuestro creciente deseo, nada más existe.

Noto cómo el éxtasis está a punto de fulminarme, cierro los ojos y alzo la mirada a un cielo ya iluminado por los primeros rayos de sol, para recibir esa oleada de placer que, al fin, me dejará exhausta, satisfecha y feliz.

Tiemblo en mi cama, esperando con desesperación llegar al clímax. De repente, unas manos desgarran nuestros cuerpos, separándonos cruelmente.

Matthew yace en el suelo, con la mirada vacía, y yo, sorprendida y jadeando sin control por la proximidad de la liberación, semidesnuda, miro alrededor asombrada y asustada: mi padre.

Mi padre, acompañado de otros hombres.

—¿Cómo te has atrevido, zorra? —grita desesperado, propinándome un fuerte golpe en la cara.

—Padre, lo siento —sollozo.

—¡Morirás, hijo de perra!

—¡No, padre! ¡Es mi prometido! —exclamo protegiéndolo con mi cuerpo.

—¿Tu prometido? No conozco de nada a este bastardo.

Al oír esas cortantes palabras, lo miro a los ojos. ¿Me ha mentado sólo para robarme la virginidad? ¿Me ha mentado en todo? No, no puede ser... Sus besos, su cuerpo... no pueden mentir, me desea... pero ¿me ama? Claro que no, acabamos de conocernos.

—Señor, la deseo para mí —se justifica.

—¿Tú? ¡Eres un maldito hijo de perra! ¡Te ordené que la vigilaras y la has deshonrado! —trueno una voz ruda detrás de mi padre. Un hombre mayor, de barriga flácida, aparece montado en su corcel marrón.

—¿Me... has mentado? —pregunto con la voz ahogada.

—Yo... no exactamente.

—Sí, te ha mentado, no es más que uno de mis empleados —recalca el que adivino que es mi futuro esposo mientras me mira con desdén—. ¡Ya no la quiero! —grita en dirección a mi progenitor—. ¡No deseo a una mujer que se revuelca con el hijo de una sirvienta!

—No puede ser —me oigo decir con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo has podido?

—No he sido capaz de evitarlo —musita—. ¡Y no me arrepiento! —brama ahora en voz alta.

Ésas son sus últimas palabras, pues el que era mi futuro esposo saca un arma y asesta un disparo certero en el corazón de Matthew.

Caigo al suelo, fulminada. Acaban de matarme a mí también, han asesinado parte de mi corazón.

### 3

Llego a la oficina. Eugenia me espera con un café con leche y doble de azúcar sobre la mesa; me conoce bien, sabe que soy un desastre con patas y que nunca recuerdo tomar nada por la mañana, así que siempre me tiene algo preparado.

—Buenos días. —Sonrío mirando la taza.

—Buenos días —contesta ofreciéndomela—. ¿Una mala noche?

Me quedo pensativa... Una mala noche, muchas malas noches, una larga racha de cosas malas...

—Sí —suspiro—, aunque no muy diferente de otras tantas.

—Todo se va a solucionar, no te preocupes.

La miro un instante, agradecida. Es una mujer muy atractiva: pelo largo y cobrizo, ojos grandes y verdes que miran sin dobles intenciones y, lo que más me gusta de ella, su sincera sonrisa.

—Gracias.

Le devuelvo la sonrisa y me dirijo a mi lugar de trabajo. Presiento que va a ser un día interminable.

Andrés invade mi espacio antes incluso de que yo haya entrado en mi despacho. Miro con desencanto lo abandonado que lo tengo; el polvo no se acumula gracias a que mi jefe, el señor Ruiz, tiene contratada a una chica que viene algunos días, aunque aun así se ve descuidado. Todo es gris en mi vida... menos mis extraños sueños.

—Buenos días —saludo a mi compañero.

—Buenos días. ¡Qué mala cara traes!

—Gracias, tú estás muy guapo.

¿Qué puedo decir? Ni el maquillaje puede ocultar las marcas de cansancio que muestra mi rostro.

—¿Preparada?

—No, pero lo haré —murmuro.

Es difícil enfrentarse a este tipo de situaciones. Los primeros días no pude dejar de llorar, preguntándome mil veces qué podría haber hecho para evitarlo; después me arrepentí de todo lo que no le dije y de muchas cosas que sí expresé, y más tarde dejé que el dolor me inundase y las lágrimas llenaron varios días.

Al final, cuando el dolor resultó ser tan fuerte que adormecía mis sentidos, me sentí lo suficientemente centrada como para empezar a trabajar en el expediente de mi madre.

Debí haberme mantenido al margen, pero no pude. Era como si se lo debiese a ella, como si vengarla dependiera de mí.

Pasamos la jornada enterrados por los documentos del caso: pruebas médicas, testimonios de testigos, análisis clínicos...

El día pasa raudo entre papeles, bocadillos y cafés para llevar. Antes de darme cuenta, ya es de noche y Andrés se despide mucho antes de que yo esté lista para irme.

Cuando abandono la oficina, no queda en ella ni mi sombra. Bajo al garaje y me meto en el coche para dirigirme rumbo a mi casa, a mi soledad y, seguramente, de vuelta a mis sueños.

Mi piso me recibe con la frialdad que lo caracteriza. Enciendo la luz y me pongo cómoda. Abro el frigo y, desanimada, veo que no hay apenas nada, así que cojo un par de yogures de fresa y me los tomo frente a la tele. Ni rastro de algo interesante, como de costumbre. No logro entender cómo es posible que tenga tantos canales y nunca pongan nada que me guste.

Dejo de fondo un programa de esos de cotilleos que nadie ve pero que tiene una audiencia de escándalo y permito que los problemas de los demás

diluyan los míos. Cansada, me tumbo y estiro las piernas, hartas de pasarse todo el día dobladas.

Cierro los ojos sólo un momento; no quiero dormir, sólo descansar la vista... y, de repente, el sol me ciega.

La yegua cojea y no sé qué hacer. ¡Nunca he puesto una herradura! ¡Ni siquiera sé cómo empezar! Suspiro sin saber cómo actuar; miro a mi alrededor: sol, arena y cactus.

Regreso a mi problema, pero, por más que observo la pata del animal, no tengo ni la más remota idea de qué hacer. Las preguntas me atosigan. ¿Será conveniente cabalgar si la yegua no lleva una herradura? ¿Resultará peligroso para el animal?, ¿para mí? Por más que miro sin cesar la pezuña de la yegua dorada, soy incapaz de adivinar cuán importante es que lleve o no el herraje.

Me levanto del suelo para tratar de encontrar la herradura que ha perdido, cuando mis ojos se topan con otra montura.

—Parece que necesita ayuda, señorita —afirma con un acento suave un joven de tez aceitunada.

Uso la mano a modo de visera, procurando resguardar mis ojos del sol cegador que se empeña en acariciar mi rostro, para tener, a la par, una mejor visión de él.

Su aroma y magnetismo son tan arrebatadores como su fuerza. Su mirada intensa, su sonrisa torcida... Sé que es él, de nuevo esa necesidad apremiante de estar entre sus brazos, de sus caricias, de sus besos.

—No necesito nada de usted, gracias —miento descaradamente.

—Creo que sí —asegura mientras, ágilmente, me agarra por la cintura y me posa sobre su montura, delante de él.

—¡Bájeme! —ordeno.

—No puede cabalgar si su yegua carece de una de las herraduras; la

llevaré a un herrero que hay cerca de aquí para solucionar ese problema — explica mientras sujeta las bridas de mi montura y comienza un suave trote.

—¿Un herrero cerca de aquí? —pregunto, incrédula por el extenso y árido territorio de tonos rojizos que va más allá de lo que abarca mi vista.

—Sí, a pocas millas de aquí hay un pequeño poblado de buscadores de oro.

—¿La fiebre ha llegado hasta aquí? —inquiero sorprendida—. Estamos en mitad de la nada.

—Ningún sitio se ha librado. ¿También viene en busca de oro?

—No —es mi escueta respuesta. ¿Cómo explicarle que, en realidad, no sé qué hago aquí?

—Entonces, ¿viene a trabajar para Agnes?

—¿Agnes? ¿Quién es Agnes? Trabajar, ¿de qué?

—Agnes, la dueña del prostíbulo.

Me giro indignada y, sin pensarlo, abofeteo a este guapo extraño en su moreno rostro. Me devuelve una mirada impresionada mientras se frota la mejilla en silencio, sonriendo.

—No pretendía ofenderla, tan sólo he pensado que unas piernas como las tuyas convertirían el canchán en mi nuevo baile favorito.

—Pues me ha ofendido —contesto ruborizada por el halago. Se ha fijado en mis piernas y me doy cuenta de que llevo la falda demasiado alzada, dejando a la vista más de lo que se supone que es decoroso. Inmediatamente las cubro de nuevo con el vuelo de la prenda.

—Es una lástima —chasquea con la lengua—, era lo más hermoso del paisaje —musita riendo entre dientes.

Es un bastardo, un cretino muy atractivo. Hay algo en él que otra vez me resulta familiar, como si estuviésemos conectados. No le temo, a pesar de que parece un hombre peligroso; sé que puedo confiar en él, que no me hará daño.

—Descarado... —murmuro.

—Sólo digo la verdad: es una mujer hermosa la que llevo sobre mis muslos y, como verá —dice mirando su entrepierna, que destaca en el estrecho pantalón—, no soy de piedra.

—Bájeme —es lo único que se me ocurre decir.

—No lo haré.

—Le ordeno que me baje. No me agrada su compañía —miento.

—Soy un hombre sincero; pensaba que la sinceridad era algo que apreciaban las mujeres.

—Eso es lo que no me gusta de usted: no lo conozco de nada y, sin embargo, cree que puede decirme y hacer lo que desee en mi presencia —replico sintiendo cómo el rubor cubre mis mejillas.

Él me contempla embelesado mientras trato, desesperada, de bajar de su montura y coger la mía. Desafío a un hombre más grande y fuerte que yo; un hombre que, si lo deseara, podría romper mi bonito cuello con sus grandes manos.

Algo cambia en su mirada; alarga ambas manos para enmarcar mi cara sin ninguna delicadeza y me besa. El beso es brusco e inesperado para mí, pero, cuando respondo a éste de la misma forma apasionada con la que él lo ha iniciado, las piernas le tiemblan; puedo sentir las bajo mi propio cuerpo.

Satisfecha por ser yo la que dirige la situación, enredo mis manos en su cuello, atrapándolo profundamente en el beso, uno largo y cálido que será el primero de muchos otros. Soy incapaz de detener el frenesí que me consume mientras sus manos me acarician por todas partes, haciendo que sienta que éstas están hechas para acariciar mi cuerpo y, mi boca, para besar la suya.

Al besarlo y saberme entre sus brazos, siento que es él a quien he estado esperando, al que deseo tener a mi lado para siempre. Para siempre... eso es mucho tiempo.

¿Y a quién le importa?

Dejo que la pasión nos consuma sobre el nervioso caballo, en mitad de un ardiente desierto de tonos rojizos.

Sus manos me recorren con ansia, levantando mi falda para hallar algo de piel desnuda. Sus dedos se posan suavemente sobre mis muslos y su tacto parece carbón ardiendo que deja una delicada marca allí por donde pasa.

Al no hallar resistencia, se aventura más profundo y acaricia el hueco entre mis muslos, jugando con su lengua en mi boca, arrancándome gemidos desesperados que llevan un mensaje oculto: hazme tuya.

De nuevo la experimento, esa sensación en mi alma. Me siento hambrienta y sé que sólo me saciaré cuando lo tenga entre mis piernas.

Me gira y me coloca a horcajadas sobre él, nuestras miradas unidas por un hilo invisible de pasión que nos absorbe en un mundo en el que sólo cabemos nosotros y nuestra ansia por el otro.

Los jadeos lo llenan todo con su mágico cántico. Me acerca más a él, saca el excitado miembro de su pantalón y aparta mi ropa interior, buscando con la mirada mi permiso.

No opongo resistencia, lo que más deseo es que me haga suya. No me importa dónde, ni cuándo, tan sólo quiero pertenecerle.

Sonríe mientras acerca su palpitante sexo al mío, que lo espera complacido, pues ya saborea el placer que llegará con la embestida.

Perezoso, alargando el momento, acaricia mi humedad con su pene, gruñendo contenido.

—Hazme tuya o voy a morir de deseo... —susurro.

Me mira sonriendo, satisfecho por hacerme perder el control, y, cuando va a penetrarme, cuando saboreo la felicidad de tenerlo dentro, una voz corta el aire.

—MacKoy, aléjate de ella o te vuelo la tapa de los sesos.

Despierto sobresaltada al percibir el arma amartillarse. Miro alrededor... Estoy en el sofá, en casa, a salvo, y por enésima vez insatisfecha.

Mi cuerpo palpita sudoroso por un placer que siempre se ve interrumpido. Me estoy volviendo loca; mis sueños cada vez son más reales, cada vez me despierto peor, contrariada, sudorosa, abrumada... hambrienta.

Me levanto desesperada, apago la televisión y abro la ventana del salón. No sé qué hacer... Miro la hora; son las doce... sólo medianoche.

Observo el cielo. La luna brilla, acompañada de los parpadeos de las estrellas; algunas nubes surcan el cielo, pero no lo empañan, lo adornan.

He de hablar con Luis, no me importa que seamos amigos. Me da igual que crea que siento por mí más de lo correcto. Lo necesito, voy a enloquecer. Cada vez me cuesta más distinguir los sueños de la realidad; son tan auténticos que consiguen que no discierna la vigilia del estado onírico.

Abro el móvil y pulso sobre su rostro sonriente. Es un hombre atractivo, bueno, inteligente y amable. Nos conocemos desde hace mucho, desde la infancia, y, además, no despierta en mí este deseo que puedo sentir por otro.

—¿Sucede algo? —contesta al otro lado, alterado.

—Luis, necesito que me trates. No estoy bien.

El silencio traspasa la distancia que nos separa. Puedo imaginarlo cerrando los ojos y frotándose las sienes por la crispación que le provoca el favor que le pido, porque de nuevo la respuesta va a ser que no.

—No puedo aceptarte como paciente, de verdad que no puedo.

—Pero... te necesito —suplico.

—Te voy a dar el número de teléfono de un colega mío; es muy bueno. Habla con él. En cuanto acabe de hablar contigo voy a llamarlo para que te haga un hueco y te dé hora, le diré que se trata de algo urgente; es todo lo que se me ocurre.

—Gracias, Luis, eso será suficiente.

Me facilita los datos de su amigo, que anoto en mi pequeña agenda. Le doy las buenas noches y cuelgo algo más tranquila.

Tengo que descansar; siento mi cuerpo dolorido y sé que es un dolor del alma, no físico. Un dolor debido a largas noches insatisfecha, un suplicio causado por los estragos de esas visitas que me llevan al límite y después me dejan repentinamente.

Camino hasta la cocina, cansada, y decido probar con el viejo truco de mi madre: un vaso de leche caliente. Afortunadamente tengo leche.

Cojo un vaso de cristal transparente y lo lleno hasta los bordes, lo pongo en el microondas y dejo que se caliente. Sonrío. ¿Será bueno meter más calor dentro de mi cuerpo? A este paso voy a entrar en erupción como un volcán.

Cojo el vaso y me lo bebo de un trago; me he quemado un poco el labio, pero no me importa, sólo deseo tener una noche tranquila, sin sueños.

Me meto en la cama, apago la luz y trato de relajarme con los ojos cerrados. Estoy muy cansada. Rezo una plegaria para dormir sin sueños, tan sólo un descanso oscuro.

## 6

La penumbra y el silencio son espesos, como la atmósfera; cada vez que mi boca exhala un suspiro, el vaho dibuja formas incoherentes que desaparecen a los pocos segundos.

No necesito verlo, sé que está ahí, puedo sentir su magnetismo atrayéndome... como siempre. La misma sensación en cada uno de los sueños.

Soy consciente de que estoy en uno de ellos, que estoy sumida en un estado onírico y todo es producto de una imaginación demasiado activa. A pesar de ello, no deseo despertar; me gusta la sensación de ser la protagonista consciente en otro de mis delirios.

Una ventana, adornada con espesas cortinas, deja traspasar la tímida luz de la luna, casi extinta. Me acerco hasta ella y observo el exterior... La luna, con su media sonrisa torcida, parece ser cómplice en el asunto que me traigo entre manos. Un pequeño lago artificial fabricado con esmero por algunas manos delicadas refleja la escasa luz, despidiendo destellos tan plateados como la fuente de la que provienen.

Fuera todo está en calma, no como mi interior, que se agita por la expectación. Me aparto de la ventana para continuar con el escrutinio de la oscura habitación. Parece un salón abandonado. Por donde quiera que paso mis manos enguantadas, levanto la capa de polvo que lo cubre todo, que trata de ocultar antiguas heridas a miradas interesadas.

La chimenea, tan fría como la propia estancia, aún conserva las cenizas del último fuego que rugió en ella, olvidadas. Toco la piedra que la forma: dura,

sólida y a la vez pulida por el paso del tiempo. Es una roca que ha perdido la angulosidad por el transcurrir de los años, convirtiéndola en pétrea y fría seda.

—Veo que disfrutas con todo lo que me pertenece —rasga el aire una voz masculina.

—Sí, aunque no debería; ni siquiera tendría que estar aquí.

—Sin embargo, has acudido a mi llamada.

—Siempre respondo a ella, aunque eso no signifique, mi señor, que esté bien.

Oigo mi propia voz hablando con cadencia, con un leve y suave acento, extraño a mis oídos pero a la vez familiar. En ningún momento vuelvo el rostro hacia la voz, pues continúo acariciando la chimenea; aun así, sin verlo, sé que es él.

—Me pregunto cómo es posible que algo tan maravilloso y que nos hace sentir tan bien pueda estar mal, Irene.

Suspiro apenada mientras percibo el susurrar de sus pasos acercándose y, aunque sigo sin poder verlo, tengo la certeza de que es el mismo que me ha visitado todas las noches desde hace ya bastante tiempo.

Su aroma, su fuerza, el potente imán que su cuerpo es para el mío..., eso no cambia; quizá los escenarios, su nombre, pero nunca lo que me hace sentir.

Me giro y oigo crepitar mi pesado vestido, que imita el sonido de los troncos que debían hacerlo en la chimenea; él me observa.

Va vestido con una elegancia que no puede dejar indiferente a nadie: una levita, botas altas hasta la rodilla cubriendo parte de sus pantalones, la camisa adornada con una corbata. Tengo la impresión de que son tonos claros, pero no soy capaz de apreciarlo bien debido a la escasa luz que nos rodea.

Cada vez está más cerca, cada paso que recorre acortando la distancia entre ambos hace que mi alrededor cambie. Ya no me parece una estancia

fría, sino cálida; tampoco triste u oscura, ahora diría que es un lugar fantástico en el que me van a suceder cosas maravillosas.

Vuelvo a suspirar y, al levantar la mirada del suelo, puedo sentir las lágrimas asomando a mis tristes ojos y un leve rubor recorriendo mis húmedas mejillas.

—¿Por qué lloras, Irene?

—Por nada, mi señor.

—No me llames así, sabes que puedes llamarme por mi nombre. Me gusta cómo suena en tus labios.

—Lo sé, mi señor, es sólo que creo que no debería.

—Irene, puedes hacer todo lo que desees, ¡todo! ¿No lo ves? ¿No lo sientes? Me tienes atrapado en la palma de tu delicada mano, tan sólo ciérrala y haz conmigo lo que quieras; te pertenezco, Irene.

—Pero mi señor... está casado... y la señora Anna es buena, ella no se merece que le hagamos esto.

—Irene, mírame. No la amo, pero a ti sí.

—Desearía que las cosas fueran diferentes.

—Yo también, pero, si la dejo, lo perderé todo y, ¿entonces?, ¿te gustaría vivir mendigando? No puedo consentirlo; al menos de esta forma puedo ofrecerte un techo, ropa, comida, lo que necesites...

—Lo que necesito es... ¿Qué sentido tiene que nos amemos si no podemos estar juntos?

—Es el precio que hay que pagar.

—Un precio demasiado elevado, señor.

—¿Me estás... diciendo adiós?

—Le estoy diciendo que ésta será la última vez, sí.

De una zancada se acerca a mí; parece furioso, pero no siento miedo. Me coge por la cintura y me eleva en el aire, estrechándome contra su cuerpo en un abrazo salvaje. Nuestras bocas se unen en una danza desenfrenada, caótica.

Sus manos recorren feroces mi cuerpo, que al instante hierve como la lava de un volcán en erupción, haciendo que todo a nuestro alrededor desaparezca bajo el calor que esa lava provoca al derramarse por nuestros cuerpos.

Los gemidos mueren en la boca del otro; las caricias no son pausadas, sino ardientes, fuera de control, como lo estamos nosotros, como nuestros cuerpos.

Siento cómo mi piel responde a cada caricia de sus manos... Su lengua en mi boca...; me hace enloquecer con su ardiente sabor. Noto cómo mi espalda topa contra algo duro y frío, pero enseguida olvido esa sensación, en el justo momento en el que siento su miembro contra mi sexo, tratando de entrar, de enterrarse en mí, profundo, para darme más placer del que ya siento.

La falda se levanta sobre mi pecho encogido por la emoción y percibo el calor de él concentrado en su sexo mientras se roza de forma desvergonzada contra el mío. Mi boca no deja de suplicar con quejidos ahogados y él comprende a la perfección lo que mi cuerpo necesita, lo que desea desesperadamente.

Comprende mi hambre.

Su mano acaricia mi sexo para cerciorarse de que está preparado para recibirlo y su boca se tuerce en una sonrisa satisfecha y orgullosa al comprobar que estoy muy húmeda, por él... para él.

Preparada y ansiosa por recibirlo.

—Te amo, Irene —susurra en mi boca mientras empuja con fuerza en mi interior y me llena por completo de él.

—Aléjate, no quiero tenerte cerca —respondo—. No puedo, no lo soporto, estoy cansada —sollozo apartándolo de mí.

—No me digas eso, Irene. Yo no puedo... No sabría vivir sin ti.

—¿Cuántas veces, Adrián? ¿Cuántas? —Él me mira desesperado por el rumbo que ha tomado la conversación—. No, no me respondas, yo te lo diré: incontables. Siempre empiezas algo que no podemos acabar. ¿Por qué? Porque no estamos hechos el uno para el otro; tú perteneces a tu esposa y a tu

mundo de ensueño, ese donde los sentimientos se intercambian por tierras, títulos y dinero.

»Yo soy de una clase social inferior y, aun así, soy feliz, porque lo poco que tengo es auténtico. No hay sentimientos ni amigos comprados; nos ayudamos y amamos de verdad, con el corazón. Debo alejarme de ti, de tu mundo en el que siempre hay algún obstáculo insalvable. Y estoy cansada. Así que, por favor, Adrián, déjame marchar. —Mi voz se ha convertido en un lamento.

—No puedo, Irene... no puedo... —musita.

—Si de verdad sientes algo por mí, deja que me vaya. No me lo pongas más difícil.

—No puedo, Irene, de verdad; se me rompe el corazón con sólo pensarlo. ¿Cómo hacerlo?

—Sé fuerte, por ti, por mí... por el bien de ambos.

—¿Cómo voy a creer que algo tan doloroso es lo mejor? No, Irene, no lo permitiré; tal vez soy demasiado egoísta para dejarte ir.

—Adrián, no hagas nada de lo que te puedas arrepentir. No podemos estar juntos. Acéptalo.

—Nunca.

—¿Nunca?

—Nunca lo aceptaré. No me pidas que renuncie a ti, no lo haré.

—Entonces, Adrián, quizá deba obligarte a hacerlo.

—¿Cómo?

Agacho la mirada y me aparto de su lado, dejándolo solo.

Veo cómo sus manos agarran sus sedosos cabellos dorados para tratar de entender por qué lo abandono. Siento el dolor que experimenta y veo su mirada de confusión, como si yo no supiera lo que sufre. Trato de distanciarme, pero, entonces, sus manos de nuevo están sobre mi cuerpo y me gira hasta colocarme frente a él.

—Sólo con pensar que ya no estarás para regalarte mis caricias, mis besos,

para entregarte mi pasión... No puedo dejar que te alejes. No te lo permitiré —musita junto a mi boca—. No soy un hombre débil —continúa diciendo—, pero sólo contigo a mi lado seré capaz de soportar este matrimonio al que fui condenado desde que nací, sin amor..., pero junto a ti todo adquiere diferentes colores, porque contigo he descubierto el amor. ¿Cómo quieres que renuncie a lo mejor que tengo? ¿Qué me importan, al fin y al cabo, las tierras, el oro o la clase social, si nada es real si no estás tú? No te lo permitiré, no dejaré que te separes de mí, jamás.

Sin saber qué decir, acepto que su boca se adueñe de nuevo de la mía. Sus besos calientan mi cuerpo y mi alma. Otra vez estoy lista para él, esperando que me haga suya.

Nuestras lenguas se enredan, nuestras manos se pierden en el cuerpo del otro. Con prisa, me alza de nuevo la pesada falda y busca con avidez la humedad; sigue ahí. Con él nunca desaparece.

Sus dedos penetran mi cuerpo, moviéndose despacio, arrancándole suspiros ahogados a mi pecho y acelerando mis pulsaciones. Despacio y sin dejar de mirarme, se arrodilla y entierra su boca entre mis muslos. Su lengua acaricia suavemente mi sexo, que late impaciente por liberar la pasión que retiene.

Aprieto la tela del vestido entre mis dedos, tan fuerte que siento que se me entumescen.

Jadeos. Gemidos. Un ruido extraño que no logro descifrar. El ruido continúa, molesto, apartándome del sueño, arrancándome de su lado... y duele.

Parpadeo y me topo con la fuente del ruido; el putito despertador.

—¡Joder! —exclamo frustrada—. ¿No tenías otro momento menos inoportuno para sonar?

Miro la hora, enfadada y a la vez complacida. Son las seis. Al menos esta noche he dormido algo más, aunque me haya costado despertar dos veces a punto de llegar al orgasmo y me sienta dolorida, húmeda e insatisfecha.

De nuevo, las sábanas mojadas, al igual que las bragas; esta vez ni siquiera el pijama se ha librado. Sé que llevo el pelo revuelto, incluso tengo la sensación de que me duele la espalda, como si de verdad hubiese estado apoyada contra una dura y fría pared de piedra antigua.

El tiempo pasa y contemplo los primeros rayos de sol, como pasa siempre últimamente. No voy a darle más vueltas al asunto; está decidido, he tenido varias horas para tomar la decisión. Voy a llamar al colega de Luis y a hablar del tema con un profesional.

Me levanto de la cama, enfadada y frustrada de nuevo; no sé por qué me molesto, es la tónica natural de mis días. Cojo el móvil; es temprano, pero seguramente ya habrá alguien en la consulta. Al tercer pitido de la señal, descuelgan el teléfono; la mujer, al oír mi nombre, sabe quién soy. Sin duda, Luis hizo anoche sus deberes, así que, cuando finalizo la conversación con ella, tengo una cita a las ocho de esta misma tarde con el doctor Suárez, Jaime Suárez.

Trato de convencerme de que me va a venir bien hablar con alguien de estos sueños que me van a volver majareta; necesito descansar, aunque sea

una sola noche, dejar de buscarlo sin pretenderlo en cada rincón.

Me miro en el espejo y tengo la desquiciada impresión de que mis labios están inflamados como si de verdad me hubiesen besado con pasión. Me llevo la mano hacia ellos y me los toco... ¡Ha sido tan real! Incluso el sueño está grabado en mi mente con fuerza, como si fuese mucho más que una ilusión... es de locos. A este paso voy a perder la razón, así que decido llamar a mi jefe y pedirle unos días libres, hace mucho que no me tomo unas vacaciones.

Desde que mi madre sufrió el accidente, me he volcado en el trabajo sin descanso, tratando de manejar el dolor, pero ahora creo que ha llegado el momento de parar y sanar las heridas.

Mi superior no pone objeciones, aunque me advierte de que el abogado del acusado se ha puesto en contacto con nosotros para conocernos y tratar de llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes y evitar ir a juicio. ¡Como si eso fuera posible! ¿Acaso cree que va a devolverme a mi madre?

Tras la conversación, cuelgo y me voy al baño. Abro el grifo del agua caliente y, bajo el chorro, consigo relajarme y olvidar un poco mi malestar general. Una vez limpia y vestida, me veo de otra forma; observo a la mujer aburrida y solitaria en la que me he convertido; al menos mis sueños son atrevidos, aunque me dejen tan insatisfecha.

Me acerco a la cocina y miro el calendario situado en la puerta del frigorífico; en dos semanas debe celebrarse la vista por el caso de la muerte de mamá. Debería haberlo dejado en manos de algún compañero y haberme quedado al margen de este asunto, pero no he sido capaz. El conductor que ocasionó el accidente sobrepasaba el límite de alcohol permitido y estoy decidida a hacerle pagar por ello. Cueste lo que cueste.

Se lo debo a mi madre, ella perdió la vida. Lo más justo es que el culpable pase, como mínimo, una temporada en la cárcel.

Sé que eso no va a hacer que el dolor desaparezca, pero aliviará un poco esta comezón que me corroe.

«Irene...», resuena en mis oídos; me llamó Irene. No recuerdo que en otros sueños me haya llamado por mi nombre; sin embargo, ha sonado tan familiar...

Después de malcomer, me encierro en mi habitación y tardo más de una hora en decidir qué ropa será la más adecuada para contarle con todo lujo de detalles a un desconocido qué es exactamente lo que pasa por mi mente. Al final me decanto por ir cómoda, pues después de todo me voy a tumbar en un diván durante unos cuarenta y cinco minutos.

A las siete y media bajo al garaje y subo al coche, introduzco en el GPS la dirección que me ha facilitado la chica que me ha dado la cita y comienzo a seguir las instrucciones que la voz aguda y robótica me indica. Siempre me hace pensar en una mujer con un orgasmo prolongado, pues facilita las indicaciones como si estuviese en mitad del acto sexual... Definitivamente, estoy enferma.

Aparco cerca de la consulta, me dirijo a la puerta, llamo dos veces y una chica rubia y vestida escrupulosamente a la moda me abre para recibirme.

—Buenas tardes, señora Valle —me saluda sonriente.

¿Señora? ¡Si debe de tener mi misma edad!, quizá un par de años menos, o puede que cinco, pero no más. Voy a suponer que ha sido un gesto de cortesía y que no es porque piense en realidad que soy tan vieja como para llamarme de tal modo.

—Buenas tardes. Puedes llamarme Irene y tutearme, no soy tan mayor —le digo sonriendo.

La chica se sonroja al instante y agacha la cabeza mientras me conduce hacia la sala de espera. Tal vez me haya pasado un poquito de la raya y haya sonado maleducada, pero, bueno, estoy desequilibrada, ¿no? Estará acostumbrada a excentricidades y contestaciones rancias.

—Jaime... —se interrumpe—..., el doctor Suárez la atenderá enseguida.

—Muy bien, gracias —digo más condescendiente.

Cojo una revista muy usada de la mesita que hay en el centro de la

solitaria y fría sala de espera donde todo es blanco... Paredes, techo, suelo e incluso los muebles, lo único de un color diferente es la televisión, que muestra un negro brillante. Ésta está apagada; veo el mando preparado para ser usado sobre la mesita, pero no me apetece ver nada en ella, así que ojeo por encima la revista sin prestar verdadera atención.

Es una publicación de esas del corazón, donde puedes averiguar datos muy «importantes» de los famosos de la tele, como cuál es su color favorito o la talla de sus zapatos. La suelto indignada. No sé por qué parece que últimamente me molesta todo.

—Ya puedes pasar, el doctor te espera.

—Gracias —murmuro mientras me levanto y luego la sigo, sintiendo el vibrante caminar de la recepcionista, que ahora parece estar más compuesta.

Me guía hasta el final del estrecho pasillo casi tan sinuoso como sus caderas y me señala la puerta que me llevará a mi liberación.

Cuando ésta se abre, me topo de bruces con el guapo doctor. Entiendo el cambio de actitud de la recepcionista, tiene que estar encantada de trabajar aquí.

El doctor Suárez, Jaime, es un hombre alto, fuerte, guapo, y encima viste con buen gusto. Todo un partido. No veo tipos así por la calle, ¡qué bien escondido lo tenía Luis!

—Buenas tardes, Irene. ¿Me permite que la tutee?

—Buenas tardes, doctor Suárez. Por supuesto, no me importa. —Sonrío. ¿Cómo va a importarme que me tutee? Lo que me apetece hacer es gritarle: «¡Tutéame!, ¡tutéame!, ¡haz conmigo lo que quieras en ese sofá reclinable!».

—Por favor, siéntate. Charlaremos mientras tomamos algo. ¿Café? ¿Té?

Me quedo pensativa; la verdad es que lo que menos necesito son más excitantes.

—Agua, por favor.

—¿Sólo agua?

Asiento; él me mira y sonrío. ¿Puede haber un hombre más atractivo?

«Pero, bueno, Irene —me riño a mí misma—, es tu psiquiatra... Elimina esos pensamientos impuros de tu mente.» En verdad, estoy enferma.

—Y bien, Irene, ¿qué te trae por aquí?

—Pensaba que Luis te habría contado algo al respecto.

—Bueno, me ha comentado que tienes problemas para dormir.

—Algo así... —susurro.

—¿Algo así?

—A ver... —prosigo—... no es que no duerma, es que duermo poco y mal. Me atormentan pesadillas.

—¿Sufres pesadillas?

—Bueno, quizá no son exactamente lo que se entiende habitualmente por pesadillas, supongo.

—¿Entonces? —Me mira mientras toma un poco de té.

Sopeso la pregunta, ¿cómo explicarlo?

—La verdad es que no sé cómo explicarlo... y menos todavía a un desconocido.

—Imagina que tienes una dolencia física y que estás en la consulta de tu médico de cabecera, sólo que lo que te duele ahora mismo es diferente a un dolor de garganta... ¿cómo lo describirías?

—Pues no sé, me duele el alma.

—Te duele el alma... —repite sorprendido.

—No..., en realidad es más bien que la noto hambrienta. Vacía.

—Entiendo. Y, ¿cuándo comenzó esa sensación?

—Diría que justo después de la pérdida de mi madre.

—¿Murió de forma repentina?

—Sí —contesto con lágrimas asomando a mis ojos; recordarla aún me entristece—, un accidente de coche.

—Comprendo —murmura.

De este modo, empiezo a contarle la historia completa: el accidente, el proceso que hay abierto en contra del conductor, los nervios, los llantos y, sin

darme cuenta, le estoy narrando con todo lujo de detalles mis sueños eróticos a un desconocido que a la vez me resulta familiar.

—Interesante.

—Freudiano, diría yo.

Jaime se ríe.

—¿Conoces a Freud?

—No personalmente, pero para él todo eran frustraciones sexuales de algún tipo, ¿no?

Jaime sonrío y muestra un delicioso hoyuelo en su mejilla derecha.

—Bueno, tus sueños, a decir verdad, son muy interesantes. Lo que no me queda claro es por qué, después de tenerlos, no consigues dormir de nuevo.

Siento que mi rostro arde, me quema la vergüenza que siento en ese instante. Debo responder a esa pregunta, pero ¿cómo lo hago?, ¿qué le digo?

—¿No vas a contestarme?

—¿No es hora de irme ya?

—No, todavía no. —Vuelve a reír.

—Lo cierto es que... supongo que no duermo porque... verás... pues eso, porque en mis sueños... ¡Ay, Dios! ¡Qué apuro!

—No sientas vergüenza, no duermes porque te sientes frustrada sexualmente al no llegar al orgasmo, porque sientes los sueños tan reales que llegan al punto de hacerte necesitar alivio sexual, ¿es así?

—Bueno, más o menos, supongo.

—No creas que es algo extraño, le sucede a muchas personas.

—¿No estoy loca?

—Supongo que un punto de locura sí que tendrás, pero como todo el mundo que sueña.

—Eso me deja más tranquila, pensaba que era una ninfómana frustrada o algo peor.

Sonríe de nuevo y su sonrisa le ilumina los ojos como en mi sueño..., pero no siento con él lo mismo que con el extraño sin rostro de mis ensoñaciones.

No puede ser él. No, lo sabría. Estoy segura. Aunque sin duda sería un gran reemplazo.

—Yo no le daría más importancia; además, tu pareja debe de ser, ahora mismo, un hombre muy feliz —susurra acercándose a mí.

—No hay nadie en mi vida —murmuro—. Gracias. Me quedo más tranquila, supongo que entonces no necesitaré seguir viniendo.

—A mí me encantaría seguir viéndote —replica, esta vez en voz baja, inclinándose hacia mí.

Me sonrojo de nuevo. ¿Se referirá a la consulta o quizá a verme fuera de ella?

—No creo necesario volver a verte en la consulta, ya me has dejado bastante más tranquila; gracias por tu diagnóstico.

—No me refería a verte aquí... sino a que me encantaría verte como hombre, no como médico. Con todo, si aceptas, no podré volver a atenderte, no podrás ser mi paciente.

—No lo entiendo, ¿por qué?

—Conflicto de intereses.

«Conflicto de intereses», repito en mi mente y al instante me sonrojo por enésima vez.

—Así que, si deseas que nos veamos, ya no acudirás más a mi consulta. Podríamos empezar con una cena esta noche, ¿qué te parece?

No sé qué responder a su propuesta, me he quedado muda por la impresión. Lo observo; es atractivo, inteligente y no lleva anillo..., así que me digo que por qué no. Quizá, si me besa un hombre como él, real, me olvide del de mis sueños.

—Está bien, acepto tu oferta.

—¿Paso a recogerte?

—Mejor te recojo yo, ya sé dónde encontrarte —contesto mientras sonrío.

—Te esperaré aquí a las diez, ¿cómo lo ves?

—Perfecto. ¿A dónde iremos?

—Será una sorpresa.

—De acuerdo, hasta luego entonces.

Me abre la puerta de la consulta muy caballerosamente y deja que pase delante de él mientras su mano guía mi cintura. El contacto es cálido y agradable, aunque la verdad es que me siento un poco defraudada. No es la misma sensación, la misma corriente eléctrica que prende fuego a mi alma de inmediato, ni tampoco esa atracción instantánea, imposible de romper, que siento en mis sueños, aunque la verdad es que podría divertirme mucho averiguando si él puede llegar a hacerme experimentar lo mismo que siento en mis sueños... Tal vez la pasión nazca con el primer beso.

Cuando llegamos al mostrador para pagar, Jaime le hace una señal a su secretaria para que no me cobre. La chica rubia me mira molesta, supongo que no es habitual que Jaime acompañe a sus pacientes hasta la puerta principal y que no paguen. Cuando él posa un suave beso en mi mejilla a modo de despedida, su ceño se frunce más.

Desde luego no es nada discreta con respecto a sus sentimientos por su jefe.

La puerta se cierra tras de mí y salgo a la calle para dirigirme hacia donde he aparcado mi coche. Miro el móvil y compruebo que ha pasado más tiempo del que creía; si no me doy prisa, no voy a llegar a tiempo de recogerlo.

En el teléfono parpadea la señal de una llamada perdida. Es de Luis, supongo que interesándose por cómo me ha ido la sesión. Le devuelvo la llamada usando el manos libres. El teléfono suena y suena, hasta que al otro lado contesta una voz familiar.

—¿Qué tal te ha ido? —pregunta directo al grano.

—Bien —respondo sin más.

—¿Bien? ¿Sólo eso?

—Bien, supongo. Tu amigo dice que no necesito terapia, que lo que me ocurre es bastante normal.

—Te ha pedido una cita, ¿no es así?

—Bueno, pues... él... ¿Cómo lo sabes, Luis?

—Se lo advertí, que te dejara en paz. Y ahora no quiere tratarte porque quiere entablar una relación contigo.

—No seas tan dramático, sólo es una cena.

—¿Has aceptado?!

—¿Por qué no, Luis? Somos adultos, ninguno de los dos tiene pareja, es guapo...

—Me estoy arrepintiendo de haber confiado en él.

—Bueno, Luis, si te quedas más tranquilo, buscaré otro médico para que me dé una segunda opinión.

—Te dejo, tengo que trabajar. Mañana hablamos —es su respuesta.

—Chao, Luis —me despido, aunque no estoy segura de que haya llegado a oírme.

Al colgar tan repentinamente, no me cabe duda de que se ha enfadado. Está molesto. No sé por qué, pero lo está.

Tal vez no debería haber aceptado la invitación, en realidad no conozco a Jaime de nada, pero no debe de ser un mal tipo si es amigo de Luis, y él no me lo habría recomendado si lo fuera. Debo creer eso, al menos para sentirme más segura.

Subo a toda prisa a casa, me ducho, me perfumo y me decido por un vestido negro ceñido, más incómodo que lo que llevaba esta tarde, pero que me hace sentir guapa.

Me miro en el espejo... El vestido tiene un escote de vértigo, quizá me he pasado. No sé a dónde iremos. Presumo que a un sitio elegante, pero ¿y si me lleva a una hamburguesería? No, no lo creo; en todo caso, si vamos a un establecimiento de comida rápida, no me quitaré el abrigo y problema solucionado.

Me maquillo un poco, pero no demasiado, pues no quiero que piense que estoy dispuesta a satisfacer mi cuerpo, hambriento de necesidad por un hombre que ni siquiera es real y sólo existe en mi mente. Puede ser que Jaime

haya barajado esa posibilidad, que me considere una presa fácil, que me vea como una mujer reprimida, sola y que anhela un buen revolcón.

Suspiro, la suerte está echada. Miro el reloj, son las diez menos diez, tendré que darme prisa si quiero llegar puntual. Bajo a por el coche y arranco pisando a fondo el acelerador. Voy todo lo rápido que me permite la ley para llegar a la puerta de su consulta. He llegado sólo cinco minutos tarde; no está mal, incluso elegante dirían algunos.

Jaime me está esperando en la puerta de la calle, con un ramo de flores rojas, así que presumo que no se ha complicado y me ha traído rosas. Abre la puerta del vehículo y entra, me ofrece las flores y me doy cuenta de mi error: no son rosas, sino tulipanes.

—Me encantan... —murmuro sorprendida—. No sé cómo lo has averiguado, pero son mis flores favoritas.

—Estás preciosa —dice sonriendo.

—Tú estás muy elegante —contesto con otra sonrisa—. ¿A dónde vamos?

—Sigue mis instrucciones —suelta.

—A sus órdenes, capitán.

Me mira y ríe; esa risa de nuevo le llena la mirada, otorgándole un brillo encantador, y en ese instante pienso en cuánto me gustaría que fuese él. Sería tan sencillo, tan fácil...

Después de un montón de indicaciones y giros, de semáforos y curvas, llegamos a un pequeño restaurante.

La plaza donde está ubicado es antigua, tanto como lo es la ciudad. El suelo es una sucesión armónica de piedras y un pequeño arco, de color verde por las enredaderas que habitan en él, dan la bienvenida a la pequeña plazoleta.

Apenas hay farolas, sólo algunas pequeñas luces incrustadas en las fachadas de los edificios, formando parte natural de ellos.

Observo el local, un restaurante italiano: Lago di Como. Pasamos al pequeño y encantador establecimiento. Es un sitio precioso y a salvo de miradas indiscretas, me pregunto cómo habrá dado con él.

La puerta, de madera oscura y algo desconchada, se cierra silenciosamente tras nosotros.

—Giuseppe, buenas noches —saluda a un agradable anciano parapetado tras unas gafas de pasta tan viejas y pasadas de moda como él.

La familiaridad con la que lo trata me hace pensar que no es la primera vez que viene y eso me molesta un poco. ¿Trae a tantas chicas aquí como para que lo conozcan?

—Ella es Irene —dice mientras me señala—. Irene, él es Giuseppe.

—Encantado, señorita —contesta con un acento italiano bailando en su español—. Me alegra que, para variar, venga acompañado, Jaime. Un hombre tan apuesto no debería estar siempre solo —sentencia el anciano sonriendo.

—No me avergüences, Giuseppe; la chica me gusta de verdad —replica en

voz baja, pero consciente de que puedo oírlo.

Giuseppe nos acompaña a una encantadora mesa, adornada con una pequeña candela y un jarroncito de flores secas en tonos morados. Flores, eso me recuerda que he olvidado las mías en el coche.

Jaime, muy amablemente, me retira la silla mientras me deshago del abrigo; después de todo, no es un establecimiento de comida rápida.

—Gracias —susurro a la vez que me siento y acerca la silla a la mesa, no sin antes repasar lo que llevo puesto.

—Bonito vestido —comenta mientras él se deshace de su abrigo, oscuro y largo, que deja al descubierto su fuerte torso marcado bajo el jersey negro de cuello alto que lleva; sus pantalones de vestir, también oscuros, se ajustan a sus largas y fuertes piernas.

—Gracias —contesto, sonriendo de nuevo, embobada mientras admiro su torneado cuerpo—, tú también estás muy... —¿qué decir?—... elegante —me decido por fin.

Se sienta frente a mí y me mira con intensidad con sus ojos color verde mar.

—Tienes los ojos color avellana —suelta de pronto.

—Sí, supongo que es una manera de describirlos —digo sin saber si eso es algo bueno o no.

—Me encantan las avellanas; cada vez que me coma una, pensaré en ti.

Un escalofrío sacude mi cuerpo y el rubor llega a mi rostro. Tal vez sí que pueda resultar.

—Los tuyos son del color del mar.

—Algo más oscuros. —Sonríe—. Las motas doradas de tus ojos son embriagadoras... como tu aroma... como tú.

El rubor se intensifica y mis muslos comienzan a advertir la humedad.

—Veo que no pierdes el tiempo.

—Lo siento, es sólo que me resulta fácil dejarme llevar contigo, es como si nos conociéramos de siempre. Luis está enfadado —suelta bruscamente,

dando un giro inesperado a la conversación.

—Lo sé. Hemos hablado antes por teléfono, pero al final me ha colgado.

—Sigue enamorado de ti, después de todo.

—¿Enamorado? ¿Sigue? No, no lo creo.

—Créelo, lo sé.

—Sólo somos amigos; sabe que no puede haber nada más, sólo fui un capricho pasajero.

—Ni fuiste un capricho, ni ha sido pasajero. Me juró que no sentía nada por ti, pero no es cierto. Lo sé por la forma en que me ha ladrado cuando me ha llamado por teléfono para regañarme por haberte invitado a salir...

—Sólo se preocupa por mí —lo justifico, pero ¿es cierto o me miento a mí misma?

—No, no es sólo eso, Irene. Está fascinado contigo, e igual me ha sucedido a mí. Cuando me hablaba de ti, pensaba que exageraba, pero ahora veo que para nada. Eres mucho más de lo que me describía.

—¿Habéis hablado de mí?

—Bueno, somos amigos. Es algo normal entre hombres.

—Supongo, aunque eso me hace sentir incómoda.

—¿Por qué?

El camarero nos interrumpe al traer la carta, que queda relegada en la mesa; en este momento no nos importa a ninguno de los dos qué vamos a cenar.

—Porque parece que sabes mucho de mí y yo no sé nada de ti.

—Nunca ha mencionado nada que no se pudiese contar.

—¿Se supone que eso debe tranquilizarme?

—Pareces enfadada.

—Lo estoy. Me siento engañada.

—No te sientas así; no sé mucho sobre ti, sé cosas sobre Luis con respecto a ti, pero, si me das la oportunidad, me encantaría descubrirlo todo.

El camarero aparece de nuevo, con una botella de vino en la mano; se la

muestra a Jaime, que da su visto bueno, y el joven llena nuestras copas.

Jaime dice algo en italiano y el chico sonríe y toma nota.

—¿Has pedido ya?

—Espero que no te importe que me haya tomado la libertad de pedir por ti.

Lo miro en silencio. La noche se estropea a pasos agigantados, pues desde que me he sentado a la mesa todo ha comenzado a irse al traste y, ahora, ¿qué quiere que responda? Algo como «Me molesta que creas que sabes lo que me gusta comer». Mejor lo dejo estar; si la cosa no sale bien, con no volver a verlo, arreglado.

—No te preocupes, está bien —contesto.

—El postre te dejaré elegirlo a ti, aunque sé qué es exactamente lo que pedir as.

—¿También te lo ha chivado Luis?! —le espeto.

Jaime sonríe. Parece que le gusta mi cabreo.

—No, no me lo ha dicho. La verdad es que no me contaba demasiado; te quería mantener oculta, sólo para él... y ahora entiendo el porqué.

—Te equivocas de nuevo.

—Ah, ¿sí? Entonces, dime una cosa, Irene: ¿por qué no sabías de mi existencia?, ¿por qué nunca te había hablado de mí?

—No lo sé, sus razones tendr a.

—¿Sabes que él y yo nos conocemos desde el instituto?

Ese dato me sorprende. Es cierto que nunca me ha hablado de él y eso que nos conocemos desde el parvulario y, aunque fuimos a institutos y universidades diferentes, siempre hemos mantenido el contacto.

—Ahí lo tienes, Irene. No desea compartirtelo... y lo entiendo.

—No me conoces.

—Pero, lo que veo, me gusta.

—Eso es muy superficial, y todavía más viniendo de un psicólogo.

—Bueno, soy psicólogo, no filósofo, y además tengo un pequeño defecto.

—¿Y cuál es?

—Soy un hombre.

—Ya lo veo, ya —digo sonriendo.

El resto de la velada pasa sin más incidentes. La verdad es que es un hombre encantador, inteligente y guapo. Y, a mi pesar, tengo que admitir que tiene muy buen gusto pidiendo la comida. Todo lo que ha ordenado me ha encantado. Entre charlas, risas y bocados deliciosos, llega la hora del postre: mi turno. Una elección que para mí está tan clara como el agua.

—Antes de pedir —susurra acercándose—, hagamos un pequeño juego.

—Está bien. ¿De qué se trata?

—Voy a escribir el nombre del postre que estoy seguro que vas a elegir y, después de que lo pidas, te lo muestro.

—Vale, pero no creo que aciertes.

—Acertaré. ¿Te atreves a apostar?

—¿Qué quieres apostar? —le sigo el juego.

—Si gano, me deberás un beso.

—Ya veo y... ¿si gano yo?

—Si ganas tú, te lo deberé yo a ti. Es justo, ninguno de los dos sale perdiendo.

—Supongo que es una forma un tanto retorcida de verlo...

Antes de decidirme, escribe en una servilleta de papel lo que cree que voy a tomar y, cuando acaba, llama al camarero para que tome nota.

Tapo mi rostro con la carta de postres, no deseo darle ninguna pista de lo que voy a ordenar, aunque ya lo haya escrito, y le pido al camarero que se acerque y le susurro lo que me apetece de postre.

Sus ojos analizan todos mis movimientos; por un instante, me da la impresión de que no le ha gustado que el chico estuviese tan cerca de mí, pero enseguida desecho ese pensamiento.

El camarero se marcha y le devuelvo la mirada, desafiante.

—¿Ya? —pregunta.

Sin decir nada, me entrega la servilleta doblada por la mitad.

—¿No sientes curiosidad por saber qué he pedido? —lo tiento mientras abro la servilleta y leo la respuesta.

—Lo sé, has pedido profiteroles.

—¿Cómo lo sabes?

—He acertado.

—No entiendo cómo.

—Observando se puede aprender mucho de una persona.

—Tal vez sea una de las cosas que te ha contado Luis sobre mí —suspiro—. Me siento en desventaja.

—No lo estás, lo estoy yo.

—¿Tú? Tú eres el psicoanalista.

—Por eso, porque cada cosa nueva que aprecio de ti me atrae más —susurra, acercándose más a mí. Está tan cerca que su aliento, cálido y con un leve olor dulce por el vino que hemos tomado, me llena las fosas nasales.

Siento cómo se me seca la garganta, mi pulso se acelera, las palmas de las manos se me humedecen y soy incapaz de decir nada ni alejarme. Tan sólo espero... espero que me bese, deseo que ocurra.

Y a la vez no lo deseo.

Si sucede y es él, si resulta ser como en mis sueños, mi búsqueda habrá terminado, pero ¿y si no lo es? Entonces todo acabará antes de empezar; la ilusión me atrae, pensar que puede ser el mismo que visita mis sueños...

—Su postre —interrumpe el camarero, al que ni siquiera he percibido acercarse.

—Gracias —digo apenas sin voz.

Me separo de Jaime y siento frío; eso me da algo de esperanza, tal vez sí que pueda ser él.

Tomamos el postre tranquilos, conversando de todo y de nada. Está resultando una velada agradable; sin beso, pero agradable.

Nos despedimos de Giuseppe, le doy las gracias por todo y regresamos a

mi coche. Una vez que llegamos a su consulta, me detengo y me explica que en ese mismo edificio tiene su vivienda, pero que nadie, excepto Luis, lo sabe.

Ahora que me ha hecho cómplice de ese secreto, me siento bien, como si en realidad pudiese haber algo entre nosotros..., algo real con un chico guapo que te gusta y al que le gustas.

—¿Quieres... subir? —pregunta.

—Mejor no. Se ha hecho muy tarde y, a pesar de que me he tomado unos días libres, creo que debería volver al trabajo mañana mismo.

—¿Vas a regresar al trabajo?

—Eso parece; el psicólogo me ha dicho que todo está bien —bromeo.

—Quizá mintió para poder verte sin meterse en líos legales.

—Los líos legales y yo vamos en el mismo paquete.

—Supongo. Entonces, hasta mañana, Irene.

—¿Hasta mañana?

—Sí. Si te parece bien, me gustaría verte de nuevo. ¿Cine?

—Vale, me parece bien, cine, palomitas, pizza... como regresar a los dieciséis.

—Pero sin acné —susurra sonriendo y dejando un beso en mi mejilla, cerca de la comisura de mi boca, pero sin llegar a tocarla, tentándome y dejándome con la miel en los labios, con esos labios que deseo probar.

Mejor así, de ese modo tengo una noche para soñar con la posibilidad de que haya encontrado por fin al que ronda mis sueños y me hace sentir esa pasión que nubla mis sentidos.

—Hasta mañana, entonces.

—A las ocho, pasa por aquí —me pide mientras sube los tres escalones hasta el portal.

—A las ocho y cinco —contesto sonriendo.

De su boca sale una carcajada que me parece encantadora, auténtica, tanto como parece que es él.

Es la primera vez en mucho tiempo que al llegar a casa no me siento tan sola y triste. Sonrío como una tonta recordando la cita con Jaime; ha ido mucho mejor de lo que pensaba, mucho mejor.

Hacía tanto tiempo que no me divertía que decido que mañana es un gran día para ir a trabajar. Jaime dice que, a pesar de todo, mis sueños están dentro de la normalidad, así que no tengo que darle más vueltas y prefiero retornar a mi rutina cuanto antes.

Le envió un mensaje a mi jefe y, para mi sorpresa, me responde enseguida, alegrándose por mí y agradecido conmigo por reincorporarme tan pronto. La fecha clave se acerca y mañana tengo una cita con el abogado de la otra parte.

Me pongo el pijama y me meto en la cama con un libro, y el sopor me vence sin darme cuenta.

Los gritos captan mi interés; me hacen dudar, no sé si estoy despierta o inmersa en uno de mis sueños, aunque éste parece diferente.

No puedo entender qué dicen, las voces se sobreponen unas a otras, confundiendo mis oídos. Todos los presentes van uniformados y se amontonan al pie de la escalera; entonces diviso a Adrián.

Su boca deja escapar un nombre, el mío.

—¡Irene!

Es consciente de que algo le ha sucedido a ella, al igual que yo lo presiento.

En el descansillo de la escalera, una persona llama mi atención: es su mujer, Anna, tratando de disimular la satisfacción que hay tras sus ojos.

Adrián no deja de mirar hacia el lugar donde el frágil cuerpo de Irene yace inerte.

Otro alarido me hiela la sangre; parece fuera de sí mientras se precipita por la escalinata a toda prisa para derrumbarse junto al cuerpo de Irene, que de alguna manera siento como propio.

Adrián llora sin importarle las miradas, los cuchicheos, lo que sucederá después o lo que podrá ocurrir..., tan sólo le importa ella. La llama sin cesar, acaricia su rostro, su cuerpo, hasta que logra que ella responda suavemente. Adrián la levanta y la sostiene entre sus brazos, como tantas otras veces para hacerle el amor, sólo que en esta ocasión su urgencia por tocarla no tiene nada que ver con la pasión, sino con la preocupación que atenaza su pecho.

—Si sales con ella de aquí, que sea para no regresar —irrumpe una voz en

sus oídos. Es la voz de Anna, su esposa.

Furioso, le devuelve una mirada acusadora.

—¡Has sido tú! —grita—. Puedo verlo en tus ojos.

Todos los demás, testigos mudos de lo acontecido, agachan la mirada, pues no son capaces de acusar a su ama, su dueña, pero tampoco pueden desmentir la acusación que su señor acaba de pronunciar en voz alta.

Anna ha empujado a Irene por la escalera y ahora está malherida; de lo único que parece arrepentirse es de no haber tenido la fortuna de acabar con ella definitivamente.

Adrián sujeta con firmeza el cuerpo sin fuerza de Irene y avanza, dispuesto a abandonar la casa.

—Si sales de la casa con ella, no se te ocurra volver —sisea Anna, enfurecida.

—Como desees —contesta Adrián con la voz tranquila y firme.

Sin mirar atrás, se precipita hacia la puerta, corre lo más aprisa que puede hasta su coche de caballos y la coloca con cuidado en la parte trasera, mientras le grita al cochero que se dirija al pueblo, a la casa de la sanadora.

El conductor obedece sin hacer preguntas, tan sólo se limita a azuzar a los caballos para que vayan lo más rápido posible. Durante todo el tiempo que dura el largo trayecto, oigo a Adrián rezar, pidiendo y rogando a Dios que me salve... que la salve.

Mi corazón late lento, lo siento en mi pecho abandonar este mundo, al igual que el de Irene... Siento su dolor y las imágenes de lo sucedido acuden a mí: vislumbro a Anna empujándome escaleras abajo. Ella sabe que él me ama, que no le pertenece, y, a pesar de sus esfuerzos por ocultarlo, no es capaz de seguir padeciendo la humillación de que su esposo no la desee y sí a mí.

El coche de caballos se detiene con brusquedad y un olor a hierbas que no conozco penetra en mi nariz, molestándome. Me siento una muñeca de trapo

rota en sus brazos; lo oigo llorar, gritar, suplicar a la sanadora que obre su magia.

—No puedo hacer nada, muchacho, está malherida. Sus lesiones son internas. Tengo que dejar el trabajo en manos de los espíritus, que son más poderosos que yo —contesta la sanadora. Su cabello llama mi atención; es largo y muy blanco, parece nieve.

Adrián cabecea incrédulo, la agarra por los hombros y la zarandea mientras la increpa.

—Tienes que hacer algo. ¡Sálvala!

—No puedo. De verdad que me apena que termine así, pero se lo advertí... No debéis estar juntos; ella sabía que esto sucedería tarde o temprano.

—¿Sabía que iba a morir?

—No, pero era consciente de que tu vida corría peligro si seguía contigo.

—¿Mi vida?

—Así es, muchacho.

—Entonces, ¿por qué ella?

—No lo sé. Algo ha cambiado esta vez, el destino se ha cobrado una vida, la de ella.

—¡No! ¡No! Me niego... Haz algo, quítame la vida a mí y devuélvesela a ella. No deseo seguir en este maldito mundo sin Irene.

Adrián se arrodilla, vencido, derrotado, llorando desconsoladamente. Quiero hacer algo, consolarlo, susurrarle que todo va a salir bien, pero estoy inmóvil.

La anciana mira a Adrián apenada, sabe que lo que siente por la chica es sincero.

—La amas de verdad, ¿no es así, muchacho?

—Más que a mi vida...

—Tal vez...

—¿Tal vez...? ¡Dime, anciana!

—Tal vez haya algo que podamos hacer. Hay un antiguo hechizo que une

a dos amantes para siempre, a través del tiempo.

—Anciana, no juegues con mis sentimientos.

—No lo hago; ella aún tiene algo de aliento. Podemos intentarlo.

—¿Qué pretendes hacer? ¿Brujería? Eso es pecado, va contra Dios.

—¿Quieres estar con ella?

—Más que nada.

—¿Para siempre? Piénsalo bien, muchacho. Para siempre es mucho tiempo.

—Para siempre —susurra Adrián.

—Está bien, acércate a ella y cógela de las manos.

La mujer se da la vuelta y prepara en un cuenco alguna mezcla con hierbas y semillas, mientras Adrián, ajeno a todo lo que sucede, exceptuando a Irene, aprieta sus pequeñas manos entre las suyas, procurándoles el calor que ya no reside en su cuerpo..., ese cuerpo que encierra esa alma que él ama.

La sanadora se coloca al lado de la pareja de amantes y da de beber a Irene del cuenco, del que apenas toma nada, y después hace lo mismo con Adrián.

Éste ha perdido la esperanza, por lo que nada de lo que haga la hechicera le importa. Ésta hace unos pequeños cortes en sus dedos corazón y los une, uno al otro, con un fino hilo.

Durante el proceso no deja de murmurar, una vez tras otra, palabras incomprensibles para los oídos de Adrián, quien permanece concentrado en alargar todo lo que puede los latidos, cada vez más débiles, de Irene.

Sin pensarlo, une su boca a la de ella, diciéndose por un loco instante que quizá su aliento le devolverá la vida. Las lágrimas de Adrián caen sobre las frías mejillas de Irene y puedo sentir cómo esa humedad atraviesa mi piel. Las lágrimas dan paso a un llanto desgarrador y ahogado cuando exhala el último aliento en la boca de ella.

Adrián me agarra con todas sus fuerzas, sostiene un cuerpo vacío e inerte, tan sólo una carcasa que nada retiene ya.

Poco a poco el llanto se suaviza, despacio, al mismo ritmo que su alma

asume que ya no estoy, que no podrá vivir una vida junto a mí, y entonces se alza y clama al cielo, un grito desgarrador reclamando a Dios lo que le ha robado, la vida de ella. Cuando el grito se acaba, su llanto y sus quejidos cobran fuerza de nuevo y así permanece, junto a mi cuerpo sin vida, durante horas.

La anciana se marcha sin emitir palabra, dejando que llore la pérdida. La cabaña se queda en silencio; tan sólo los sollozos de Adrián pueden oírse, como si todo lo demás se hubiese detenido en el tiempo.

—Nunca, me oyes Irene, nunca amaré a ninguna otra. Jamás. Siempre te amaré a ti —promete sobre mi cuerpo.

—Unas hermosas palabras, querido esposo, aunque creo que te equivocas de mujer.

La voz fría de Anna se cuela en la cabaña como el viento gélido del invierno que encuentra cualquier rendija para helar la sangre.

—¡Vete, Anna! ¡No deseo verte nunca más!

—¡No era más que una criada! —exclama fuera de sí.

—Lo era todo.

—Su vida no valía nada.

—¿Por eso te has creído con el derecho de arrebatársela?

—Estaba cansada de ver a mi esposo revoloteando tras una insignificante sirvienta como un jovenzuelo enamorado.

—La amaba, Anna.

—Ella no estaba a tu altura.

—¿Y tú sí?

—Sí.

—¿Por qué lo crees?

—Soy duquesa.

—¡Eres una asesina!

—Olvidaré tus palabras.

—No lo hagas. Recuérdalas cada noche.

—¡Vuelve a casa!

—¡Jamás!

—¡Lo perderás todo, Adrián!

—Sin duda ya me lo has arrebatado.

—Pero todavía tienes tierras, títulos, riqueza, poder... ¡La olvidarás!

—No los quiero, sólo la deseaba a ella.

—¿Por qué no te basto yo?

—Anna, márchate antes de que cometa una locura.

—¿Vas a lastimarme?

—Vete, Anna. No quieras volver a saber de mí.

—Ni tan siquiera estando muerta deja de ser un estorbo.

Adrián se levanta y coge, del lecho improvisado por la sanadora, mi cuerpo sin vida. Comienza a andar sin tener claro a dónde dirigirse, pero no va a dejarme abandonada junto a esa odiosa mujer y, en silencio, lo agradezco.

—¿Vas a enterrarte con ella?

—Quizá —contesta mientras sigue caminando.

Abro los ojos a la vez que el despertador suena con ese ruido estridente. Me siento desfallecer; noto mi cuerpo cansado, sin fuerzas, como si de verdad hubiese muerto y, a lo mejor, eso es lo que ha ocurrido.

Mi rostro está empapado por las lágrimas que he derramado durante el sueño y mis piernas apenas me sostienen mientras me encamino hacia el baño. Necesito verme en el espejo, saber que sigo siendo yo; ahora mismo me cuesta discernir qué es real y qué no.

Al ver mi cara en el espejo comprendo que fue una idea pésima decirle ayer noche a mi jefe que hoy iría a trabajar. No me siento en condiciones, pero el fallo sobre el caso de mi madre sigue pendiente, tan sólo faltan diez días para que tenga lugar el juicio y la verdad es que siento curiosidad por descubrir qué trato quiere proponerme el letrado de la parte contraria.

Conocerlo quizá me dé una idea de cómo es y pueda encontrar su punto flaco. Nadie ha querido facilitarme ni un solo dato sobre él, ni siquiera su nombre. Sé de antemano que no voy a aceptar lo que ofrezca y ni siquiera sé si voy a ser capaz de escuchar lo que tenga que decirme. No soporto la mera idea de hablar o estar cerca de un hombre que defiende al que me arrebató a la persona más importante de mi vida.

Me voy de cabeza a la ducha y dejo que el agua caliente, muy caliente, se lleve consigo los restos de mi pesadilla y me haga entrar en calor, pues siento que estoy tan fría como Irene.

Algunas lágrimas escapan de nuevo de mis ojos y decido que debo visitar otra vez a un psicólogo. No puede ser normal sufrir y padecer tanto con un

sueño... ni sentirme así, como si realmente hubiese muerto.

Salgo de la ducha y, todavía con el pelo húmedo y envuelto en una toalla, llamo a Luis. Me dan igual sus tonterías y sus enfados sin motivo. ¿Quién mejor que él para contarle lo sucedido? Me salta el contestador.

—Luis, soy yo —anuncio con voz trémula—. Estoy fatal. Necesito verte, por favor. A la hora de la comida, donde siempre, no me digas que no. Gracias, hasta luego.

Ya está hecho; seguro que luego, cuando esté más tranquila, me arrepentiré, como siempre que actúo de forma impulsiva, pero, por ahora, creo que es lo mejor que he podido hacer.

Llego a la oficina. La mañana pasa tranquila y agradezco poder estar enterrada entre papeles. Sin darme cuenta, es la hora del almuerzo. Salgo de mi despacho con disimulo, como si fuese una espía, pues no deseo encontrarme con nadie ni dar explicaciones. Llego hasta el ascensor sin problemas hasta que, al entrar, me doy de bruces con mi jefe. ¡Qué suerte la mía!

—Buenas tardes, Irene.

—Señor Ruiz... —contesto con timidez.

—¿Sale a comer?

—Sí, enseguida regreso para ponerme al día.

—Tómese su tiempo; sé que ha pasado por momentos duros y que se avecinan otros igual de agotadores.

—Sí, tiene razón. Gracias, señor Ruiz.

Continúo mi camino y salgo del edificio para dirigirme a un pequeño restaurante que se ha convertido, a lo largo de los años, en nuestro pequeño punto de encuentro. Al menos Luis ya me espera en la puerta; ansiosa, me acerco segura de que percibe a leguas que no me encuentro bien.

—¿Qué te sucede? —pregunta nada más llegar a su lado.

—¿Que qué me sucede? ¡Que me voy a volver loca, Luis! Estoy desesperada; necesito que me trates, que me ayudes a entender qué demonios

me pasa y por qué.

—No te pasa nada, te lo he repetido mil veces e incluso tu *nuevo novio*, Jaime, está de acuerdo conmigo.

—No es mi nuevo novio.

—Lo parece.

—Sólo salimos a cenar, nada más; para tu tranquilidad te diré que ni siquiera me besó.

—No me sorprende. Conozco a la perfección la táctica de «dejarte con la miel en los labios para mantener el interés» —se burla.

—La verdad, Luis, no estoy para tonterías. En serio, me encuentro fatal. Tienes que tratarme.

—Lo lamento, no puedo. No sería ético por mi parte.

—¿Qué no sería ético? ¿Ayudar a una amiga de la infancia que te pide auxilio con desesperación no sería ético? No te andes por las ramas, Luis.

—Yo... —comienza a replicarme, pero se detiene—. De acuerdo, ven a verme luego.

—¿Luego? Luego no, ahora.

—¿Ahora? ¿En el restaurante?

—¿Qué más da dónde te cuente lo que me angustia? —replico gritando y llorando a la vez.

Al verme en ese estado sabe que de verdad algo me aflige y me lleva sujeta por un brazo hasta una mesa. Una vez sentados, me pide que le cuente lo que ha sucedido y le narro el extraño sueño.

Me mira por encima de sus invisibles gafas, atento, y me da la sensación de que está preocupado. Quizá no es nada importante, pero está claro que le afecta de forma evidente.

—A ver si lo entiendo —me interrumpe—: ¿Sientes que los sueños son reales?

—Sí, Luis, lo vivo como si fuese completamente real y como si la joven de las pesadillas fuera yo. Es extraño, porque, aunque no lo soy, es como si lo

fuera... No sé si puedes entenderlo.

—Quizá tus sueños te están tratando de advertir sobre algo.

—Luis, ponte serio, en plan psicoanálisis —lo riño.

—No sé qué decirte, Irene. Eres una persona normal, con preocupaciones similares a las que tenemos todos; es cierto que has padecido mucho estrés después de la pérdida repentina de tu madre y también puede ser que ese estrés haya regresado con más fuerza por la proximidad del juicio, pero, aparte de eso, no sé qué más decirte. Tal vez los sueños te advierten o son tan sólo una forma de tu cuerpo de expresar tu frustración...

—¿Frustración? ¿Expresarla? ¡Si me despierto más frustrada que nunca!  
—protesto.

—¿Lo amas?

—¿A quién?

—En tus sueños, ¿sientes que lo amas? Al hombre que aparece en ellos...

—Sí, en algunos siento que lo amo, y sus besos, Luis... es como si de verdad me besara, alguna mañana incluso he notado mis labios inflamados, como si en realidad me hubiera estado besando a mí.

—Bueno, Irene, en ocasiones nuestro cuerpo reacciona de formas sorprendentes; tal vez sí que sucedan esos besos de verdad, son reales para ti en tus sueños. Son tu otra realidad.

—¿Otra realidad? ¿Acaso crees en las reencarnaciones? ¿En los universos paralelos? —bromeo.

—No se trata de lo que yo crea, se trata de lo que cree tu mente: parece que te muestra retazos de otras vidas —explica mientras me coge de las manos.

—No puede ser. No puedes estar hablando en serio.

—Lo hago. —Trata de calmarme.

Me quedo en silencio sopesando las palabras de Luis, quien, pese a todo, es un experto y me sugiere que ese hombre que aparece en mis sueños es, en

realidad, una parte de mí. ¿Como un alma gemela que viaja a través del tiempo buscándome y sólo me alcanza durante el sueño?

—No puedo creer que tú me digas que crees en almas gemelas o en reencarnaciones.

—Muchas culturas lo creen.

—Pero tú no.

—No, ciertamente no. Prefiero pensar que estás un poco estresada por todo el asunto referente a tu madre y que simplemente magnificas tus sueños. Les das demasiada importancia, para restársela a todo lo demás.

—No puedo creer, Luis, que me digas eso.

—Entonces, dime qué quieres oír y te lo diré.

—¿Hablas como médico o como amigo?

—Como amigo te diré lo que desees para hacerte sentir mejor, pero, como profesional, con toda sinceridad, creo que le estás dando demasiada importancia a algo que no la tiene. Los sueños son tan sólo eso, sueños. Están ahí para ayudarnos en los momentos en los que no nos vemos con fuerzas para continuar, como te sucede a ti ahora.

—No lo entiendes, Luis, ¡ha sido tan real! Me he despertado a causa del grito que yo misma he proferido; siento su dolor como propio, como si llegase directo desde mi alma.

—No dudo de que los vivas tan intensamente, pero recuerda que sólo son sueños.

—No estoy segura de ello, parecen algo más.

—¿Algo más?

—No lo sé. La verdad es que... —me interrumpo al ver el rostro de Luis, porque sé que nunca va a comprenderme.

—Irene, no te preocupes, sólo son sueños. No tienes ninguna enfermedad mental ni te ocurre nada malo.

—Puede ser, quizá tengas razón, pues estoy nerviosa por lo que ocurrirá en el juicio. —Decido que es inútil tratar de hacerle comprender. No puede ni

imaginarse la intensidad del dolor que sufro, las emociones tan reales que los sueños me transmiten...

—¿Qué tal con Jaime?

—¿Con Jaime? Bien, sólo fue una cena.

—¿Te divertiste?

—Sí, es un tipo agradable.

—Y guapo.

—También.

—Aunque... es algo arrogante.

—Es inteligente, pero sí, también algo arrogante; aunque, para mi fastidio, suele acertar en sus presunciones.

—Te hizo el truco del postre, ¿no?

—¿Te lo ha contado?

—No, pero lo conozco. No es algo nuevo.

—Esta noche hemos quedado. Iremos al cine.

—¿A ver...?

—No lo sé, dijo que me sorprendería.

—Te llevará a ver alguna de esas pelis románticonas.

—Ya veremos.

—Ya verás...

—Parece que no te gusta mucho que salga con él.

—No lo he escondido de ti durante estos años por nada: es un mujeriego empedernido que sólo busca un trofeo más.

—No da esa impresión, pero, si es eso lo que piensas, ¿por qué me lo aconsejaste como terapeuta?

Me mira serio, parece no querer contestar a mi pregunta.

—Es bueno en su trabajo. Muy bueno.

—No creo que sea mejor que tú —lo halago.

—Lo es, mucho mejor. A pesar de lo que pueda pensar de él a nivel personal, profesionalmente es brillante.

—Eso me deja más tranquila. Si los dos decís que lo que me sucede no es algo de lo que deba preocuparme... me convenceré de que es un trastorno que sucede con relativa frecuencia.

—Irene... —dice todavía con mis manos entre las suyas—, lo es. Deja de angustiarte, verás como todo va a salir bien.

—Eso espero. Creo que no voy a descansar hasta que el cerdo que mató a mi madre por ir como una cuba esté entre rejas.

—Si me permites un consejo, mantente al margen, deja que otro cierre el caso por ti.

—Debería, pero soy incapaz de desvincularme de ese caso, tengo que estar segura de que todo se hace correctamente.

El silencio entre nosotros pesa de repente, sumidos cada uno en nuestro propio mundo, tratando de esclarecer los aturullados pensamientos que nos bombardean.

Pago la cuenta de lo que hemos tomado, a pesar de las protestas de Luis, y regreso a mi despacho, donde paso la tarde de nuevo atrapada entre términos legales y declaraciones de testigos.

A las siete decido que debo marcharme de la oficina o no llegaré a casa con tiempo suficiente para cambiarme de ropa y, la verdad, no me apetece mucho ir al cine con traje sastre.

El trayecto hasta casa se me hace más largo de la cuenta, parece que todos los semáforos de la ciudad se han puesto de acuerdo para ponerse en rojo cuando llego a ellos.

Subo a toda prisa hasta mi piso y me pongo unos vaqueros y unas botas altas, y me cambio la camisa por un jersey de color verde. Me cepillo el pelo y me lo recojo en una coleta informal. Luego me miro de cerca y veo que todavía sobrevive algo de mi maquillaje, así que sólo me retoco los labios con un poco de color y me voy dispuesta a recoger a Jaime.

Al llegar, igual que la vez anterior, me espera en la puerta del edificio. Las luces del coche lo iluminan, dejándome ver que va vestido de manera impecable. Los vaqueros oscuros se pegan a su escultural figura y la chaqueta de cuero negra parece una segunda piel.

Está guapísimo. No entiendo por qué Luis me lo ha ocultado durante tantos años... lo cierto es que puede que sea el típico ligón empedernido que sólo disfruta con la caza y con la conquista, pero, de todas formas, no lo entiendo. No lo conozco apenas, pero las palabras de Giuseppe... No puede ser tan retorcido como para tener pactado con el viejo italiano esa frase sólo para impresionar, ¿verdad?

En realidad, nunca se sabe, hay toda clase de maleantes, estafadores, tipos atractivos que usan ese factor a su favor y son capaces de urdir tramas

enrevesadas... como yo en estos momentos.

Jaime abre la puerta del vehículo y entra sin esperar permiso, ya hay suficiente confianza entre los dos.

—Buenas noches, doña impuntual —dice sonriendo.

Miro el reloj del coche y veo que son las ocho y diez.

—Lo siento —me excuso—, un día duro.

Se acerca y me besa en la mejilla, otra vez cerca de la comisura de los labios, pero sin llegar a ellos... dejándome, como bien sabía Luis, con la miel cerca de los labios, pero sin dejarme probarla.

—¿A dónde vamos?

—Aparca, iremos paseando.

—¿Dónde dejo el coche?

—Entra en el garaje.

—De acuerdo —obedezco y estaciono dentro de su lujoso aparcamiento.

—Sígueme —dice mientras me coge de la mano.

—¿Qué sorpresa me tienes preparada? —indago.

—Te voy a llevar a un sitio especial, donde veremos la película que tú elijas y comeremos palomitas, pizza y helado.

—¡Qué festín!

—Todo por mi dama.

—Bueno, todavía no he decidido serlo.

—Pero lo harás —afirma cerca de mí, abrumándome.

La puerta del ascensor se abre y entramos. Pulsa el botón del último piso y, en silencio, comenzamos a subir.

La visión de sus manos alrededor de mis caderas, apoyándome en la pared metálica del ascensor mientras me besa y me prepara para penetrarme, golpea mi mente con fuerza. Es como si fuese un nuevo sueño, un recuerdo.

La situación se me va de las manos y empiezo a preguntarme si con él será lo mismo que en mis sueños y siento cómo el rubor baña mis mejillas.

—¿Tienes calor? —pregunta.

«No sabes cuánto.»

—Es por el abrigo —miento.

El ascensor nos avisa con su timbre de que hemos llegado a nuestro destino y me guía por el largo pasillo de la mano, hasta la puerta de su ático.

La abre y aparece ante mí un precioso *loft*. No le falta de nada y está decorado con mucho gusto. Todo está limpio... inmaculado. Ésa es la palabra perfecta para describirlo. Cada cosa está en su sitio y no hay una sola mota de polvo. Me hace recordar mi desordenada casa y me avergüenzo.

Llegamos a la «zona de cine», donde una gran pantalla de no sé cuántos miles de pulgadas nos espera.

—Elige sitio, ahora vuelvo.

Me siento con miedo por si estropeo con mis gastados vaqueros la tapicería impoluta de cuero negro del gran sofá que me ha señalado.

Paso los minutos observando todo lo que me rodea, hasta que él aparece más cómodo, sin la chaqueta de cuero, con un jersey de cuello de pico que me deja divisar algo de su musculoso torso. No lleva el pelo demasiado peinado y ver algo fuera de lugar en él me gusta, le sienta bien.

—Pizza para la señorita —anuncia—. Te gusta mucho la comida italiana, ¿no es así? Dos días seguidos... —bromea.

—Pues no había pensado en eso. ¿Prefieres otra cosa? China, japonesa, mexicana... lo que prefieras —digo ruborizada.

—Es perfecto, sólo te tomo el pelo.

—¡Así que, además, tienes un gran sentido del humor!

—¿Además de...? —pregunta, aunque sabe que no voy a responder—.  
Qué remedio, si no, ¿cómo sobrevivir?

—Tienes razón —mascullo.

—Dime, ¿qué te apetece ver?

—No me importa, elige tú.

—¿Has visto *Avatar*?

—No, ¿de qué va?

—No voy a contarte el argumento, la veremos. ¿Cerveza, vino...?

—Prefiero un refresco de cola, si tienes.

—Sí, claro. Marchando una cola —canturrea mientras va a por una lata de refresco.

La película comienza y bebemos refrescos y comemos pizza y palomitas de maíz recién hechas. Cuando acaba el filme, tengo el corazón en un puño y las lágrimas anegan mis ojos. ¡Estoy llorando delante de él!

—Lo siento —me disculpo mientras sorbo de forma poco atractiva por la nariz.

—No te preocupes, suele pasar la primera vez que la ves.

—Es una historia tan hermosa...

—Como tú —susurra, y su mano aparta un mechón descarriado de mi pelo, colocándolo tras mi oreja.

Siento el calor de la chimenea en mi piel y el que él enciende en mi pecho.

Su boca se acerca a la mía peligrosamente y mis labios desean probar lo que tiene para mí. Por un lado lo deseo con todas mis fuerzas, pero, por otro, me asusta golpearme contra la dura realidad y descubrir que no es él. Sería tan doloroso...

Jaime empieza a besarme. Siento algunas mariposas pequeñas revolotear en mi estómago, aunque no estoy segura de si es por él o creadas por el momento. Sus labios rozan los míos, despacio, una suave caricia mientras percibe el deseo que hay escrito en mis ojos, y vuelve a rozarme; esta vez su lengua entra en juego y humedece mi labio inferior.

Un jadeo de los muchos que tengo atrapados escapa y él sonrío complacido.

En realidad sí que es un cazador experto, sólo que no soy una presa incauta, sino una presa hambrienta. Puede que mi hambre, mi necesidad de ser llenada, sea mayor que la pasión que el placer de la caza produce en él.

Sin dudar, lo atrapo con ambas manos y lo acerco, dejo que mi boca devore la suya y permito a mi lengua saborear su interior, lamer su humedad,

dejando que el deseo poco a poco me consuma. Él desea sexo... y no me importa ni tampoco es relevante si tan sólo soy una más para él. Me apremia la necesidad de saber si puede ser él, si por fin podré respirar tranquila, dormir tranquila, y ese anhelo hace que mi beso se convierta en puro fuego, abrasándonos y dejándonos jadeantes cuando precipitadamente se aleja de mí.

La puerta, alguien llama. Insistentemente.

Molesto, apoya la frente húmeda sobre la mía y aprieta los ojos.

—¡Maldita sea! —masculla.

—No vayas —susurro, pues aún no he recuperado el aliento.

—Tengo que ir a ver quién es, podría tratarse de una urgencia.

Asiento mientras se levanta; al irse noto el frío instalarse, ocupando su lugar. Espero su regreso con el corazón tratando de recuperar a duras penas su ritmo normal.

Unos gritos rompen la quietud, discute con alguien, ¿Luis? Me ha parecido que era su voz, pero me niego a creer que pueda ser cierto... ¡No se habrá atrevido! Como una exhalación, entra en la sala y me observa sentada en el sofá; seguramente sabe qué estaba sucediendo aquí por mi aspecto y me dedica una mirada cargada de odio, una que no entiendo y que nunca antes he visto en él.

—¡Levanta! —ordena.

—¿Perdona? —replico confusa.

—Levántate de ahí ahora mismo. ¡Nos vamos!

—Sí, papá —me burlo.

—No bromeo; no te quiero cerca de Jaime, es un cerdo. Créeme cuando te digo que no quieres estar con él, sólo pretende jugar contigo.

—Aunque eso fuera verdad —replico furiosa—, tú no eres nadie para ordenarme lo que tengo que hacer. ¿Quién coño te crees que eres?

Luis, al oír mi tono afilado y molesto, parpadea confuso, regresando a la realidad con el peso que supone saber que está haciendo algo fuera de lugar.

—Yo... lo siento —murmura.

—No entiendo qué coño te pasa, Luis, en serio. ¡Es tu amigo!

—¡No! ¡No lo es! —vocifera frustrado—. ¡Es un maldito bastardo que no sabe cumplir un trato!

Sus palabras salen disparadas como proyectiles en mi dirección y tardan un rato en hacerse hueco en mi mente. Entonces comprendo que todo ha sido un juego, uno que no entiendo. Dirijo la mirada hacia Jaime, que observa sus zapatillas deportivas con las manos en los bolsillos; tal vez, después de todo, sienta algo de culpa por comportarse como un cretino.

—Está bien, vosotros dos, sentaos y empezad a explicarme qué coño pasa y qué demonios es ese trato... o mejor, Jaime, empieza tú —increpo.

Luis tiene la intención de contestar primero, pero le indico con un gesto de la mano que se calle. Me interesa que sea Jaime quien me cuente qué está ocurriendo aquí.

—Supongo que no tiene sentido alguno que mienta —suspira—. Luis me pidió que tratase de conquistarte, de enamorarte, de hacerte sentir algo por mí.

—No entiendo nada. ¿Para qué, si tú no le gustas?

—Para después dejarte.

—¿Cuál es el objetivo de todo esto, Luis? ¿Qué ganas tú con eso?

—Yo...

—Luis pensaba que ibas a acudir a él en busca de consuelo —contesta Jaime en su lugar.

La respuesta de Jaime me sirve; puedo ver en el rostro de Luis que es cierto, y no sé qué pensar.

Las pocas mariposas que he creído sentir se han vuelto a encerrar en sus crisálidas y la pena me inunda; mis esperanzas se han esfumado.

Agarro mi abrigo y mi bolso y me dispongo a marcharme, ajena a sus llamadas, a sus excusas... No me importan, ya no.

Cierro la puerta detrás de mí, sin pararme a pensar qué puede estar

sucediendo tras las paredes de ese ático. Tan sólo quiero subir al coche y llegar a casa para enterrarme bajo las pesadas mantas de mi cama, aunque eso suponga volver a verlo, sentirlo de nuevo para, al final, no tenerlo.

Nadie excepto nosotros, arropados por las sombras que bañan un callejón oscuro y sin salida por el que nadie pasa. Lo apoyo contra la pared y acerco mis carnosos labios a los suyos. Nos miramos un instante, adivinando el deseo oculto en la mirada del otro.

Me muerdo el labio inferior suavemente en un gesto casi imperceptible, pero la leve presión en mi boca logra que sus pupilas se dilaten.

Me desea.

Alzo mi rostro hacia él y enredo mis brazos en su fuerte cuello. Su cuerpo se aprieta contra el mío y me dejo caer sobre él, que emplea la pared, sucia y fría, como apoyo. Lo encierro entre mis brazos. Sin pensarlo, de nuevo, invado su boca.

Empiezo con un beso suave y tierno. Me deja marcar el ritmo, sabe que prefiero llevar las riendas y no ser dominada, pero, en el instante en el que saboreo su lengua dentro de mi boca, dejo escapar un gruñido de satisfacción que me sorprende incluso a mí misma y contraataco con mi propia lengua, ávida.

Permito que su aliento, cálido, dulce y afrutado, al igual que el vino que hemos compartido durante la cena, embriague mis sentidos. Gimo complacida y a él le excita sentirme así.

—Te deseo tanto que duele —murmura.

Y el dolor es real, siento la erección en su entrepierna, que pasea sin pudor por encima de mi caliente sexo.

La humedad traspasa el fino vestido de gasa y se mezcla con la que destila

su miembro. Lo imagino fiero dentro de mí, rodeado por mis largas piernas, dejando que nuestros fluidos confluyan y se mezclen para unirse por siempre y no separarse jamás.

—Me haces sentir tanto... Me enciendes de una manera que creo que voy explotar para derretirme en pequeñas gotas de lava y bañar todo tu cuerpo — jadea.

Dibujo en su espalda con mis dedos, dejo que mis manos acaricien el tenso torso y luego las coloco sobre su firme trasero, acariciándolo, apretándolo entre mis dedos, que disfrutan de su contacto.

El placer lo obliga a abrir los ojos y me sonrío envuelto por la lujuria y la satisfacción que le provoco. Estamos hechos el uno para el otro, encajamos, somos capaces de regalarnos el más puro de los placeres..., ese que sólo nace cuando estamos juntos. Somos el alimento del alma hambrienta del otro.

No me importa estar en plena calle. Aunque sea un lugar retirado, me alejo, pero tan sólo para mirarlo de nuevo y contemplar su imagen oscurecida y velada por el paño de la pasión que nos cobija de los demás.

Estamos en nuestro propio mundo, uno inventado exclusivamente para nosotros, en el que todo lo demás sobra. Incluso el resto de humanidad.

—Te deseo, ahora y siempre —susurra en mi oído y después hace que su lengua resbale sibilina por mi cuello, dejando un rastro de piel mojada y vello erizado tras ella.

Asiento y lentamente sonrío, una sonrisa infernal que llena de un brillo oscuro mis ojos... pero, tras parpadear, ésta desaparece.

Le doy la vuelta, dejando su espalda junto a mi pecho, bajo las manos por su abdomen, fuerte y endurecido por el pesado trabajo. Noto su corazón desbocado golpear a través de su espalda y estrellarse en mi pecho mientras mis manos se cuelan bajo el pantalón. Acaricio su sexo de arriba abajo y dejo que la humedad empape mis manos; me gusta sentirlo así, por mí, para mí...

Disfruto de sus gemidos y jadeos mientras torturo el pene endurecido que lo que en realidad desea es estar dentro de mí... Sé que el momento se acerca,

ese en el que va a perder el control y no podrá atenerse a mis órdenes durante más tiempo; siento cómo las ganas lo hacen temblar. Y ese momento llega... el que he estado esperando, el que logra hacerle perder el control y convertirlo en una fiera salvaje que sólo puede pensar en hacerme suya.

Se da la vuelta y me agarra con fuerza para alzarme en vilo, usando la pared como apoyo para que sostenga parte de mi peso.

Enredo sin pensarlo mis largas piernas alrededor de su cintura, descubriendo la tersa y nívea piel de mis muslos a sus ojos. Apoya la frente sobre la mía, observándome intensamente y dejando que nuestros cuerpos intercambien la pasión encendida, calentando uno al otro con un fuego interno que prende nuestras miradas, alimenta con sus caricias y enardece con sus besos.

Gimo desesperada, suavemente, casi en un susurro..., un murmullo alentador.

Él acaricia mis piernas de arriba abajo y roza su cuerpo contra el mío. Sus manos aprietan mis muslos, desesperadas, y después se elevan hasta alcanzar la curva de mis caderas, entrelazarse en mi cintura y, al final, conquistar mis senos turgentes por el deseo, que crece sin descanso.

Me apresa como un depredador a su presa, dispuesto a no soltarme. Jamás.

Me inclino hacia atrás fijando mi vista en un punto indefinido del firmamento y cierro los ojos para disfrutar plenamente de las sensaciones que ese hombre me regala.

De nuevo, regresa a mis piernas; aparta con cuidado la suave tela de mi ropa interior y me penetra con una fuerte y segura embestida que me llena de un placer desbordante. Grito, por el placer y la sorpresa de su ataque... Me devuelve una mirada perversa, haciéndome cómplice de una fechoría prohibida, pero que nos encanta.

—Chist —susurra.

Asiento dejando que un nuevo jadeo sea mi voz.

Su movimiento se reanuda dentro de mí; con suavidad, me permite que

disfrute del momento que dilata saliendo y entrando muy despacio de mi interior.

Mis manos agarran con fuerza su cuello para atraerlo más adentro, como si la piel, la carne y los huesos de ambos sobrasen; sólo el placer y el deseo tienen cabida entre nosotros. Mis uñas dejan marcas en la piel morena de él, que gruñe de satisfacción.

Lentamente llega esa sensación que me recuerda que no puedo contenerlo por más tiempo; aunque desearía alargar este instante para siempre, no es posible. Sus movimientos se aceleran mientras acaricia mis piernas y entierra su rostro en el hueco de mi cuello, llenando todo el espacio entre nosotros de musicales jadeos y gemidos.

Me uno a él con un largo e intenso gemido, gritándole que estoy al borde, ese al que sólo él me lleva. Ese mismo que me arroja a un mar tempestuoso de pasión y que me arrastra a playas lejanas, placenteras y de las que no deseo salir nunca.

Aprieto con fuerza su espalda; con mis piernas lo atrapo con ferocidad y dejamos que nuestras almas se muevan al ritmo de nuestros cuerpos, en una danza que sólo juntos somos capaces de bailar, al compás de unos acordes vestidos de seda, coloreados de pasión y ciegos por la lujuria.

El ritmo cada vez es más rápido hasta volverse frenético. Enloquecida, dejo escapar un largo gemido, después otro y otro más, mientras las oleadas del mar de deseo que hay entre ambos me transportan a un mundo lejano, ebria de pasión.

Los gemidos masculinos me acompañan, enterrándose más adentro de mi cuerpo, dejando que sus gritos se mezclen con los míos hasta hacerse uno solo, largo y profundo.

Cuando el oleaje cesa, seguimos unidos, suspendidos en el tiempo, con el sabor del placer fresco en nuestros labios.

Estoy exhausta y complacida, pero sigo hambrienta, de él. Necesito mucho más para calmar esta hambre que se ha despertado furiosa, para saciar mi

amor por él.

Me besa el cuello, la oreja, la mejilla, los labios, que están inflamados por los besos anteriores, la nariz, la frente...

Agotado, apoya su cabeza en el hueco de mi pecho y permanecemos así un instante eterno, atrapados en el otro, con los ojos cerrados, incapaces de abrirlos al haberlo entregado todo, abrazados.

Me despierto empapada en sudor, confundida y feliz. He conseguido acabar el sueño y ha sido tan real como las otras veces, tan auténtico que mi cama tiene las sábanas mojadas de mi propio sudor y mis fluidos. Creo que algo ha cambiado y eso me hace pensar que tal vez Jaime sea el elegido, quizá en esta vida Luis sea nuestro obstáculo.

Estoy empezando a volverme majareta de verdad, ya hago cábalas sobre el asunto. Siento envidia; es de locos, lo sé, pero es lo que siento. Envidia, deseo, anhelo... porque quiero que algo pase en mi vida, pero en realidad, no a través de un sueño. Quiero sentir despierta lo que experimento en sueños.

Tengo la sensación de que veo un trozo de una vida que no me corresponde, oculta tras las cortinas de una ventana oscura que me ayuda a espiar una intimidad que no me pertenece.

A pesar de todo, no puedo evitar sentirme bien; disfruto de ese deseo que me llena como si fuese mío. Quizá lo mejor es quedarme escondida en mis sueños, dejando que mi triste realidad se alimente de las fantasías de mis noches, aunque eso me asusta. Me da miedo pensar que no voy a encontrar nunca a la persona adecuada; que, cuando reúna fuerzas para intentarlo, su recuerdo aparecerá y el hombre real no tendrá la más mínima oportunidad de competir con él.

Ahora mismo me siento frustrada, necesito llorar... o hacer algo mejor que perder el tiempo llorando, necesito dar con ese hombre que me hace perder la razón, descontrolarme tanto que incluso en sueños es mejor que cualquiera de los que he conocido despierta.

Me dirijo a la ducha; quiero estar presentable para la reunión que por fin he cerrado con el abogado que defiende a la parte contraria. Estoy agotada, tengo que olvidarme de todo. Necesito acabar con el asunto de mi madre de una vez por todas; quizá saber que queda tan poco tiempo y que este caso va a llegar a su fin sea la razón por la cual he logrado acabar el sueño de una forma tan... placentera.

Sonrío. A pesar de todo, me siento bien; creo que va a ser el primer día desde hace mucho tiempo que nada va a poder borrarle la sonrisa de la cara.

\*\*\*

Entro en la cafetería que hay cerca de mi oficina, necesito un café para despejarme. Me pongo a la cola, hoy no hay demasiada gente. Saludo a algunos de los camareros que ya conozco y, cuando llega mi turno, pido un café con doble de azúcar para llevar y una magdalena. Le doy las gracias a la simpática chica que me ha atendido y me giro para salir del local y encaminarme al despacho.

Al darme la vuelta, el café resbala de mis manos y cae al suelo, manchándolo todo. Siento que desfallezco, que mis piernas no me sostienen, que voy a derrumbarme contra el suelo y esparcir mi sangre como le ha pasado al vaso con el café. Es como si, de repente, el mundo se hubiera parado y estuviese de nuevo dentro de uno de mis sueños.

Es él, estoy segura. A pesar de que en mis sueños nunca veo su rostro con claridad, es él..., me atrae con ese magnetismo suyo, me atrapaba en su red de deseo. Las mariposas han salido a la vez de sus capullos y aletean con furia, deseando escapar.

Él me mira, parece que no sabe quién soy... ¿Y qué esperaba?, ¿que él también tuviese esos sueños? Me siento ridícula, todo da vueltas a mi alrededor.

—¿Se encuentra bien, señorita? —oigo que me dice; capto su voz. Es *su*

voz, la de mis sueños, preguntándome si estoy bien. ¿Cómo estarlo cuando todo gira a mi alrededor? ¿O tal vez soy yo la que gira como una peonza?

—Parece mareada —susurra llevando su mano hasta mi antebrazo.

Al tocarme, sucede: la chispa se enciende con furia y arde rápido hasta prender mi corazón; éste late tan aprisa, tan estruendosamente, que dejo de oír cualquier cosa que no sea ese sonido como de tambores.

Abro los ojos y todos los sueños me golpean con fuerza, dejándome exhausta. Lo he encontrado. Ése es mi último pensamiento coherente.

\*\*\*

Algo hace que regrese desde ese agujero negro que me tiene atrapada, abro los ojos y lo veo. Su mirada es intensa, como en mis sueños; sus ojos marrones, su pelo oscuro...; su boca es perfecta; sus mejillas, marcadas bajo una fina capa de vello; lleva barba, pero muy cuidada, y me hace soltar un suspiro de satisfacción.

—¿Te encuentras bien, Irene? —pregunta.

¿Cómo sabe mi nombre? Me incorporo poco a poco y me doy cuenta de que ha abierto mi bolso y tiene mi DNI sobre la mesa; ve mi mirada y sabe lo que estoy pensando.

—Buscaba un número de teléfono al que llamar, algún contacto de emergencias —se excusa—. Soy Adrián —se presenta.

—Gra...cias —es lo único que soy capaz de articular al oír su nombre.

—¿Estás bien? Sigues muy pálida —comenta.

—Sí, es sólo que... ¿eres real? —inquiero mientras llevo mis dedos a su rostro y acaricio despacio su cara; aún no me creo que esté ahí.

Al tocarlo, de nuevo la chispa eléctrica. Es increíble cómo la siento, parece que incluso puedo verla recorriendo mis venas, y esta vez él ha abierto los ojos, sólo un poco, pero me ha dado la sensación de que algo se ha despertado también en él.

—Soy real y estoy aquí —murmura acariciando mi mano, que sigue sobre su rostro.

Mi vello se eriza y entiendo que no es correcto, que no puedo comportarme así en la cafetería que hay cerca de mi trabajo.

—Te he pedido otro café. —Sonríe.

Su sonrisa es como en mis sueños y me hace sentir lo mismo. Me encuentro en una nube. Pensaba que mi día no podía mejorar, pero estaba equivocada, sí podía hacerlo. Ha mejorado, ¡y mucho! ¡Al fin lo he encontrado! Ahora estoy segura de que existe y de que es él.

—Gracias. —Sonrío tímida.

—¿Demasiado trabajo?

—Demasiado de todo —murmuro.

—Siempre hay malos momentos.

—Supongo... El problema es cuando éstos se alargan mucho en el tiempo.

Nos miramos sin decir nada más. Él juguetea con sus dedos y observa sus manos. Yo también las miro; aunque él no lo sepa, son las mismas que me han acariciado muchas noches, en secreto.

Sus manos se detienen, me mira a los ojos y sostiene una de las mías entre las suyas.

—Perdona que sea tan directo, pero ¿no tienes la extraña sensación de que nos conocemos?

Vale, tranquila Irene... Ahora empiezo a hiperventilar. ¿Me recuerda? ¿Puede ser, después de todo? Mi mente da vueltas y recuerdo que su nombre es igual al de mi sueño, al amante de Irene. ¿Tendrá eso algo que ver? ¿Se estará cerrando el círculo? No pienso más que bobadas. Todo es por el estrés.

—La verdad es que me sucede lo mismo contigo —digo casi sin voz.

—Me gustaría verte, en otras circunstancias... Tal vez... ¿cenando?

«¡Sí!», quiero gritar, pero no debo.

—No lo sé, tengo mucho trabajo. Además, no nos conocemos —miento.

—No estaré muchos días por aquí, sólo hasta que termine un asunto que

me traigo entre manos.

—Acabas de despertar mi curiosidad.

—Soy abogado —me informa mientras da un largo sorbo al café.

—Yo también —contesto con un nudo en el estómago.

Él me mira con sus ojos de largas pestañas entrecerrados. Ha visto mi carnet, ¿habrá visto más de lo que dice?

—Tengo entre manos un caso delicado; no me gusta llevarlo, pero estoy obligado moralmente.

—A mí me sucede algo parecido —contesto pensativa.

—¿Irene? Irene, ¿eres tú? ¿Estás bien? —interrumpe mi fantasía Andrés.

—Sí, Andrés, es sólo que me he desvanecido; el cansancio, supongo. He tenido suerte de que no me ha dejado caer —digo dirigiendo la mirada hacia mi acompañante.

—Deberías tomarte unas vacaciones. —Sonríe.

—Cuando acabe el juicio —contesto.

—Hablando de juicios, ya veo que os habéis conocido —añade mientras nos señala.

Trato de comprender a qué se refiere, pero me niego, no puede ser verdad; no, no puede ser cierto...

—Adrián Silva —lo presenta Andrés— es el defensor del imputado en el caso de tu madre.

Esa información parte mi alma en dos. Acabo de descubrir cuál es el motivo por el que no podemos estar juntos, y duele... mucho. Tanto que me deja sin aliento, con tanta nitidez que oigo el crujir de mi alma.

Debo darle la mano, sé que tengo que hacerlo, pero no puedo. Él defiende al hombre que acabó con la vida de mi madre por no coger un puñetero taxi.

Me levanto y me alejo sin mediar palabra. No sé qué pensará ni me importa, sólo sé que necesito poner algo de distancia entre ambos. Camino sin detenerme hasta mi oficina y me dejo caer, derrotada, en mi silla. ¿Así

que ése era el significado de mi sueño? Me ha dejado saber cómo me sentiría siendo suya porque el fin estaba próximo.

Me levanto, molesta, para dejarme caer, otra vez, en la silla de mi despacho, furiosa. No soy capaz de entenderlo. Ni siquiera me lo creo todavía, a pesar de haberlo visto con mis propios ojos... Lo único que me ha quedado claro es una cosa: al menos no estoy loca.

Mi misterioso amante, ese que invade mis sueños, existe. La cuestión es cómo entra en ellos y a esa incógnita le siguen muchas otras que hacen que me replantee la vida de forma muy diferente.

¿Existe la reencarnación? ¿Todos mis sueños son retazos de vidas pasadas? ¿Se trata de mujeres vinculadas a mí por lazos de sangre? ¿Qué habría sucedido para que nunca pudiésemos estar juntos? Porque si saco algo en claro de mis sueños es que, a pesar de todo, no nos va bien juntos, pues siempre acaba mal, fatal. Tanto como que alguno acaba muerto.

¿Estamos, de alguna manera extraña, atrapados en una espiral de tiempo de la que no somos capaces de salir?

Todo es un lío. Por más vueltas que le doy, no comprendo nada. ¿Qué sucede conmigo?

Y ahora, de nuevo, nuestra historia no tendrá un final feliz, porque no pienso claudicar. Me mantendré alejada de él, de su influjo. ¿Cómo voy a poder mirarlo a la cara sabiendo que protege la vida de la persona que arruinó la mía? No, no puedo perdonárselo. Aunque se aleje del caso, los lazos que lo obligan a ese hombre... Sería demasiado, sería como traicionar a mi madre, venderme al enemigo. Mis principios nunca me lo permitirían.

Miro el teléfono; el contestador parpadea, pulso el botón y escucho.

«Irene, soy yo, Luis. ¿Te acuerdas de mí? El imbécil que ha metido la pata hasta el fondo. Por favor, llámame, aunque sólo sea para decirme cuánto me odias.»

—No te imaginas cuánto te odio, Luis —replico al contestador.

«Irene, soy Jaime. Sé que debes de estar enfadada y tienes toda la razón del mundo para ello, pero quiero que sepas que lo que siento por ti es real... desde que te vi entrar por la puerta de la consulta. Si crees que puedes darme otra oportunidad, llámame; al menos me gustaría disculparme cara a cara.»

—Enfadada es poco, don prepotente.

Paseo frustrada por mi despacho y la puerta se abre.

—Irene, tienes que hablar con Adrián, tenemos que escuchar lo que ofrece.

—¡No me importa lo que ofrezca! Nada de lo que crea que pueda darme para satisfacerme lo hará.

—Dale una oportunidad, ha venido desde muy lejos sólo para esto... —suplica Andrés—. Si no lo haces, tendré que decirle a Ruiz que te saque del caso.

—¡No te atreverás! —ladro.

—Si no eres capaz ni de mantener una conversación con el abogado de la otra parte, entonces, lo haré —me amenaza.

De repente me doy cuenta... Nadie sabe la verdadera razón de mi zozobra. No es sólo porque tenga que defender a ese tipo, es porque lo deseo intensamente y me duele que lo único que supone un impedimento es justo lo que se va a interponer entre nosotros.

—Que pase —digo seria.

Adrián entra despacio, y sus lentos pasos me dejan entrever un cuerpo trabajado bajo el traje perfectamente planchado. Es gris oscuro, su color favorito, y hace que la camisa, de un tono gris perla, resalte. Me mira curioso y, a la vez, con algo de temor; tal vez piense que voy a volver a dejarlo con la palabra en la boca.

—Irene, sé que es difícil para ti, pero ese hombre necesita a alguien que defienda su postura.

—¿Y cuál es su postura? —le espeto—. ¡Dime a qué excusa ridícula te vas a agarrar para justificar que matase a mi madre por ir como una cuba!

—No iba borracho.

—No es lo que dice el informe clínico.

—El test que le hicieron en el momento del accidente dio positivo, pero es un falso positivo. Más tarde se pidió uno de sangre para asegurarse y dio negativo. Lo traigo junto a todo el expediente.

—Mentira: iba bebido y mató a mi madre.

—Está enfermo. Toma medicamentos que en saliva dan falsos positivos en los test de alcoholemia y de drogas, pero tan sólo fue un desafortunado accidente.

—No me trago tus trolas. Deseas ganar, lo entiendo, es nuestra profesión, pero no me conformaré con otra pena que no sea la cárcel. —No puedo dejar de mirarlo, ni él a mí. Tenemos claro que ninguno va a dar su brazo a torcer.

—Está bien, os dejo una copia de la documentación, informes de la policía, de los médicos, de los testigos... por si queréis ojearlos. Me encantaría, de verdad, que pudiésemos solucionarlo sin llegar a los tribunales.

—No me asusta enfrentarme a ti allí —le digo.

Adrián me devuelve la sonrisa; parece que le gusta mi coraje, al igual que en mis sueños.

—Entonces, hasta la vista —se despide.

—En realidad me gustaría no volver a verte, jamás —replico.

Él no dice nada, tan sólo se detiene un instante con la mano apoyada en el picaporte, pero no hace nada salvo permanecer un segundo inmóvil.

—Es una pena —susurra en voz baja—, porque a mí sí me gustaría, siempre.

Al cerrarse la puerta siento mis piernas temblar; no puedo creer lo que acaba de suceder. Al menos estoy segura de que algo va a terminar pronto: la

tortura que supone para mí que mi madre aún no haya sido vengada.

Ya en casa, me dejo llevar; todo es confuso, incluso más que antes. Por un momento había acariciado la idea de que, al conocer al hombre contra el que tendría que litigar, iba a odiarlo..., creía que me iba a resultar fácil; sin embargo, ha sido un caos.

Es él, y ahora soy incapaz de desterrarlo de mis pensamientos, todo se ha hecho más real... Sus besos, sus caricias, su manera de moverse dentro de mí... El calor que irradia mi cuerpo sólo con pensar en él me asusta. ¿Qué clase de poder tiene ese individuo sobre mí? ¿Será posible que acabe perdiendo la voluntad y el alma por un hombre que después de todo no lo valora?

Las preguntas me confunden y tan sólo me llevan a callejones sin salida. Siento algo por él, de eso no me cabe la menor duda, pero ¿qué? ¿Es real o tan sólo estoy envenenada por la pasión que despierta en mí? Esa misma misteriosa pasión que evoca y aviva noche tras noche, durante tanto tiempo que no logro recordar cuándo comenzó, acompañándome en mis sueños, mostrándome todo el placer que puede ofrecerme y dejándome con la miel en los labios, a punto de liberar y sentir esa explosión de sensualidad...

Ahora se ha convertido en realidad, mi sueño es de carne y hueso. Una carne muy apetecible. Dejo de dar vueltas por el salón, pongo la tele y llamo para que me traigan una pizza. Necesito hidratos de carbono con urgencia y descansar.

Parece que mi realidad se ha convertido en una pesadilla como las de mis sueños. Ahora que lo he encontrado, que podríamos estar juntos, aparece el obstáculo insalvable, lo que me lleva a otra pregunta que me aterra todavía más: ¿cuál de los dos morirá en esta vida?

El chico de la pizzería no tarda en llegar, le doy el dinero y le arranco de las manos la caja con la pizza. El olor es exquisito y penetra por mis sentidos, ahora despiertos y hambrientos.

Zapeo un rato, de nuevo nada en la tele que despierte mi interés. Pulso al

azar un botón del mando y aparece en la pantalla un programa de esos de tarot que no me gustan nada, pero tampoco me molesto en cambiar de canal.

Agarro un trozo de la deliciosa pizza y me lo llevo a la boca y, en ese instante, sucede algo extraño.

El dormitorio en el que estoy se asemeja a la habitación de un palacio. La cama, de madera oscura, se encuentra en el centro de la gran alcoba. Sobre el lecho, bajo la intimidad que ofrece el tul en tonos rosados del dosel, estoy tendida.

Llevo puesto un camisón transparente que deja entrever la delicada ropa interior llena de encajes y bordados.

A los pies de la cama, un arcón hermoso de color verde con adornos metálicos dorados. Frente a éste, una gran bañera con las patas doradas y ensortijadas acoge la porcelana blanca de la que está hecha. A un lado, junto a la ventana, un tocador con un intrincado diseño. Observo junto a éste el pesado vestido, de tonos ocres y flores rojas. Al lado, una especie de jaula que imagino que es la estructura que sostiene el vestido.

Al mirar hacia el techo, me topo con la fantástica lámpara poseedora de miles de brazos de los que cuelgan piedras brillantes.

—¿Te gusta? —susurra una voz varonil que me obliga a centrarme.

Me tiende una fresa, roja y jugosa, con chocolate. Abro la boca y muerdo la punta sin dejar de observar esos penetrantes ojos negros.

Gime al verme comer y se acerca desatando el lazo que lleva como corbata, para luego colocarla sobre mis ojos; la tela es suave y siento placer. Sin poder ver, me tienta, me da de beber algo que burbujea al pasar por mi garganta... champán.

—Me encanta, ya lo sabes —musito.

—Te he echado de menos —confiesa acariciando mis piernas.

—Y yo a ti —suspiro.

—Sabes que si pudiera lo dejaría todo por ti, ¿verdad?

—Sí, lo sé, no dejas de decirlo una y otra vez. Parece que necesitas convencerte a ti mismo...

—Pero es que necesito que sepas que es cierto, que lo nuestro es auténtico, que lo que siento por ti es real.

Las manos acarician mi suave piel y gimo sin pudor cuando sus dedos frotan mi clítoris. Mis manos se dirigen a mis senos y me muerdo el labio inferior, retorciéndome por la pasión que despierta en mí.

Su tacto hace que me olvide de todo, que mi mente se transporte lejos para olvidarse del mundo.

—¿Te gusta? —pregunta mientras su mirada vaga por mi cuerpo.

—¿Y a ti, amor?

—Sabes que sí, que me vuelves loco; haces que pierda la razón... A veces desearía tener el valor de deshacerme de todo y huir contigo.

—No puedes y no debes —lo riño entre jadeos.

—Lo sé. Aun así, siento que contigo mi vida sería mejor.

—Pero lo perderías todo y yo también.

Sus dedos se entierran en mi cuerpo y mis manos acarician la suavidad de la tela que protege mi deseo. Él saca su miembro erecto y húmedo de los pantalones y empieza a masturbarse mientras me acaricia.

No puedo verlo, pero lo siento. Sé que le gusta hacerlo así.

Jadeo enajenada por el placer que me hace sentir. Él cierra los ojos, recreándose en los gemidos que escapan de mi boca. Mi cuerpo enfebrecido está atrapado en un duermevela que me grita que es un sueño, pero me niego a creerlo; sus caricias me parecen tan reales como en todos los otros sueños. Sus manos ásperas, pero delicadas; su aroma dulce y a la vez picante; su voz, esa suave tortura que atormenta mis sueños... La locura del deseo me nubla, no soy capaz de distinguir los cuerpos mientras sus manos siguen acariciándome, deprisa. Mis jadeos se aceleran al ritmo de mi corazón a

punto de salirse del pecho, mi cuerpo se arquea suplicando más, uniéndose al balanceo de sus dedos dentro de mí.

Pellizca mis senos para excitarme y para procurarse satisfacción a sí mismo y lo siento.

Dolor. Algo me hiere.

Abro los ojos excitada como una adolescente incapaz de controlar el estallido hormonal y experimento un dolor intenso en el pecho. Asustada, me observo en el espejo del baño. Me he pellizcado tan fuerte que mis uñas se han clavado en la tierna piel alrededor del sonrosado pezón y estoy sangrando.

Mis piernas tiemblan y tengo que apoyarme en la puerta para no caer. Llora, pero no sé por qué. El miedo, la frustración..., todo a la vez... ¿Qué me sucede?

Luis y Jaime se empeñan en decirme que no me ocurre nada, aunque, a mí, esto sí que me parece algo, y lo que más me molesta es que estoy convencida de que quien me procura esas dulces torturas y me hace sentir tanto amor, deseo, locura y pasión es el mismo que está a punto de arruinar mi vida.

Ese maldito bastardo que osa defender al cabrón borracho que acabó con la vida de mi madre.

Miro mi reflejo en el espejo ovalado y frío del baño. Ahora no parece el sitio cálido donde me refugio por las mañanas envuelta en la humedad y el calor que la ducha desprende; lo siento helado, distante y desolador. Igual de devastado que la imagen que el espejo me devuelve. Las ojeras bajo mis ojos son tan oscuras como mis anhelos. Tengo la piel de un tono amarillo poco saludable, parezco enferma. Desde luego me siento enferma y quizá lo esté.

Necesito urgentemente hablar con un especialista, pero los dos que conozco no son capaces de separar lo personal de lo profesional. ¿Cómo pueden no ver que algo realmente malo sucede conmigo?

Además, Luis, bueno, ha pasado a mejor vida. Sigo furiosa con él, no sé si

voy a ser capaz de perdonarle algo así.

Jaime... En fin, él quizá se sienta obligado a examinarme más a fondo para tratar de reparar su error.

Una vez decidida, me visto y me voy a ver a Jaime. Antes de tener tiempo para arrepentirme estoy llamando al portero automático de su casa. Una vez, dos veces, tres... no sé cuántas llamo, pierdo la cuenta cuando los timbrazos se convierten en un maltrato desesperado al pobre aparato electrónico.

—¿Quién demonios es? —contesta con voz somnolienta y malhumorada.

Miro la hora, son las cuatro de la madrugada; normal que tardase en abrirme la puerta. En mis prisas ni siquiera he pensado en mirar el reloj.

—Jaime, soy Irene.

—¿Irene? ¿Estás bien? ¿Qué haces aquí?

—¿Me dejas pasar primero y después me sometes al tercer grado?

Sin decir nada más, abre la puerta del portal. Voy corriendo hasta el ascensor y al entrar me veo y me doy la vuelta; no quiero observar mi reflejo nunca más, últimamente sólo me dice que estoy hecha un desastre. Lo odio. A todos los espejos.

Una vez frente a su puerta, llamo suavemente con los nudillos, bastante grosera he sido ya. No tengo que esperar, pues enseguida abre y me recibe, y se aparta a un lado para dejarme pasar.

Lo miro; lleva tan sólo un pantalón del pijama de color negro, con finas rayas grises formando cuadros. Nada más. Ni camiseta, ni zapatillas. Sólo esos pantalones, que le caen sobre las caderas, mostrándome lo bien formado y duro que está.

A pesar de su pelo alborotado, su malhumor, su preocupación y los ojos pegados por el sueño, tengo que reconocer que es un hombre irresistible. Si fuese otra, me habría arrojado a sus brazos sin pensarlo, tentándolo de todas las maneras en las que mi amante misterioso me tienta a mí en sueños.

—¿Estás bien? —pregunta más tranquilo al mirarme a la cara.

—No, no lo estoy.

—¿Qué ha pasado? ¿Has discutido con Luis otra vez?

—¿Luis? No, no te preocupes, no tiene nada que ver con él. No nos hablamos; bueno, yo no le hablo.

—A mí tampoco.

—No, no he venido aquí por eso, ahora necesito hablar contigo.

—¿Otro sueño?

—Sí... es que... ¡no lo entiendes! ¡Ninguno lo hacéis! ¡Os empeñáis en hacerme creer que es normal!, pero... no puede serlo, me lastimo en mis sueños...

—¿Te has lastimado? ¿Durante el sueño? Déjame ver...

—Bueno, no es nada. Además, ha sido en un sitio algo comprometido —susurro agachando la mirada, avergonzada. No debería sentir pudor; al fin y al cabo, me guste o no, Jaime es médico.

—Está bien, sigue.

—Son esos sueños, son tan... reales... que llega un momento en el que no logro distinguir la realidad del estado onírico. No puedo distinguir a la chica de los sueños de mí misma... y me confunde... —Me detengo, he de hacerlo. Las lágrimas llenan mis ojos, enrojeciéndolos como si no fuese bastante con el púrpura que colorea mis ojeras.

Se acerca hasta mí y me abraza, sin decir nada. Tan sólo deja que llore. Y así, la visita se convierte en una larga noche de llanto, confesiones y desesperación.

La mañana nos anuncia su llegada cuando los primeros rayos de sol se cuelan sin permiso por la ventana de la cocina. La magia se rompe, el silencio se hace pesado. Lo miro a los ojos y lo veo: si alguna vez se ha planteado realmente mantener una relación conmigo, ese sentimiento se ha esfumado, dando paso a uno diferente... el del médico tratando a una paciente. Quizá, después de mi relato, por fin crea que me ocurre algo.

Nos miramos esperando que el otro sea el primero en romper el silencio, el primero en hacer algún gesto o movimiento que nos saque de nuestro

mutismo.

Bañado por la claridad del día, con su torso aún desnudo y su cabello despeinado, me parece el hombre más atractivo que he visto jamás..., bueno, después de Adrián. A pesar de todo..., ¡maldita suerte! No logra hacer que mi corazón lata desaforado, ni que mi pulso se acelere hasta ser incapaz de seguir las pulsaciones..., igual que lo logra el maldito traidor. ¿Por qué mi vida tiene que ser tan complicada?

Suspiro por mis pensamientos confusos y eso atrae la atención de Jaime de nuevo sobre mí.

—Deberías marcharte —me espeta.

—Está bien —contestó tensa—, comprendo que no desees mi compañía.

—No, no entiendes nada. Vete.

Me levanto con lágrimas nuevas llenando mis ojos; ni siquiera puedo llamar a Luis para que me consuele, tal como habría sucedido antes... Ya no me queda nada.

—Lo siento —susurro.

—Irene... El caso es que necesito que te marches. Si no lo haces, voy a hacerte el amor ahora mismo sobre la encimera.

La confesión me pilla desprevenida y abro los ojos. ¿Qué demonios ha sido eso?

—No entiendo...

—Llevo horas escuchándote relatar situaciones en las que un desconocido hace el amor con una mujer, una mujer que crees que eres tú, a pesar de ser diferente a ti... Trato de verlo como si fueras mi paciente, pero de verdad que no puedo... No puedo escucharte narrar lo que sientes, cómo te hace estremecer... y no sentir nada. No puedo mantenerme al margen, así que, por favor, te pido que te marches a no ser que desees que te haga mía, ahora.

No sé qué decir o qué hacer... Estoy paralizada. No era lo que pretendía, pero ahora mis ojos se dirigen a su entrepierna y bajo los pantalones puedo distinguir su miembro erecto.

—Vete, Irene —suplica.

—Sí, me voy. Lo siento, no pretendía nada de todo esto.

—No puedo tratarte como psicólogo, deberás buscar a otro.

—No quiero ver a otro más...

—Acude a Luis.

—No accederá; además, sigo enfadada por lo que hizo.

—También lo estás conmigo.

—Sí, lo estaba..., lo estoy, pero no tengo a nadie más a quien acudir y tú, que eres el único al que he decidido abrirme, me alejas.

Agacha la mirada y cierra los ojos. Sus manos se apoyan en sus marcadas caderas. Me hace dudar, sopeso la posibilidad de perderme en sus brazos, besar sus labios, acariciar su cuerpo... Tal vez así mi mente sane.

Mi móvil suena cuando estoy a punto de dar el primer paso hacia él. El nombre de mi jefe en la pantalla me obliga a despedirme.

—Lo siento, debo irme.

Jaime asiente sin hablar y me marcho cerrando la puerta tras de mí a la vez que recibo la llamada. Acabo de alejar al primer hombre que tal vez haya sentido algo real por mí.

\*\*\*

La conversación con mi superior no es buena, no para mí, pues me obliga a entrevistarme de nuevo con el maldito traidor. ¿Cómo explicarle a mi jefe que odio a ese hombre? No sólo por el juicio, sino también porque me hace sentir ese deseo abrasador y sé que no puede ser, la barrera entre nosotros es infranqueable.

Debo tratarlo como profesional, dejar a un lado lo personal en este asunto y ceñirme a lo laboral, aunque me va a resultar complicado, tratándose de mi madre.

Y él..., tenía que ser precisamente él quien defendiese a ese tipo, al que me

la ha arrebatado sin estar lista para ello, sin esperarlo.

Regreso a casa malhumorada, ni siquiera el agua caliente consigue borrar el ceño fruncido de mi rostro. Llego a la oficina y continúo molesta.

Adrián está aguardándome en la puerta del despacho. Sé que es él sin verle la cara, porque mi corazón grita, mi respiración se agita y una leve capa de sudor baña mi cuerpo. Todo mi interior clama su nombre.

Está sentado, esperándome. Me detengo en la puerta y aprieto el pomo demasiado fuerte; necesito poner en mi rostro el rictus más serio que pueda lograr y no esa sonrisa bobalicona de «haz conmigo todo lo que se te antoje». Aun así, tengo que reconocer que deseo que me encuentre atractiva; esa extraña conexión entre nosotros... es como si de verdad lo conociese... como si él y yo estuviésemos realmente conectados a través de los sueños.

—Buenos días, Adrián —suelto descortés.

—Buenos días, Irene —contesta mientras me tiende su mano a modo de saludo.

Sus manos... Un leve recuerdo de esa mano ofreciéndome una fresa bañada en chocolate, el roce de sus dedos por mi cuerpo... No quiero darle la mano, pero tengo que hacerlo para guardar las formas.

—Veo que sigues enfadada conmigo.

—Enfadada no se acerca ni de lejos a lo que siento —mascullo.

—No lo entiendo, Irene. ¿Por qué no eres capaz de verme como un abogado que sólo hace su trabajo, por un lado, y como el hombre que soy, por otro?

—Sé que debería, pero soy incapaz.

—Puedo entender que era tu madre, que fue inesperado y que sufriste mucho, que todavía sufres.

—Mi jefe habla demasiado.

—Aunque no hubiese sido así, es fácil darse cuenta, Irene —susurra mientras se acerca en exceso a mí. Es peligroso tenerlo tan cerca, pues percibo su aroma, su fuerza, esa masculinidad ante la que caigo rendida

durante mis sueños—. Sólo deseo acabar esto de la mejor manera posible, para ambos.

—No te acerques más —le espeto.

—Está bien, me alejaré. No pretendía incomodarte.

—Pues lo has hecho.

—La verdad, no sé por qué no me quieres cerca. Normalmente las mujeres se acercan a mí y soy yo quien huye de ellas.

—Eres un cerdo y un cretino. Así que, además de defender a culpables de homicidio, presumes de ser un donjuán. ¡Menudo imbécil!

—Pero soy sincero. No trato de engañarme a mí mismo, como tú.

—¿Como yo? No me conoces, no puedes saber cómo soy.

—Sé que te sientes atraída por mí y que luchas contra ello.

—No tienes ni idea.

—La tengo, Irene —afirma demasiado cerca de nuevo, nublando mi pensamiento con su boca, con su aroma, con el calor que desprende su cuerpo—. Lo sé porque también me siento atraído por ti de una forma casi salvaje. Nunca me pasa, pero, desde que te vi, no soy capaz de pensar en otra cosa que no seas tú. Sé que es extraño, que sonará como si estuviese chiflado, pero es que, cuando te desvaneciste en la cafetería, algo cambió, una ráfaga de aire rancio penetró en mi mente y me trajo imágenes de ti, conmigo, juntos en alguna situación similar, y cuando te toqué... Sé que de nuevo sonará a que soy un demente, pero hiciste que los pilares de mi mundo se tambalearan. Por favor, déjame verte fuera de aquí, donde podamos hablar sólo de nosotros; necesito saber si lo que creo que siento por ti, sin apenas conocerte, es real o una mera invención de mi mente.

Sus ojos miran mi boca abierta por la sorpresa, pero es tan fácil relajarme escuchando su suave voz que me llega como si fuera una caricia... Mi cuerpo se torna cálido, receptivo... Deseo perdonárselo todo y dejar que sus brazos me sostengan, porque siento que no me quedan fuerzas. Quiero que sus dedos limpien mis lágrimas y que sus besos borren el dolor de mi alma..., pero,

sobre todo, anhelo tenerlo dentro de mí, aplacando el hambre que no me deja ni respirar.

No logro entenderlo, ¿cómo es posible que la misma persona que deseo tener a mi lado para siempre sea aquella a la que no deseo volver a ver jamás?

Tanta tensión me pasa factura y siento que me falta el aire; suelto un pesado suspiro, tomo aire, cierro los ojos y respiro de nuevo. Necesito alejarme de su lado, que el aire fresco aclare mi cerebro entumecido por su aroma. Me doy la vuelta y me coloco en mi silla, dejando como barrera entre nosotros la mesa de mi despacho. Sin saber qué hacer, recoloco todo de nuevo en su sitio, en el mismo lugar que ocupaba ya en la mesa.

—No contestas porque sabes que lo que digo es cierto, a ti también te sucede —afirma.

—Prefiero que tratemos sólo temas profesionales; no te conozco y no deseo hacerlo. No quiero ser tu amiga, ni que hables sobre lo que crees que siento o pienso. Para mí eres la persona que defiende al ser que más odio en el mundo y, por lo tanto, el sentimiento de repulsa hacia a ti es inevitable.

—Está bien, ciñámonos a lo profesional, aunque... no puedo evitar tener esa sensación...

En realidad sé perfectamente de lo que habla: la sensación de familiaridad, de pertenencia... ¿Es posible que haya soñado conmigo? No, no puede ser, son tan sólo divagaciones sin sentido que me alejan de lo que realmente importa; sin embargo, esos ojos profundos, esa manera de mirarme y sobre todo su olor, dulce y picante, tan familiar...

Noto cómo mis muslos y medias se humedecen, e imágenes fugaces regresan a mi mente, recreando esos momentos vividos con él.

De nuevo, respiro con dificultad; mis sueños han cobrado vida y se han transformado en una auténtica pesadilla. Una pesadilla con unos ojos increíbles, un cuerpo de infarto y una boca para pecar sin cesar. A pesar de mi deseo profundo por él, el abismo que nos separa es insondable, nunca voy a traicionar a mi madre acostándome con el enemigo.

Adrián me mira con la misma intensidad que en mis sueños. Supongo que trata de analizar mi largo silencio, aunque no dice nada. No puedo dejar de advertir que mantiene las manos apretadas en fuertes puños y que su mandíbula permanece tensa. ¿Por qué? No puedo adivinarlo, parece que guarda algún secreto que desea desvelar.

—Ciñámonos sólo a lo profesional —ratifico—. No voy a tener más contacto contigo; a partir de ahora tratarás con Andrés, mi compañero, prefiero no verte.

—No me gusta oírte decir eso, Irene.

—¿Por qué?

—Porque me muero de ganas de verte de nuevo.

Cruzo las piernas, ocultas tras la mesa que nos separa; agradezco en silencio que así sea, pues siento cómo la humedad entre mis muslos desciende hasta mis tobillos. La mesa de repente cobra vida y los folios sobre ella se transforman en una lluvia blanca de gigantescos copos de nieve artificiales.

Caen sobre nosotros. Nosotros... porque él está enterrado entre mis piernas, besando mi cuello, mordisqueándolo deliciosamente mientras su miembro palpita junto a mi sexo. Cegada por la pasión, casi puedo sentir sus manos agarrando mi trasero, apretándolo, y un gemido involuntario escapa de mi traidora garganta.

Sus ojos me miran curiosos, sorprendidos y halagados; sin duda sabe que él es el foco de ese gemido, aunque desconoce qué ha hecho para provocarlo.

—Me da la sensación —susurra— de que te gustaría verme otra vez.

—No te confundas —replico.

—Creo que no estoy confundido.

Se levanta de la silla y se acerca hasta mí salvando la distancia que nos separa, la ridícula mesa. Su seguridad lo hace parecer oscuro, peligroso, felino... como una pantera negra, hermosa y a la par letal.

De nuevo tengo la garganta seca, el pulso acelerado y las piernas como

gelatina. Quiero protestar a pesar de no encontrar mi voz; trato de apartarlo, de distanciarme de él, pero la silla está anclada al suelo y sus brazos se posan sobre el asiento. Su olor, tan masculino, me envuelve, alterando mis sentidos; sus ojos me dicen lo que me espera y lo sé porque lo he soñado noche tras noche. De pronto me siento como un gusano dentro de su crisálida, segura, protegida, fuerte y deseada.

Sus ojos se han tornado tan oscuros que parecen negros, nublados por la pasión; sé que los míos se muestran igual, un reflejo de los de él.

—Apártate de mí —titubeo.

Adrián sonrío y ésa es mi perdición, pues vislumbro el hoyuelo en su mejilla izquierda y dejo de pensar, hipnotizada por su atractivo rostro tan cerca del mío.

—Lo quieras o no, vas a ser mía —susurra.

Dejo escapar un suspiro, no sé qué decir o qué hacer... ¿Qué tiene este hombre que anula todas mis neuronas?

—Nunca —musito.

—No te haces una idea de cómo me gusta que me lleves la contraria.

Y su boca posee la mía. No es un beso suave o dulce, sino una feroz demostración de lo que siente por mí. Al principio no quiero devolverle el beso, trato de resistirme, pero, cuando su lengua acaricia la mía y su mano se enreda en mi nuca, un fuego me atraviesa y me posee, dejando mi parte racional dentro de la papelera, igual que un documento que ya no sirve.

Lo agarro del cuello, dejo que mis manos jueguen con su cabello, lo atraigo más hacia mí, consiguiendo que pierda el equilibrio.

Cae arrodillado entre mis piernas, sus manos en mi espalda, ansiosas, buscando más, necesitando más... y yo lo beso sin pensar en las consecuencias.

Nuestras lenguas se enredan en un juego en el que no importa a quién pertenecen los gemidos, nuestras manos acarician el cuerpo del otro, insatisfechas... y no puedo dejar de sentir que es lo mejor que me ha sucedido

en la vida. Siento que voy a combustionar, mi cuerpo no es capaz de contener tanto deseo, tanta pasión, tanto ardor..., un calor que se concentra entre mis muslos mojados.

La imagen de los papeles volando por el aire sobre nosotros regresa con más fuerza y mi cuerpo se enciende más si cabe; me parece imposible... Siento que voy a explotar. Soy un volcán a punto de arrasar mi propio cuerpo.

Alguien llama a la puerta y eso me devuelve a la fría realidad. Empujo a Adrián lejos y me aparto sin mediar palabra mientras se coloca tras la mesa.

—¿Sí? —digo con voz ronca.

—Luis Roldán desea verla —me informa con voz suave Eugenia tras abrir la puerta.

En cuanto sus ojos se posan en Adrián, deja de respirar; un leve rubor baña sus mejillas. Puedo entenderlo, es un hombre muy atractivo.

—Eugenia, dile que no quiero verlo, por favor, y que además estoy ocupada. Gracias.

Ella no dice nada, tan sólo permanece anclada junto al quicio de la puerta como si hubiesen puesto pegamento y se hubiese quedado enganchada ahí.

—Eugenia —repito de nuevo—, te he dicho que le digas que no quiero verlo y que estoy ocupada. Ya puedes irte. Gracias.

—Sí, sí, claro... —murmura mientras cierra la puerta.

Regreso con Adrián, que me mira sonriendo; es una sonrisa de satisfacción, de triunfo.

—No me mires así; eso no ha significado nada.

—Yo diría, Irene, que lo ha significado todo.

Voy a defenderme, a exponer todos los motivos por los que no ha significado nada, cuando de nuevo llaman a la puerta y luego ésta se abre. ¿Otra vez? ¿Qué quiere ahora Eugenia? ¿Echar otra miradita?

—¿Sí? —pregunto con la voz crispada.

—Lo siento, Irene, pero el señor Roldán insiste. Dice que es muy urgente.

—Dile que no deseo verlo, ni ahora ni nunca, y que, si no se marcha, llamaré a seguridad.

—Irene, por favor —dice Luis desde detrás de Eugenia—, soy yo, déjame explicarte... —continúa mientras la puerta se abre del todo y me ve con Adrián.

Al descubrirlo, deja de hablar, limitándose a estudiar de arriba abajo a mi acompañante. No le importa quién sea o qué pueda hacer aquí, tan sólo valora a un rival.

—Veo que estás ocupada —dice enfadado.

—No es asunto tuyo, pero te aclararé que, si vienes a molestarme a mi trabajo, es lógico que esté ocupada.

—¿Molestarte? —pregunta ofendido.

—Sí, me molestas en mi puesto de trabajo.

Ambos nos miramos de forma extraña, como si ya entre nosotros en realidad no quedase ni el más mínimo rastro de nuestra amistad.

—Irene le ha pedido que se marche —interviene Adrián cuando se da cuenta de que Luis no tiene intención de irse.

—Gracias, lo he oído. Adiós, Irene.

—Adiós, Luis —lo despido con la voz triste, pues me he dado cuenta de que es la última vez que lo voy a ver.

La puerta se cierra y Adrián y yo nos quedamos en silencio. ¿Cómo explicar qué ha sucedido?

—¿Es un exnovio? ¿Te ha molestado más veces?

—Sólo somos amigos; mejor dicho, lo éramos.

—Parece que él siente que erais algo más.

—Puede que pensara que tenía posibilidades conmigo, pero nunca fue así y lo sabía. De todas formas, no es asunto tuyo.

—Sí, sí me importa... y después de besarte se ha convertido en asunto mío.

—Ese beso no ha significado nada.

—Mientes muy mal, no sé cómo ganas tantos casos.

—Porque nunca miento y sólo defiendo lo que creo de verdad. Y hablando de casos, me acabas de recordar por qué te odio y por qué no te quiero cerca.

—Hace unos instantes no me ha parecido ni lo uno ni lo otro.

—Eres un gilipollas pedante y engreído.

—Puede, pero no me miento.

—¿Quieres decir que yo sí lo hago?

—No dejas de pedirme que me aleje de ti, de decir que no significo nada, pero tus besos y tus caricias afirman lo contrario.

—Me has pillado con la guardia baja.

—Y volveré a hacerlo.

—No habrá una próxima vez.

—La habrá, créeme. Puede que para ti ese beso no haya representado nada, pero para mí sí.

Se da media vuelta sin esperar respuesta y me alegro, no sé qué le habría podido decir. Mis neuronas están atolondradas, y mis rodillas, como flanes, al igual que yo.

Se dirige hacia la puerta y deja que disfrute de una vista completa de su físico. Su espalda es enorme, fuerte... Su paso seguro, elegante, y su trasero... tiene unas nalgas prietas y redondeadas.

Se me seca la boca; mi cuerpo desea hincarle el diente a ese cuerpo escultural. Debo luchar contra mis instintos, es el enemigo. No debo permitir que se acerque a mí, que me bese; no debo porque logra hacerme perder el control.

Una parte de mí respira aliviada, he podido confirmar que él es quien me atormenta por las noches y mi mente no deja de gritar «sal de mis sueños y hazlo realidad».

Me quedo trabajando hasta tarde; no me apetece regresar a casa y enfrentarme a mi soledad. Al menos en la oficina me siento acompañada por el resto de colegas que siguen en sus despachos y por los coquetos pasos de Eugenia por el pasillo.

En casa no me espera nada más que frío, oscuridad y pensamientos a los que no deseo enfrentarme. Prefiero esquivar las preguntas que se aturullan en mi mente, engañándome con trabajo atrasado que no tengo, con *e-mails* por revisar que no son importantes ni urgentes y consejos a compañeros que ni siquiera necesitan.

Llega la medianoche, hora de retirarme a descansar hasta el día siguiente. Me obligo a apagar el ordenador, a levantar mi trasero, adormecido por la larga inactividad, y a ordenar a mis piernas que se muevan sin prisa pero sin pausa hasta el aparcamiento.

Al salir de mi despacho veo a Eugenia, trabajando afanosamente tras su escritorio.

—Buenas noches. ¿Todavía aquí?

—Buenas noches, Irene. Sí, enseguida cierro y me voy tras de ti. Por cierto, déjame decirte que tu novio está como para comérselo entero.

Sonrío; a punto estoy de decirle que tiene el camino libre, que no me pertenece y que no tengo la intención de que sea mío, pero mi parte egoísta, esa que ha disfrutado con su beso, no me lo permite.

Me dirijo al ascensor, entro y pulso el botón del garaje. Cuando la puerta se abre abajo, el aire enmohecido del aparcamiento me deja helada. No hay

nadie, nada, sólo oscuridad. Un escalofrío recorre mi cuerpo mientras procuro distraerme tratando de recordar dónde he dejado aparcado el coche. Es un gran garaje en el que los empleados podemos estacionar gratuitamente desde que mi jefe sacó de un buen atolladero jurídico al dueño del mismo.

Palpo por la pared para tratar de dar con el interruptor que soy incapaz de encontrar y cojo las llaves. Pulso la llave para abrir el vehículo, pero en realidad lo que quiero saber es dónde parpadea para ir a por él.

A lo lejos diviso el destello de las luces del coche y busco en mi móvil la aplicación de linterna para iluminar mis pasos.

Dudo, hay algo que me hace sentir ansiosa, asustada. No sé decir por qué siento que algo acecha escondido, aprovechando la oscuridad.

Decido no dejarme amedrentar por las absurdas fantasías de mi mente, que lleva semanas muy activa, demasiado.

Camino con cuidado y, cuando creo que estoy cerca, vuelvo a pulsar la llave y el coche me devuelve el parpadeo; está cerca, pero junto al vehículo me parece ver una negra sombra. Me quedo en el sitio sin poder moverme ni respirar. Soy incapaz de reaccionar. ¿Qué hago? Si trato de llamar por teléfono y realmente hay alguien, me lo impedirá. Decido escribir un mensaje.

«Garaje trabajo. Peligro», tecleo, y le doy a «Enviar». No sé a quién se lo he mandado, pero me da igual, sólo necesito enviarlo a alguien.

La alarma de un coche suena en la oscuridad y me confirma que allí, oculto, hay alguien. Dudo un momento entre gritar o correr de nuevo hacia el ascensor y, cuando me giro para salir huyendo, unos brazos me agarran por la cintura.

Trato de chillar, pero una de sus manos se traga mi grito, me ahoga. Mis lágrimas se mezclan con el miedo y la frustración que baña mi rostro. El hombre me levanta del suelo y trato de patear.

—Chist, zorra. No querrás que nos oigan —murmura.

Pataleo con todas mis fuerzas. El tipo me apoya contra una de las

columnas del aparcamiento y se acerca a mí, colocando su miembro endurecido por la excitación contra mi trasero; su mano aprieta más fuerte mi boca para que deje de gritar.

Atrapada, intento golpearlo, patearlo, pero no puedo.

Su nariz se detiene en mi cuello y en mi nuca, aspirando mi aroma. Quiero salir corriendo y no puedo. A mi mente acude el recuerdo de tantas mujeres que han acudido a mí y me han narrado su experiencia... Siempre he pensado que sabría reaccionar, pero no es así, estoy aterrada.

Trato de calmarme mientras la mano libre de mi asaltante acaricia mi costado y la curva de mi cadera.

—Ahora, zorra, prepárate, porque voy a follarte.

Al oírlo siento que debo hacer algo y trato con todas mis fuerzas de quitármelo de encima, aunque el pilar de granito dificulta mis intentos de escapar. Desesperada, procuro morderle la mano, así que abro la boca y dejo que su asquerosa carne entre para después apretar mucho los dientes.

Grita, así que parece que ha funcionado.

Me insulta mientras trata de sacar su mano de mi boca, pero no estoy dispuesta a soltar mi presa; si quiere librarse, tendrá que dejar parte de su ADN entre mis dientes.

Al darse cuenta de que no va a deshacerse del mordisco, me suelta y deja que entre ambos haya más espacio y, ante la posibilidad de escapar, relajo la boca para soltarlo y me giro para golpearlo en la cara.

Me empuja con fuerza, caigo hacia atrás, noto el duro granito de la columna en mi cabeza y lo último que veo es a un hombre aflojando el cinturón de sus pantalones.

El dolor de cabeza es insoportable, incluso parpadear se me antoja una hazaña de titanes. Me llevo las manos a ella para sostenerla en su sitio, pues tengo la absurda sensación de que se va a desprender de un momento a otro. Miro hacia un lado y veo una ventana cubierta con una fina cortina blanca que deja traspasar las primeras luces del alba.

—¿Dónde estoy? —murmuro confusa.

Alzo la mano para masajearme la sien y veo los tubos flexibles que cuelgan de mi muñeca, parezco una triste marioneta. De pronto recuerdo lo que ha sucedido y grito. ¿Me ha violado? ¿Quién me ha encontrado?

—Estás bien —susurra una voz a mi lado—, estás bien, ya ha pasado todo.

Esa voz, la voz de mis sueños... ¿De eso se trata? ¿Otro sueño con mi guapo amante como protagonista?

—Es extraño —murmuro.

—¿El qué?

—En mis sueños casi siempre acabamos sin ropa.

—¿En serio?

—Sí, no nos dura demasiado puesta.

—Bueno, cuando quieras los hacemos realidad, tan sólo pídelo.

—Veo que está ya despierta —dice otra voz.

«Un momento, Irene, ¿otra voz? ¿Vamos a hacer un trío?»

Parpadeo de nuevo y veo a Adrián a un lado de la camilla y a Eugenia junto a la puerta con dos vasos de plástico, uno en cada mano. Así que no es

un sueño... ¡y le he dicho esas cosas! Ahora la cabeza me duele más y la vergüenza ahoga mi rostro.

—¿Qué ha sucedido, Eugenia?

—Bajé al garaje poco después de ti y él estaba... bueno ese hombre iba a...

—Eugenia no es capaz de pronunciar la palabra.

—¿Me violó? —pregunto todo lo serena que soy capaz, aunque la verdad es que me aterra pensar que ha sido así.

—No, al verme aparecer, huyó.

Sus palabras me relajan y suspiro aliviada.

—El doctor nos ha dicho que tienes una contusión por el impacto contra la columna, y el de la cara no es tan malo como parece —explica Adrián—; al verte pensé que ese cabrón te había partido la mandíbula.

—¡Oh, Dios...! —exclamo, aunque no recuerdo el golpe en la cara—. ¿Qué haces aquí, Adrián?

—Es culpa mía, yo lo avisé —contesta Eugenia—; pensé que tu novio debía saberlo, así que lo llamé.

Mi novio... ¿mi novio? ¡Claro! No le dije lo contrario cuando lo insinuó.

—Hiciste bien, Eugenia —sonríe dándole veracidad a la parodia—, aquí es donde tengo que estar.

—Como ya estás despierta, voy a llamar al doctor —ofrece.

Asiento sin fuerzas y, en cuanto la puerta se cierra, Adrián me mira con intensidad.

—Así que le dices a la secretaria que soy tu novio y a mí que en tus sueños acabamos sin ropa... Me gusta cómo suena.

—Creía que estaba soñando otra vez; además, no eres tú el de mis sueños, no te hagas ilusiones, ha sido por culpa de la contusión. Estoy confusa.

Se agacha y posa la barbilla sobre la fría y horrible cama de hospital, que hace que su rostro se vea más atractivo, coge mi mano entre las suyas y deposita un suave beso en ella. El rubor me estremece, recorriendo todo mi cuerpo; de nuevo estoy sin palabras.

—¿Por qué has venido?

—Porque estaba preocupado.

—¿Por qué no le has dicho la verdad a Eugenia?

—¿Por qué no se la dijiste tú?

Su acusación hace que me sonroje otra vez.

—¿Por qué sigues aquí? Ya estoy bien.

—Yo creo que no; además, quiero estar presente cuando la policía entre a interrogarte sobre lo sucedido.

—No voy a denunciar.

—Será una broma.

—No, no lo es. No lo vi, no sé quién puede ser...

—Pero algo habrá que recuerdes.

—Poco, sólo el miedo —me sincero.

Sus dedos se pasean por mi frente y apartan un mechón de pelo suelto. Ese gesto dulce y tierno derrite mi corazón.

—¿No tienes que irte? —digo sin embargo.

—No, me he tomado el día libre, y la noche.

—No deberías haberlo hecho. No tienes ninguna obligación conmigo.

—Pero me gustaría.

—Eso es imposible.

—No sé por qué.

—Sí, lo sabes.

—Si es por el caso, lo dejo, me mantengo al margen.

—No voy a pedirte que hagas algo así por mí.

—Pues deberías.

—No me conoces.

—Sí, te conozco.

Nuestras miradas se retan y no puedo evitar pensar que él siente que esto es algo extraño y de locos, pero que no podemos luchar contra la fuerza de

esos sentimientos que, sin comprenderlos bien, parecen unirnos y atarnos con un fuerte hilo.

—Buenos días, Irene —saluda una voz cariñosa y maternal al fondo de la habitación—; soy la doctora Fernández.

—Buenos días —contesto soltando mi mano de entre las suyas.

—Veo que estás mejor.

—Eso parece, al menos he sobrevivido —murmuro mientras no puedo apartar la mirada de esa mujer de larga cabellera, tan blanca como la nieve.

—¿Temiste por tu vida? —pregunta Adrián alterado.

—No es de tu incumbencia —respondo arisca.

—Yo creo que sí.

—Pues no lo creas. No tenemos nada más que una relación laboral.

—Tu beso me dijo otra cosa.

—Adrián, acabo de ser atacada por un desconocido. Me duele la cabeza, he pasado mucho miedo al pensar que me habían agredido sexualmente mientras estaba inconsciente y no tengo ganas ni tiempo de explicarte las razones por las que, aunque me sienta atraída hacia ti, no podemos estar juntos.

Adrián me mira serio, paralizando el tiempo y regalándome un instante que atesoraré toda mi vida. Cuando creo que lo ha entendido, su boca se tuerce en una sonrisa perfecta que da vida a sus ojos, que me leen el alma.

—¿Por qué sonríes? ¿Te burlas de mí? —le espeto molesta.

Lo sigo mirando y considero que no puede ser legal ser tan perfecto; tengo que buscar en mis libros de leyes alguna norma en la que aparezca algo al respecto. Sonrío.

—Porque has admitido que te sientes atraída por mí.

—¿Sólo has oído esa parte? Porque había más, una muy importante donde te he dejado claro que no puedo estar contigo.

—¿Por qué no?

—Lo sabes.

—Dime la verdad.

—Ésa es la verdad —miento.

Es raro explicarlo, pero cuando estoy con él me olvido de todo, incluso de que estamos manteniendo una conversación privada delante de una extraña a la que hemos dejado relegada al fondo de la sala como una mera espectadora de nuestra poco habitual situación.

—No, no lo creo —afirma serio—. Sólo es trabajo; déjalo a un lado y conóceme como hombre.

—No puedo.

—¿Por qué? —insiste a la vez que vuelve a rozar mi mano.

—Es como si...

—Como si, ¿qué?

—Como si traicionase a mi madre.

—No lo harías... Además, deberías escuchar la historia entera.

—¿La historia al completo? No lo necesito, para mí es suficiente con saber que el hombre que provocó el accidente dio positivo en la prueba de alcoholemia y que la que falleció fue mi madre, mientras ese cabrón sigue aquí, disfrutando la vida que le arrebató a ella.

—Veo que no es fácil hacerte cambiar de opinión.

—Respecto a nada.

—Bien, yo tampoco me rindo.

Se levanta y antes de irse se vuelve hacia mí; se acerca sabiendo que no puedo escapar o defenderme y entonces me suelta bajito: «Volveré».

Esa palabra susurrada trae consigo una suave brisa con su aroma, cargada de promesas que me aceleran el corazón. Es tan atractiva la fantasía donde me dejo llevar a un mundo perfecto lleno de pasión y sexo desaforado, que duele.

Pero tengo que agarrarme a la realidad con uñas y dientes y ésa es que, al final, cuando pase la euforia, sólo quedará el odio por dejarme amarlo y el odio a mí misma por haberlo dejado seducirme.

—No lo hagas, por favor —suplico.

—Te lo he advertido, pero no me crees, ahora verás que es cierto; cuando quiero algo, peleo hasta el final.

—El final ya ha llegado.

—No lo creo. Te mientes y tratas de herirme, pero veo en tus ojos la misma mirada desesperada que se tiene cuando se debe luchar contra uno mismo, cuando se está al borde del precipicio y no se tiene la certeza del lado al que caerás.

Cierra la puerta tras él, con suavidad, mientras mi mente trata de asimilar sus palabras; reacciono tarde, tanto que, cuando quiero protestar, ya no está. Estoy sola, sola de nuevo. Más sola que nunca, pues ahora Luis ha sido eliminado de la ecuación, así que ni siquiera tengo un amigo con el que llorar. Y Jaime, bueno, me atrae como hombre y parece que yo a él; sin embargo, no es el mismo sentimiento que despierta Adrián.

Con Adrián es un impulso desesperado por tenerlo... Ésa es la palabra, desesperada por gritarle que lo haga realidad. Aun así, mi boca obedece a mi mente y no a mi corazón y nunca le susurraré esas palabras. Seco una lágrima con los dedos y alguien me tiende un pañuelo. Me había olvidado por completo de la doctora Fernández.

—Estáis hechos el uno para el otro —sentencia como si lo que acaba de suceder frente a ella fuese lo más normal del mundo.

—No lo creo.

—Créeme, estáis unidos por un fuerte hilo a través de los tiempos.

La doctora pasa a verme algunas veces más a lo largo del día y no dejo de tener la sensación de que la conozco. La imagen de la sanadora se presenta cada vez que tengo que hablar con ella; el recuerdo de nuestros dedos unidos por la sangre y por ese hilo... sus palabras, sus gestos y, sobre todo, esa larga melena de un color tan particular.

Eugenia ha venido unas cuantas horas para cuidarme, el señor Ruiz se lo ha pedido.

El golpe en la cabeza, gracias a las toneladas de medicación, no me molesta ya tanto, aunque el miedo y, sobre todo, la incertidumbre por no saber quién ha sido o por qué y si volverá a repetirse, no me dejan descansar. No puedo saber si ha sido algo premeditado o meramente fortuito, y el torrente de preguntas para las que no tengo respuesta, tan sólo suposiciones, se mezcla con el torbellino de emociones que Adrián me hace sentir, aunque desee negarlo.

Me debato durante gran parte del día sobre qué es lo mejor, si verlo o no volver a tener contacto con él nunca más. Me planteo, incluso, coger una excedencia; tengo algunos ahorros y podría ir donde quisiera, un año o dos, y luego regresar.

Lo que no consigo quitarme de la cabeza es su beso, el tacto de sus manos, su cercanía y cómo me envuelve el calor que despierta en mi interior. Lo deseo como nunca antes he deseado a ningún otro hombre y parece que se ha dado cuenta de ello; quizá no soy capaz de disimular mis sentimientos tan

bien como pienso, o tal vez su ego es tan inmenso que no duda de que al final caeré rendida entre sus brazos.

Mi vida ahora es un caos. Desde que comenzaron los sueños no he sido capaz de encontrar tranquilidad, monotonía ni orden.

La doctora pasa a última hora de la tarde, me informa de que todo está bien y añade que, si paso la noche sin complicaciones, mañana podré regresar a casa. Le doy las gracias y, cuando sale, llega una visita inesperada. Jaime.

—¿Qué haces aquí? —pregunto extrañada.

—Bueno, he ido a tu oficina esta tarde y Andrés, tu compañero, me ha informado de lo ocurrido. Sólo he pasado para ver si estás bien, aunque supongo que me dirás que sí, porque ahora mismo estarás en estado de *shock*.

—Pues te equivocas, no puedo decirte que estoy bien, porque no lo estoy. Estoy aterrada.

—Vaya, eso no me lo esperaba. Me gusta. Parece que, después de todo, estás cuerda —bromea sentándose a mi lado y cogiendo una de mis manos—. Físicamente, ¿estás bien, Irene?

—Un poco magullada, pero sí.

—Tienes alguna idea de...

—No; le he dado muchas vueltas a la cabeza y no sé por qué yo, quién es ni si se repetirá.

El silencio aparece de pronto. Supongo que no resulta fácil, ni aun tratándose de un profesional, hablar de estos temas.

—¿Cuántos días te van a retener aquí? —pregunta al cabo de unos minutos.

—Mañana, si paso buena noche, me darán el alta y me marcharé a casa.

—¿Quieres ir a algún otro sitio?

—No lo sé, aún no me lo he planteado.

—Si quieres, puedes pasas unos días conmigo.

—Unos días... Eso no solucionaría nada.

—Lo que decidas, estará bien. Joder, te ha destrozado la cara —dice de

repente, con un deje de rabia en la voz.

—Gracias, tú también estás muy guapo —trato de bromear.

—No he pretendido herirte, es que tienes la cara inflamada.

—Sí, me golpeó con fuerza, el cabrón.

—¿Luis lo sabe? —pregunta.

—No, supongo que no. Ayer por la tarde estuvo en mi despacho y le dije que no deseaba volver a verlo. Debe de estar enfadado.

—¿Quieres que se lo diga?

—No, no es necesario. No quiero verlo, no puedo perdonarle lo que hizo.

—Estás siendo muy dura con él. Parece que a mí me has perdonado.

—Era mi amigo, mi mejor amigo, y quiso engañarme para conquistarme. ¿Cómo voy a volver a confiar en él?

—Piensa que estaba desesperado por tenerte.

—Desesperado... Él sabía la verdad, nunca le he mentado. Y con respecto a ti, tu traición no me ha molestado tanto porque no siento por ti lo mismo que por Luis; lo quería, como a un hermano, como a alguien de mi familia. A ti apenas te conozco...

—Ya, pero ahora...

—Ahora es tiempo de que las visitas se marchen —irrumpe una voz poderosa.

Sin verlo, sé que es él, pero ¿qué hace otra vez aquí?

Jaime se levanta y se gira hacia el torrente de voz amenazadora; desde luego no ha tratado de disimular que Jaime no le gusta pese a no conocerlo.

—Disculpe —dice Jaime con sus encantadores modales—, ¿puede decirme quién es usted?

—Soy el compañero de Irene. *Su* compañero.

Pero... ¿qué coño? ¿Le está insinuando que tenemos una relación?

Jaime se vuelve hacia a mí con preguntas no pronunciadas escritas en su rostro y yo deseo contestarle, decirle que es un extraño que está más chalado

que yo, pero las malditas palabras no quieren salir de mi garganta; se han atascado en ella y pelean por permanecer ahí.

Hay una parte de mí que desea que se quede esta noche; por alguna razón que no llego a comprender, me da seguridad estar a su lado e incluso confianza. Me hace sentir protegida, como si nada malo pudiese pasarme estando con él.

—Por favor, le vuelvo a pedir que se aleje de mi... mujer y se marche por donde ha venido.

—¿Su mujer? ¡Por favor! Irene no pertenece a nadie, ¿no es así?

«¡Claro que no! ¡Soy libre!», deseo gritar, pero soy incapaz. No entiendo por qué, pero no puedo negarlo.

—Como no dices lo contrario, aceptaré que dice la verdad. Adiós.

Se marcha antes de que pueda hablar y al salir golpea con un hombro a Adrián de forma intencionada. Los dos hombres se dedican una mirada de esas de «a ver cuál de los dos está más cuadrado y golpea más fuerte».

El instante se alarga hasta el límite soportable, puedo ver que ambos se miran con un odio que no soy capaz de comprender, ¡si ni siquiera se conocen! Sin embargo, por extraño que parezca, verlos a ambos así me resulta familiar... ¡Tonterías! Por un momento temo que la personalidad arrolladora de uno y de otro choquen y lleguen a las manos; sin embargo, Adrián me sorprende con su comportamiento.

—Disculpe —se excusa a pesar de no ser el culpable, mientras se aparta para darle paso—. Adiós —se despide triunfal. Sabe que es el vencedor, pero lo es porque yo se lo he permitido.

—¿Qué haces aquí? —puedo decir por fin.

—Vengo a pasar la noche contigo.

—Estarás de broma. No vas a pasar la noche aquí, conmigo.

—¿Por qué no? Ya te acompañé la pasada.

—¿Dormiste anoche en el hospital?

—¿No te lo imaginabas?

—Pensé que había sido Eugenia quien se había quedado.

—Ella ha llegado por la mañana y me ha traído café porque sabía que había permanecido aquí toda la noche, contigo, cuidándote.

—No deberías haberlo hecho, no era necesario, y hoy tampoco.

—¿Por qué?

—Porque no somos nada.

—Eres mía. Es suficiente.

—¿Soy tuya? Por favor, deja ya de fanfarronear.

—Es la verdad. No lo has negado. Dos veces se lo he dicho a ese guapito imbécil y tú no lo has negado.

—Porque estaba alucinando con ese rollo de que soy tu mujer y me has dejado sin palabras —me defiendo, pero ¿es eso cierto?

—¿Seguro? Creo que te gusta la idea.

—¿Se puede ser más pedante? Me parece que no, seguro que si busco «mequetrefe insolente» en el diccionario, aparece tu foto.

Me mira desde detrás de su vaso de café y me imagino que se ríe. Cuando la sonrisa le ilumina los ojos, es imposible debatir con él..., mi cuerpo se deshace en miles de mariposas que salen volando para rozar su morena piel.

—Te odio, Adrián.

—Del amor al odio sólo hay un paso, Irene. Ya te lo advertí, estás al borde. ¿Hacia dónde caerás?

—Tonterías —replico.

—Yo te lo diré —susurra, acercando esa boca que ya he probado, y que deseo probar de nuevo, a mi oído.

Su suave contacto hace que mi cuerpo se ponga en alerta, entro en estado de *shock*: respiración detenida, pulso acelerado, estómago del revés y humedad entre las piernas, todo eso acompañado de pezones erizados. ¡Dios mío! Este hombre me hace perder el dominio de mí misma, me lleva al límite de mi control, y mi cuerpo es tan estúpido que reacciona sólo con él.

—Caerás en mis brazos —musita mordisqueándome el lóbulo de la oreja.

Un gemido sensual escapa de mis labios. ¡Malditos traidores! Sonriendo por lo que ha logrado, se retrepa contra la silla situada a un lado de la cama y sigue sorbiendo su café mientras me mira divertido.

—No tiene gracia —escupo.

—No, no la tiene.

—Entonces, ¿por qué sonrías?

—Porque el camisón no deja mucho a la imaginación.

Bajo la mirada y veo mis pezones erguidos perfectamente contorneados bajo la fina y desgastada tela del camisón del hospital. Cruzo mis brazos sobre el pecho mientras me sonrojo.

—Es que tengo frío —invento.

—Eso se puede solucionar, yo te daré calor.

—Ni se te ocurra acercarte a mí.

—¿Por qué? ¿Temes suplicarme que haga tus sueños realidad?

¡Sí! ¡Joder! ¡Eso mismo es lo que temo!

—Te odio —digo de nuevo.

—Lo dices tanto que parece que tratas de convencerte a ti misma.

—Malcriado.

—Preciosa.

—Engreído.

—Mentirosa.

—Vete, me estás enfadando. Mucho.

—Lo sé. Y me encanta.

—¿Te encanta verme enfadada?

—Estás preciosa cuando te enfadas; frunces el ceño y haces un leve puchero como si fueras una niña pequeña. Puedo verte incluso con ganas de hacerme burla.

Y de nuevo acierta, pues he estado a punto de sacarle la lengua. Me saca de mis casillas, es todo lo que menos soporto de un hombre y, sin embargo, estoy loca por él, aunque no lo admita en voz alta.

—He vuelto a acertar, ¿no es cierto? —dice sonriendo.

—Estoy cansada, quiero dormir.

—Sí, descansa. Mañana temprano, la policía va a venir.

—¿Para qué?

—Para tu declaración.

—Poco los voy a ayudar...

—Descansa... Tal vez por la mañana recuerdes algo más, algún detalle, por insignificante que parezca.

—Buenas noches —le deseo.

—Buenas noches, amor —murmura.

Pienso en rectificarlo, pero me da la sensación de que será perder el tiempo, así que, a pesar de que no tengo sueño y de que estoy alterada con él a mi lado, cierro los ojos y espero, con un poco suerte, conseguir dormir.

Las luces se apagan y se mueve en la incómoda silla a mi lado. Trato de respirar en silencio; algo absurdo, no quiero emitir ningún sonido pero no puedo evitar sentirlo en todos lados. Su presencia altera mis sentidos.

Está ahí, junto a mí, recostado contra el respaldo de la silla y con los pies apoyados en los hierros de la cama. Noto de vez en cuando el roce de sus pies junto a los míos y, con cada toque, mi cuerpo se estremece de pies a cabeza.

Aprieto los dientes con fuerza, pues temo empezar a tiritar y que me castañeteen. Subo la ropa de la cama todo lo que puedo, deseo envolverme con la manta, usarla como un escudo protector que me mantenga alejada de los sentimientos que experimento por este hombre y que desearía no sentir.

—¿Tienes frío? —me susurra.

Antes de contestar, pulsa el interruptor de la luz del cabecero y se levanta. Se ha descalzado y lleva la camisa remangada hasta los codos, dejándome admirar sus fuertes antebrazos. El pelo despeinado por la postura y las arrugas de la camisa le dan un aire hogareño; es algo que no va en sintonía con él, pero da esa impresión.

Camina despacio por la habitación y de un pequeño mueble blanco, bajo la

gran ventana, saca una manta. Se acerca a la cama con su paso felino y seguro, para, de nuevo, hacerme estremecer.

Contemplo los botones desabrochados del cuello de su camisa, que me permiten entrever su pecho. Es un hombre que, sin duda, deja babeando a cualquier mujer que se cruce en su camino.

Es irresistible y por eso tengo que luchar con todas mis fuerzas para no caer. Es mi manzana prohibida.

Pone la manta sobre mi cuerpo y después me arropa con dulzura. Le doy las gracias en silencio, besa mi frente y acaricia mi pelo. Ha sido tan tierno... ¡cómo deseo a este hombre!

Odio que sea... Aunque tal vez... si deja el caso por mí, podría darle una oportunidad... ¿Por qué lleva él este asunto? ¿Me dijo que el culpable era alguien cercano a su familia, importante para él, o lo leí en el informe?

Regresa a la silla y adopta la misma postura de antes, subiendo sus largas y fuertes piernas al final de la cama; con cada roce fortuito, aviva las ascuas en mi estómago. Me deleito pensando en lo placentero que sería dejar que las brasas se transformasen en un fuego abrasador.

—Deberías descansar... —susurra.

—Lo sé, lo intento.

—¿Sigues con frío?

—No, ya no.

—Entonces, ¿por qué tiemblas?

—No tiemblo.

—Si incluso la voz la tienes atribulada.

Es cierto, lo he notado.

—No lo sé, será por el *shock*.

—Apártate.

—¿Qué?

—Déjame un poco de sitio.

—Ni loca.

—No pienso dejar que mueras congelada.

—Que no tengo frío.

—Está bien, cabezota.

Sus brazos me agarran y me pasa hacia un extremo de la cama del hospital, acomodándose a mi lado. Al menos tiene la decencia de ponerse sobre las mantas. El peso de su cuerpo hace que mi parte del colchón se quede más elevada que la suya, por lo que, sin quererlo, ruedo hacia él.

Como si no fuera bastante, ahora lo siento más. El calor se intensifica. Su cuerpo desprende calor incluso a través de las mantas. Sus brazos fuertes, su pecho duro, sus piernas largas...

Parece muy cómodo y yo estoy aterrada por todo lo que despierta en mí, y en ese momento pasa uno de sus brazos por debajo de mi cuello y me acurruca contra él.

Quiero protestar, pero no puedo. Estoy emocionada por las atenciones y los gestos dulces que tiene conmigo; no pretende otra cosa que darme calor y cuidarme... Hacía tanto tiempo que nadie se preocupaba de esa manera por mí...

—¿Por qué? —pregunto.

Adrián no necesita que le diga a qué me refiero.

—Es el exmarido de mi madre.

—¿Es tu padre? —pregunto horrorizada por todas las cosas que he dicho sobre él.

—No, fue el primer marido de mi madre. Se divorciaron porque no deseaba tener familia, así que mi madre lo dejó y se casó luego con mi padre. Éste falleció hace años... irónicamente, un conductor borracho —sonríe triste—, y después ellos se volvieron a encontrar y... no sé... supongo que la pasión se avivó. No me gusta que mi madre esté sola; yo no paso mucho tiempo en casa, no tengo hermanos, así que nadie le hacía compañía. Ahora parece feliz. No iba bebido; toma una medicación muy fuerte, pues padece una enfermedad degenerativa, artrosis. Ésta le afecta principalmente a la espalda,

aunque también daña otras partes de su cuerpo, por lo que sufre de intensos dolores; la medicación que tiene pautada es extrafuerte... No tendría que haber conducido después de tomársela...

Lo escucho en silencio, sopesando lo que me cuenta. Está claro que es importante para él, es parte de su familia y esa persona me ha dejado sin la mía. El hecho de que tal vez no estuviese bebido... que quizá fuese tan sólo algo fortuito, no logra atenazar la soledad que se acumula en mi pecho desde que mi madre se fue.

—Pero dio positivo —insisto.

—Es un efecto de la composición de sus medicamentos, puede dar falsos positivos en alcohol y drogas.

—Mi madre... —murmuro con lágrimas en los ojos.

—Lo sé —me consuela—. Él también lo está pasando mal.

—No sé si podré perdonarlo. No sé si podré perdonarte a ti.

Cierro los ojos y decido que no le voy a dar más vueltas a este asunto por esta noche. Voy a dejar que toda la información que me he negado a averiguar navegue por mi cuerpo, para poder asimilarla. Me siento tan sola y desconsolada... y el único que puede darme ese consuelo es el hombre que está cerca de mí y, por una noche, me permitiré estar cerca de él.

Cuando llegue la mañana, todo habrá acabado y no volveré a verlo.

El silencio nos arropa al igual que el manto oscuro que nos ofrece la intimidad que necesitamos. Sus dedos rozan mi pelo; me gusta cómo acaricia mi nuca..., me excita.

Me coloco sobre él; de nuevo el sueño es tan real que siento mi propio cuerpo sobre el del hombre. La penumbra me impide ver su rostro, pero es él, es la misma sensación que tengo junto a Adrián.

Mis manos buscan el cuello de mi amante y mis labios se funden con los suyos en un beso furioso contenido durante mucho tiempo.

Noto los labios cálidos y suaves, su forma de besarme mientras su lengua juguetea con la mía y me permite disfrutar de su sabor... es delicioso; dulce y picante, hielo y fuego, una combinación extraña y embaucadora.

Sus manos, de repente, aparecen en mi espalda, acariciándome descontroladas, apretándome contra su endurecido cuerpo. Advierto cómo su miembro cada vez se tensa más por el contacto con mi cuerpo ardiente sobre él. Los besos se vuelven más profundos, nuestras bocas se niegan a separarse, sólo deseamos saborearnos el uno al otro.

Siento mi entrepierna húmeda, desea llenarse de este hombre. Acaricio su pecho dejando que mis manos resbalen hasta su miembro endurecido y lo agarro. Noto su hinchazón bajo el pantalón y lo acaricio por encima del rugoso tejido de arriba abajo.

Él gime, jadea y sus manos cada vez me acarician con más rudeza la espalda, los pechos, las nalgas que aprieta sin compasión... Puedo sentir cómo se retuerce de placer por mí, debajo de mí...

Hay algo extraño en este sueño: él no dice nada, al contrario de lo que sí ha hecho en los anteriores, pero no me importa, estoy disfrutando de verdad.

Me permito ese lujo; ya que no puedo hacerlo con Adrián en la vida real, al menos lo haré en mis sueños. Me incorporo para sentarme encima de él y comienzo a moverme, a mecarme despacio sobre él.

Con cada movimiento, gime, jadea, se estremece, y yo enloquezco al sentir sus manos en mis pechos, pellizcando mis pezones turgentes por el deseo. Me alejo para arquear la espalda hacia atrás y seguir balanceándome... Mi cuerpo cada vez demanda más.

Pienso que, como la mayoría de las veces, me despertaré y quedaré insatisfecha. Sin embargo, para mi sorpresa, no es el caso, pues me penetra, llenándome de una lujuria que me parte en dos. Me arqueo más sobre mi espalda, extasiada. Es lo más placentero que he sentido jamás. Suspiro, gimo y jadeo sin importarme nada más.

Él apresura mis caderas para que pueda moverme con más fiereza; danzo sobre él, procurándome placer..., todo el placer que he anhelado tantas y tantas noches. Acelero el ritmo de la danza hasta convertir los suaves vaivenes en frenéticos movimientos que culminan en un orgasmo que estalla en mi interior y lo consume todo con su calor, acompañado de los gruñidos contenidos de mi amante.

Tiemblo, me dejo caer sobre su pecho, que late ruidosamente. Todavía lleva la camisa puesta, a medio abrochar. También tiembla bajo mi cuerpo. Me gusta sentir su corazón martilleando con fuerza, tratando de recobrar la normalidad.

—Irene —balbucea—, no sé... qué decir...

Irene... me ha llamado por mi nombre.

La luz me muestra lo que ha sucedido, la cama del hospital, la fría habitación que ahora es una cálida estancia por el derroche de pasión, el olor a sexo, Adrián bajo mi cuerpo, todavía unidos. Yo, sobre él, con el camisón

subido por encima de las caderas; uno de mis senos ha escapado del interior y permanece sobre la fina tela. Su pecho, la camisa sin abotonar.

Su boca inflamada por los besos... Toco mis labios, sensibles por los besos.

¿Qué he hecho? ¡Oh, Dios mío! No, no, no y un millón de veces no. ¿Cómo ha pasado? No lo pretendo, pero un grito desgarrador me parte el pecho. Me levanto tan bruscamente que mi sexo se queja por la repentina separación, que me ha producido dolor. Trato de distanciarme, pero los pies no me sostienen y casi caigo al suelo... llorando... en camisón... con un pecho al aire.

Adrián se sienta a mi lado y me abraza, pero no deseo ese abrazo... sí, sí lo deseo, pero, a la vez, no lo quiero. Experimento sentimientos que me confunden y nublan mi mente. Me he dejado llevar por mi sueño, lo he hecho al fin realidad, con él, en la cama de un hospital. Y ni siquiera he sido cuidadosa al gritar mi placer.

—Déjame, por favor... —consigo susurrar entre sollozos.

—Pero, Irene, tú... yo... ¿qué pasa ahora?

—¿Por qué me has dejado seguir?

—Creía que al final...

—Al final, ¿qué?

—Que al final habías decidido darme una oportunidad. Me ha sorprendido, desde luego, pero me he perdido en tu boca. Es todo lo que puedo decir.

—¿Todo lo que puedes decir? ¡Vete, por favor, vete!

—Pero ¿qué te sucede? Acabas de provocarme, me has hecho el amor de una manera increíble y, ahora, ¿quieres que me aleje de ti? Estás loca, Irene, si piensas que voy a dejarte escapar otra vez. Me iré, te dejaré sola un rato, pero volveré, que te quede claro.

El día se levanta tan gris como yo. La policía llega a primera hora y le cuento todo lo sucedido, lo que recuerdo. Después abandono el hospital tras recoger el informe del alta. Me siento triste, vacía y puede que arrepentida. ¿De verdad merece la pena todo este sufrimiento? Me lo planteo todo de nuevo; no puedo creer que mi madre desee que sufra; estoy segura de que, allí dónde esté, me está mirando enfadada por mi infantil comportamiento.

Reconsidero si realmente creo que estar con él deshonor a mi madre o si tan sólo me asustan los sentimientos tan profundos que despierta en mí sin apenas conocernos, aunque tampoco ésa es la verdad: para mí no es un desconocido y, al parecer, para él tampoco lo soy yo.

Al dejar el centro médico me cruzo con la doctora Fernández; su larga cabellera blanca me recuerda tanto a la que tenía la sanadora en mi sueño que no puedo evitar estremecerme.

—Todo va a irte bien en esta vida —musita—. Sólo deja que te abrace fuerte y se unan todos los pedazos rotos.

Antes de poder contestar o decir algo, ha desaparecido. Prefiero no darle más importancia; en mi cabeza no caben más cosas, a pesar de lo intrigante de sus palabras.

Llego a casa, sin más compañía que mi propia soledad. Me derrumbo en el sofá y dejo que el llanto relaje mi cuerpo. Estoy cansada. De todo.

Necesito ir cerrando asuntos en mi vida; si no, al final voy a acabar desquiciada de verdad. La mañana pasa tranquila entre arrebatos de llanto y sollozos. Cuando cae la tarde, recibo una llamada: es Andrés.

No me apetece mucho hablar con nadie, pero en breve se celebrará el juicio de mi madre y eso es lo que me alienta a descolgar.

Hablamos durante mucho rato, me pone al día de todo. Asiento, distraída, pues no estoy centrada en estos momentos... No puedo, el aroma de su piel se ha pegado a la mía y no me abandona por más fuerte que frote mi cuerpo.

Sus besos ocupan mi mente y sus caricias aún arden en mi piel. Todos los sueños que he tenido hasta ahora me hacen dudar. ¿Quizá éramos nosotros? La frase de la doctora Fernández me atraviesa. Una mujer mayor, sanadora, que hace referencia al hilo que nos une... Sé que es de locos, pero no puedo dejar de pensar que tal vez...

Los pensamientos me atormentan y decido salir, necesito que el aire fresco me despeje la mente. Camino sin rumbo, como si fuese una peonza dando vueltas hasta detenerse. Cuando me paro, cansada, me percató de que me encuentro cerca de la casa de Luis. Lo echo de menos. Me ha fallado, me ha herido, y aun así lo echo de menos. Supongo que, tras tantos años de amistad, es lo normal, aunque no puedo perdonarle que jugase conmigo. Él sólo se fabricó esas ilusiones, nunca le di esperanzas o ánimos en ese sentido. Siempre supo que para mí era como un hermano, nada más. A pesar de todo, no puedo evitar pensar en él cuando necesito desahogarme, aunque ya no puedo hacerlo. Sólo los tenía a él y a mi madre. Ahora ninguno está. Triste, lo sé.

Meto las manos en los bolsillos de mi abrigo y agacho la mirada. Me duele ser consciente de que ya no estará más en mi vida. Saco el móvil para mirar la hora. Tal vez... deba contárselo, me digo. De pronto, al ver el teléfono, recuerdo el mensaje de auxilio que envié poco antes de que me atacaran. Busco y veo a quién le mandé el mensaje: fue a Luis.

Si le llegó ese wasap, ¿por qué no ha venido a verme?, ¿por qué no me llamó de inmediato?, ¿por qué no acudió en mi auxilio?

Un escalofrío me hace temblar; no puede ser... ¡¡No se atrevería!!

Todo gira deprisa, encajando las pequeñas piezas del puzle que hay dentro

de mi cabeza. Recuerdo el sonido de un móvil justo después de que mandara ese mensaje. La voz ronca, aunque familiar. La coincidencia de su visita por la tarde. Siento que pierdo el control, que voy a caerme, me falta el aire por más que trato de respirar... y, entonces, unas manos me agarran.

Grito, me doy la vuelta y golpeo con furia a mi agresor.

—Tranquila, Irene, soy yo —susurra su voz, calmándome.

—¿Qué coño haces aquí? ¿Quieres matarme de un susto?

—No, claro que no. Lo siento. Vengo a hablar con Luis, el psicólogo forense del caso; vive en ese edificio de enfrente. Ha estado tratando a Carlos, el acusado, desde el accidente. ¿Qué te sucede? ¿Por qué estás tan alterada? ¿Todo va bien?

—Adrián, creerás que es de locos, todo esto —explico señalándonos a ambos— lo es, pero creo que fue Luis, mi amigo, quien me atacó.

Guarda silencio durante unos segundos; parece sopesar las posibilidades, igual que yo. ¿Será tan sólo una coincidencia? ¿Estaré cruzando la fina línea que me separa de la cordura?

—¿Has llamado a la policía? —plantea serio.

—Aún no. Estaba decidiendo qué hacer cuando has aparecido.

—¿Qué te hace pensar eso? —inquire.

—Cuando estaba en el garaje a punto de coger el coche, el parpadeo de las luces me mostró una sombra; me asusté y pensé que no tendría ninguna oportunidad de llamar a nadie, por eso mandé un mensaje. Estaba muy oscuro y no me importaba quién fuese el receptor, sólo necesitaba que alguien supiese que estaba en peligro... —Me interrumpo y trago la saliva que se ha acumulado en mi boca de golpe, al recordar lo siguiente.

—Ya estás a salvo —murmura abrazándome con fuerza, llenándome del calor que sólo él prende en mi cuerpo.

—Cuando envié el wasap, de inmediato, un móvil se oyó en el solitario garaje.

—¿Crees que fue el de Luis?

—Había olvidado lo del mensaje, pero acabo de recordado y, al mirar el teléfono, he descubierto que se lo envía a él. Entonces, ¿por qué no lo reenvió a nadie?, ¿por qué no se molestó en llamar para comprobar qué sucedía?, ¿por qué no se ha dignado siquiera llamarme para saber qué ocurrió, si estoy bien?

—Es raro, mucho, tienes razón.

—Además lo mordí, con fuerza. En la mano derecha.

—Hay que avisar a la... —Sus palabras se congelan en la fría noche.

Ha salido corriendo, furioso; es lo último que he visto, su rostro, preocupado, cambiar a uno fiero. Llevo la mirada hacia donde se dirige y en ese instante lo veo, es Luis, saliendo de su casa, con la mano derecha vendada..., la misma que le mordí a mi atacante.

Con manos temblorosas, saco el móvil y llamo a emergencias. No sé qué les digo, mi mente está al otro lado de la calle, donde Adrián golpea sin compasión a Luis, que trata de protegerse de los puñetazos con ambos brazos.

Salgo corriendo hasta allí y obligo a Adrián a detenerse.

—Irene, ¿estás bien? Acabo de leer tu mensaje; ahora mismo iba para tu casa... cuando este chiflado me ha asaltado —se defiende culpando a Adrián.

—Mientes, Luis, fuiste tú —lo acuso seria.

—¿De qué coño hablas?

—Enséñame tu mano —ordenó—. ¿Qué te ha pasado?

—Un golpe —contesta restándole importancia.

—¡Como hayas sido tú, maldito bastardo...! —nos interrumpe Adrián.

—Sé que has sido tú y sé qué esconde esa venda: no es un golpe, es un mordisco. Yo te lo di —murmuro.

Luis abre los ojos, sabe que no tiene escapatoria. Las sirenas de la policía rompen el murmullo helado de nuestra conversación.

—Vienen a por ti —sentencio triste—; no sé por qué lo hiciste.

—Tú te lo buscaste, zorra —musita.

Y es lo último que dice. Adrián golpea con tal fuerza su rostro que lo deja

sin sentido.

La policía llega y se encuentra el trabajo hecho, nos toma declaración y se llevan a Luis, todavía confuso, esposado. Los veo marcharse y algo en mí se rompe; una amistad tan duradera, tan fuerte... se ha hecho pedazos, como todo en mi vida.

Recuerdo a mi madre... el día que falleció iba a recogerme para cenar juntas. Planeamos una velada tranquila que se transformó en el peor día de mi vida.

Miro a Adrián; sé que no es el culpable y creo que es hora de que hablemos sobre lo que realmente importa. Estoy segura de que mi madre lo comprenderá.

—Necesito un chocolate caliente —murmuro.

Él asiente y, sin permiso, cuelo mi brazo por el suyo, apoyo la cabeza en su hombro y paseo tranquila. De todas formas, si es verdad que estamos unidos por un hilo que no se ha deshilachado a lo largo de los siglos, no tiene sentido que trate de romperlo. Mejor rendirse.

Llego a casa escoltada por Adrián. Se ha empeñado en acompañarme toda la noche. Estoy nerviosa, he tomado la decisión de tratar de ver a dónde nos lleva esto, sea lo que sea.

Se ha quedado en el sofá del salón. Estoy agotada y dejo que mis ojos se cierren; estoy tranquila, segura porque él está para velar mis sueños, esos de los que se empeña en formar parte sin mi permiso.

Sumida en la oscuridad, me pregunto qué sería lo que nos llevó a no poder estar juntos, que mal cometimos y a quién para permanecer separados durante tantos siglos.

\*\*\*

El sol está alto; a lo lejos, tan sólo pirámides y arena brillante. La túnica marfil y dorada que cubre mi cuerpo llega hasta el suelo, y mis brazos, al descubierto, están adornados con brazaletes metálicos que emiten un sonido musical cuando se encuentran.

El murmullo del agua me distrae; llega de un estanque con algunos nenúfares, siempre han sido mi flor favorita. Paseo con calma y lo veo. Está arreglando el jardín; me acerco sigilosa y lo sorprendo.

Sonríe, esa misma sonrisa que le llena la mirada de dicha, restando madurez a su rostro y devolviéndole algo de su infancia. Me oculta entre las altas plantas que rodean el patio y me besa con pasión.

—Nebet, si el faraón nos descubre... —susurra junto a mi boca.

—No lo amo.

—Pero es el elegido, el hijo del dios del sol. Y tú, su esposa.

—Era consciente de que te amaba; aun así, me obligó a desposarme con él.

—No se le puede decir que no al rey del sol; hiciste bien, yo... no soy nada.

—Lo eres todo. Te amo.

—Ya sabes que lo eres todo para mí.

Nuestras bocas se unen en un beso que arde en mi piel más que el sol abrasador. Sus manos se pasean por mi cuerpo, arrancándole gemidos a mi boca. Soy feliz. Él es el sol, el que da calidez y luz a mi oscura vida.

—¡Nadie toca lo que es mío! —ruge mi esposo, el hijo de Ra, dios del sol, provocando que nos separemos.

Ambos nos giramos hasta enfrentarlo. Me coloco frente a Asim, no voy a permitir que le haga daño.

—¿Osas enfrentarte a mí, esposa?

—Él no pagará una ofensa que he cometido yo, mi señor. —Intento que mi voz suene suave, necesito minimizar el castigo que sé que no dudará en aplicar.

—Ambos seréis castigados. Vuestra condena será la muerte.

Quiero suplicarle, tratar de salvar la vida de Asim; en cambio, sucede lo contrario.

—¡No me importa! ¡Prefiero morir que pasar el resto de mi vida junto a ti!

—¿No dices nada, esclavo? —interroga sin disimular su odio a Asim.

—La amo, mi señor —contesta colocándome tras él.

Todos quedamos en silencio, esperando la reacción del faraón. Sé que voy a morir, estoy segura de ello, y no me importa. Es cierto lo que he gritado: prefiero morir con él que vivir una vida sin poder tenerlo.

—¡Guardias! —exclama—. ¡Cortadle la cabeza!

Mis rodillas tiemblan, trató de resistirme, de ser fuerte, pero sé que no

puedo hacer nada. Los guardias que horas antes velaban por mi seguridad me arrastran al interior y me colocan en el suelo, arrodillada frente a mi señor.

—Lo siento —murmuro perdida en los profundos ojos color café de mi verdadero sol.

—Yo no. Te encontraré en la siguiente vida, puedes estar segura de ello.

Asiento con lágrimas en los ojos, quiero creer que es verdad, que será posible que nuestras almas se reencuentren en la siguiente vida y podamos ser felices.

—¡Yo os maldigo! —grita furioso, y descarga su arma en el cuello de Asim.

Su cabeza ya sin vida rueda a mi lado, todavía con los ojos abiertos..., parece despedirse de mí. Trato de levantarme, gritar, golpear al que ha osado arrebatármelo, pero no puedo luchar contra los fuertes brazos de los hombres que me sujetan.

—Nunca podréis estar juntos —sisea.

Se marchan dejándome en la sala; todo a mi alrededor es dorado, en contraposición con mi pecho, que es un oscuro agujero. Arrodillada a su lado, dejo que mis manos se manchen con su sangre. No puedo dejar de llorar y desear mi propia muerte.

El sacerdote se acerca, parece que se apiada de mi dolor.

—¿Lo amabas de verdad? —musita una voz aguda a mi lado.

Alzo el rostro y lo miro deshecha; quizá deberían haberme importado las riquezas, la posición social que me ofrecía el faraón, pero no era capaz de luchar con ese sentimiento tan poderoso que me embargaba y al que llaman amor.

—En alguna de tus vidas, lo encontrarás. Ella os unirá para daros una nueva oportunidad. Síguela, su pelo largo y blanco como la nieve será su rasgo.

—Acaba conmigo. ¡Quiero morir! —suplico ignorando sus palabras.

—Ya estás muerta, niña. Igual que él.

Y tiene razón, me siento vacía, sola y triste. Lloro amargamente sin dejar de acariciar su cuerpo y me juro que lucharé para tratar de hallarlo, para tratar de recuperar la felicidad que me han arrebatado tan injustamente.

Un grito me despierta, me ahogan las mismas lágrimas que bañan mi rostro y, a mi lado, unos brazos cálidos me consuelan. Es él. Es real.

—Te necesito —musito.

Es la verdad, siento que lo necesito, que ya ha llegado la hora de perdonarlo todo, que hemos pasado demasiado como para añadir más. Sonrío, no se lo ha pensado. Lo tengo sobre mí, mordiendo mi labio, gimiendo de deseo; jadeo de pasión. Su cuerpo arde con intensidad y consume el mío.

Le quito la camisa a toda prisa, todo me estorba, sólo quiero su piel contra la mía; levanta mis brazos por encima de mi cabeza, estiro el cuello y me besa ahora justo ahí, sigue por el hombro, no puede dejar de jadear.

Su boca está en todo mi cuerpo y sus manos acarician cada centímetro de piel.

No puedo hablar, los gemidos y jadeos me lo impiden; sólo puedo mirarlo, mirar sus ojos nublados por la misma pasión densa que nubla los míos; somos el uno del otro, nos pertenecemos. Ahora estoy segura, mis sueños me anunciaban su llegada, me advertían de que ésta sería nuestra última oportunidad de ser felices.

No me importa qué pueda suceder, las zancadillas que nos pongan, juntos lo lograremos. Mi alma, hambrienta, necesita saciarse: esta noche sólo es la primera de muchas otras.

Nos deshacemos de la ropa, sólo piel con piel; muerdo su labio, lo lamo. ¡Qué bien sabe mi fruta prohibida!

Recorro su cuerpo, su musculoso abdomen, sus fuertes brazos... Chupo

uno de sus pezones, después lo muerdo suavemente..., jadea. Agarra mi trasero con fuerza, me levanta y me penetra con una fuerte embestida que consigue hacerme aullar como la loba hambrienta que soy.

Sin salir de mi interior, me gira y se sienta conmigo en brazos; se relaja dejándome las riendas, entregándose a mí. Lo beso con el hambre desmedida que me llena y que mi alma necesita aplacar; sus jadeos me alimentan de una forma que nunca creí posible. Enredo los dedos en su pelo, para después pasar a su nuca, y profundizo el beso. Él apresa mis caderas entre sus fornidas manos, jadea. Y de nuevo mi boca se hace con ese sonido que tanto la satisface.

Inclina la cabeza hacia atrás y sus manos suben por mi espalda; sentir sus dedos rozar mi piel provoca escalofríos por todo mi ser que me recorren de los pies a la cabeza. Mi cuerpo se mueve cada vez con más apremio, parece que necesito que el orgasmo me arrolle con urgencia..., tal vez porque aún no creo que todo esto sea verdad, que todo esto que está sucediendo no sea otro de mis malditos sueños.

Quedan muchas incógnitas por resolver, como si él también me ha visto en sueños o si lo supo al tocarme la primera vez, en la cafetería..., aunque ya tendré tiempo para plantearle todas esas preguntas y que las conteste; ahora tan sólo hay espacio para el placer que nace en mi estómago y altera todos mis sentidos, sumergiéndolos en esa niebla espesa que sólo se aclara cuando gimo su nombre con desesperada necesidad, en ese preciso instante en el que el placer se hace con el control de todo.

Y, junto con los jadeos y los gemidos, mezclados con la pasión que nos consume, su boca susurra:

—Por fin eres mía.

## Epílogo

La tarde es fresca, aunque ya se nota la cercanía de la primavera; los últimos días han sido lluviosos y no hemos podido salir mucho, aunque tampoco nos ha apetecido. Todavía sigo hambrienta y me cuesta separarme de él.

Estoy sentada en el césped, sobre una manta, y Adrián tiene la cabeza apoyada encima de mis piernas cruzadas. Acaricio su pelo, sé que le gusta. Le encanta que meta los dedos entre su cabello, sobre todo cuando hacemos el amor.

A lo lejos, descubro una silueta familiar. Jaime pasea de la mano de una chica joven y bonita, ¿es su recepcionista? Podría ser, pero no la recuerdo muy bien. Verlo me trae recuerdos tristes y dolorosos. Luis, mi amigo, trató de violarme; ya no podrá ejercer como psicólogo y está en prisión preventiva a la espera del juicio. Espero que no salga sin más. A pesar de su confesión y las pruebas, no tiene antecedentes.

Carlos fue condenado a dos años de prisión por homicidio involuntario; en realidad me apena, eso no ha quitado peso a mi pecho, pues aún siento dolor porque mi madre no está. Y Adrián, bueno, sabe que ha sido la condena más leve que podía conseguir.

Por lo demás, todo va bien, a pesar de que algunas noches me despierto sobresaltada, preguntándome qué más puede pasarnos o si se repetirán los patrones de antaño. Me asusta pensar que en esta vida nos separen, que alguno muera de forma repentina o cruel. No sé si podría resistirlo.

Prefiero no darle demasiadas vueltas a eso, así que voy a tomármelo con calma y a disfrutar de Adrián.

El viento enreda mi pelo y, al agitar el rostro para deshacerme de él, veo sobre una elevación del terreno una melena larga y blanca como la nieve; su propietaria nos observa. Su mirada topa con la mía y sonrío. Parece que está satisfecha, que al fin ha cumplido con su parte del trato. Me pregunto si nos habrá seguido en cada vida, tratando de ayudarnos a estar juntos.

Todo lo que hemos pasado ha merecido la pena, pues ahora, por fin, es mío. Me pertenece y yo a él, desde siempre, para siempre.

La sonrisa de la mujer es sincera y con su mirada se despide; supongo que debe de acudir en auxilio de otros.

Alzo la mirada al cielo, dejo que el sol bañe mi cara y me digo que, si esta vez tampoco resulta, lo volveré a intentar en la próxima vida.

Supongo que necesitaré más de una para calmar el hambre, pero no me importa. Disponemos de todas las vidas que necesitemos, por algo nuestras almas están unidas por un fino hilo que no es capaz de deshacerse ni con el paso de los años.

Ella tenía razón, tan sólo debía dejar que me abrazara tan fuerte que todos los pedazos se uniesen de nuevo.

# Agradecimientos

A mi marido, Álvaro, por ser mi fuente de inspiración y aguantar mis tormentas creativas.

A mi familia, por estar siempre ahí.

A todos los que han decidido dar una oportunidad a esta historia.

## Biografía



Alissa Brontë nació en Granada en 1978. Desde su adolescencia ha destacado como autora de literatura romántica, juvenil y fantástica, y ha sido galardonada durante tres años consecutivos en diversos certámenes literarios.

Bajo el seudónimo de María Valnez ha obtenido un notable éxito con sus libros autopublicados, *Devórame* y *Precisamente tú*. Entre sus títulos destaca el best seller *La Elección* y la serie «Operación Khaos». En la actualidad reside en Sevilla con su marido y sus tres hijos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

[www.alissabronte.webs.com](http://www.alissabronte.webs.com)

*Hambrienta*

Alissa Brontë

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Alissa Brontë, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2018

ISBN: 978-84-08-20106-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes sociales!**

